MACHADO DE ASSIS

MEMORIAS PÓSTUMAS

DE

BLAS CUBAS

VERSIÓN DE JULIO PIQUET

> Si esta traduccion llegara á adolecer de mas defectos que los tolerables, sería injusto atribuirlo á incuria, pues la acometo con el mayor déseo de que corresponda á la belleza del original, no solamente por lo mucho que éste vale, sino porque el propósito que principalmente tengo al emprender este modesto trabajo, es expresar mi gratitud por las muchas atenciones que debo á mis colegas y amigos del Brasil.
>
> J. P.

MONTEVIDEO

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA «LA RAZÓN»; CALLE CÁMARAS, 54

1902

Al gusano
que
primero royó las frías carnes
de mi cadáver,
dedico,
como «saudoso» recuerdo,
estas
Memorias póstumas.

AL LECTOR

Que Stendhal confesase haber escrito uno de sus libros para cien lectores, cosa es que admira y consterna. Lo que no admira, ni probablemente consternará es que este otro libro no tenga los cien lectores de Stendhal, ni cincuenta, ni veinte, y cuando mucho, diez. ¿Diez? Tal vez cinco. Trátase en verdad de una obra difusa, en la cual yo, Blas Cubas, si bien he adoptado la forma libre de un Sterne, ó de un Xavier de Maistre, no sé si le he encajado algunos rezongos de pesimismo. Puede ser. Obra de finado. Escribíla con la pluma del jolgorio y la tinta de la melancolía, y no es difícil suponer lo que podrá salir de este consorcio. Ocurre que la gente grave hallará en el libro ciertas apariencias de pura novela, al paso que la gente frívola no hallará en él su novela usual; de modo que resultará privado de la estima de los graves y del amor de los frívolos, que son las dos columnas máximas de la opinión.

Entre tanto, yo espero aun captarme las simpatías de la opinión, y el primer remedio para ello es huir de un prólogo explícito y largo. El mejor prólogo es el que contiene menos cosas, ó el que las dice de una manera obscura y trunca. De consiguiente, omito contar el procedimiento extraordinario que empleé en la composición de estas «Memorias», trabajadas aquí en el otro mundo. Sería curioso; pero nimiamente extenso, y además innecesario para la compresión de la obra. La obra en sí misma es todo: si te agrada, amable lector, doy por paga la tarea; si no te agradara, te pago con un papirotazo, y adiós.

Blas Cubas.

MEMORIAS PÓSTUMAS DE BLAS CUBAS

CAPÍTULO I

Fallecimiento del autor

Algun tiempo vacilé en si debía abrir estas memorias por el principio ó por el fin, esto es, si pondría en primer lugar mi nacimiento ó mi muerte. Bien que el uso vulgar sea comenzar por el nacimiento, dos consideraciones me llevaron á adoptar diferente método: la primera es que yo no soy propiamente un autor difunto; pero sí un difunto autor, para quien la tumba ha sido otra cuna; la segunda es que así el escrito resultaría más amable y más nuevo. Moises, que tambien contó su muerte, no la puso en la introduccion, pero sí al fin: diferencia radical entre este libro y el Pentateuco.

Dicho esto, comienzo. Expiré á las dos de la tarde de un viernes del mes de Agosto de 1869, en mi linda chacra de Catumby. Tenía unos sesenta y cuatro años, fuertes y prósperos, era soltero, poseía cerca de trescientos «contos» y fuí acompañado al cementerio por once amigos. Once amigos! Verdad es que no se repartieron tarjetas, ni publicaron avisos fúnebres. Agréguese que llovía—goteaba—una lluviecita menuda, triste y constante, tan constante y tan triste, que llevó á uno de aquellos fieles de la última hora á intercalar esta ingeniosa idea en el discurso que pronunció al borde de mi sepulcro:—«Vosotros, que lo conocisteis, vosotros podeis decir conmigo que la naturaleza parece estar llorando uno de los más bellos caracteres que han honrado á la humanidad. Este aire sombrío, estas gotas del cielo, aquellas nubes obscuras que cubren el azul como un crespon funeral, todo eso es el dolor crudo y malo que roe á la naturaleza sus más íntimas entrañas; todo eso es un sublime homenaje á nuestro ilustre finado.»

Buen y fiel amigo! No, no me arrepiento de las veinte pólizas que le dejé. Y fué así como llegué á la clausura de mis días; fué así que me encaminé hacia la «undiscovered country» de Hamlet, sin las ánsias ni las dudas del joven príncipe, pero pausado y macilento, como quien se retira tarde del espectáculo. Tarde y aburrido. Viéronme partir unas nueve ó diez personas, entre ellas tres señoras, mi hermana Sabina, casada con Cotrim,—la hija, un lirio del valle,—y..... Tengan paciencia! De aquí á poco les diré quien era la tercera señora. Conténtense con saber que esa anónima, bien que no era parienta, padeció más que las parientas. Es verdad, padeció más. No digo que se mesase el cabello, no digo que se dejara caer al suelo, convulsa. Mi muerte no era cosa tan altamente dramática.... Un solteron que expira á los sesenta y cuatro años, no parece que reuna en sí todos los elementos de una tragedia. Y aún dado que fuera así, lo que menos convenia á aquella anónima era aparentarlo. De pie, á la cabecera de la cama, con los ojos atontados, la boca entreabierta, la pobre señora no podia creer en mi extincion.

—¡Muerto! ¡muerto! se decia á sí misma.

Y su imaginacion, como las cigüeñas que un ilustre viajero vió desatar el vuelo desde Iliso á las riberas africanas, á pesar de las ruinas y de los tiempos,—la imaginacion de aquella señora tambien voló por sobre los escombros

del presente hasta las riberas de un Africa juvenil.... Dejémosla ir; allá iremos más tarde cuando yo me restituya á los primeros años. Ahora quiero morir tranquilamente, metódicamente, oyendo los suspiros de las damas, las conversaciones en voz baja de los hombres, la lluvia que tamborilea en las hojas de «tinhorão» de la chacra, y el sonido estrídulo de una navaja que un amolador está afilando allá, frente á la puerta de un talabartero. Júroles que esa orquesta de la muerte fué mucho menos triste de lo que podia parecer. De cierto punto adelante llegó á parecer deliciosa. La vida agitábaseme en el pecho, con unos ímpetus de ola marina, desvanecíaseme la conciencia, descendia á la inmovilidad física y moral, y el cuerpo tornábaseme planta, y piedra, y lodo, y cosa alguna.

Morí de una pulmonia; pero si dijera que fué menos la pulmonia, que una idea grandiosa y útil, la causa de mi muerte, es posible que el lector no me creyera, y sin embargo es verdad. Voy á exponerle someramente el caso. Juzgue por sí mismo.

CAPÍTULO II

El emplasto

En efecto, un día de mañana, mientras me paseaba en la chacra, se me colgó una idea del trapecio que tenía yo en el cerebro. Una vez colgada, entró á bracear, á pernear, á hacer las más audaces cabriolas de volatin, que es posible creer. Yo me dejé estar contemplándola. De súbito, dió un gran salto, extendió los brazos y las piernas, hasta tomar la forma de una X: descíframe ó te devoro.

Esa idea era nada menos que la invencion de un medicamento sublime, un emplasto anti-hipocondriaco, destinado á aliviar á nuestra melancólica humanidad. En la solicitud de privilegio que redacté entonces, llamé la atencion del gobierno respecto de aquel resultado, verdaderamente cristiano. Empero, no les negué á los amigos las ventajas pecuniarias que debian resultar de la explotacion de un producto de tamaños y tan profundos efectos. Ahora, sin embargo, que estoy aquí, del otro lado de la vida, puedo confesarlo todo. Lo que me movió principalmente fué el gusto de ver impresas en los diarios, mostradores, folletos, esquinas, y en fin en las cajitas del remedio, estas tres palabras: «Emplasto Blas Cubas». ¿Para qué negarlo? Yo tenia la pasion del ruido, del panfleto, del cohete volador. Tal vez los modestos me enrostren ese defecto; confío, sin embargo, que ese talento me lo han de reconocer los hábiles. Así, mi idea tenia dos caras, como las medallas, una vuelta para el público y la otra hacia mí. De un lado, filantropia y lucro; del otro, sed de nombradía. Digamos: amor de gloria.

Un tio mío, canónigo de prebenda entera, acostumbraba decir que el amor de la gloria temporal era la perdicion de las almas, que sólo deben ambicionar la gloria eterna. A lo que observaba otro tío, oficial de infantería, que el amor á la gloria es la cosa más verdaderamente humana que hay en el hombre, y, de consiguiente, su más genuina aspiracion.

Decida el lector entre el militar y el canónigo; yo me vuelvo al emplasto.

CAPÍTULO III

Genealogía

Pero, ya que se ha hablado de mis dos tíos, déjenme hacer aquí un corto esbozo genealógico.

El fundador de mi familia fué un cierto Damian Cubas, que floreció en la primera mitad del siglo XVIII. Era de oficio tonelero, natural de Río de Janeiro, donde hubiera muerto en la penuria y la obscuridad si solamente hubiese ejercido la tonelería. Pero no, hízose labrador, plantó, recogió, permutó sus productos por buenas y honradas patacas, hasta que murió dejando crecido caudal á un hijo, el licenciado Luis Cubas. Con este mozo, es que realmente principia la serie de mis abuelos—de los abuelos que mi familia confesó siempre, —porque el tal Damian Cubas era al fin de cuentas un tonelero, y tal vez un mal tonelero, mientras que Luis Cubas estudió en Coimbra, figuró en el Estado, y fué uno de los amigos particulares del virrey conde da Cunha. Como este ape-

llido de Cubas le oliera excesivamente á tonelería, aseguraba mi padre, biznieto de Damian, que dicho apellido fuera dado á un caballero, héroe de las jornadas de África, en premio de la hazaña que realizó, arrebatando trescientas cubas á los moros. Mi padre era hombre de imaginacion; se escapó de la tonelería en las alas de un «calembour». Era un buen carácter, mi padre, varon digno y leal como pocos. Tenía, es verdad, cierta inclinacion á mistificar; pero quién no es un poco mistificador en este mundo? Conviene observar que no recurrió á la inventiva sino despues de ensayar la falsificacion; primeramente entroncó en la familia de aquel mi famoso homónimo, el capitan mayor, Blas Cubas, que fundó la ciudad de San Vicente, donde murió en 1572, y por ese motivo fué que me dió el nombre de Blas. Opúsosele, sin embargo, la familia del capitan mayor, y fué entonces que imaginó las trescientas cubas moriscas.

Viven aún algunos miembros de mi familia, mi sobrina Venancia, por ejemplo, el lirio del valle, que es la flor de las damas de su tiempo; vive el padre, Cotrim, un sujeto que..... Pero no anticipemos los sucesos; acabemos de una vez con nuestro emplasto.

CAPÍTULO IV

La idea fija

Mi idea, despues de tantas cabriolas, convirtióse en idea fija. Dios te libre, lector, de una idea fija; antes una arista, antes una viga en el ojo. Ved á Cavour; fué la idea fija de la unidad italiana lo que lo mató. Verdad es que Bismarck no murió; pero cumple advertir que la naturaleza es una gran caprichosa y la historia una eterna casquivana. Por ejemplo, Suetonio nos dió un Claudio, que era un simplote, — ó una calabaza como le llamó Séneca,—y un Tito, que mereció ser las delicias de Roma. Vino modernamente un profesor y halló el medio de demostrar que de los césares, el delicioso, el verdaderamente delicioso, fué la calabaza de Séneca. Y tú, madama Lucrecia, flor de los Borgias, si un poeta te pintó como la Mesalina católica, apareció un Gregorovius incrédulo que te disminuyó mucho esa cualidad, y, si no te volviste lirio, tampoco quedaste siendo pantano. Déjome pues estar entre el poeta y el sabio.

Viva pues la historia, la voluble historia que da para todo; y, volviendo á la idea fija, diré que ella es la que hace los varones fuertes y los locos; la idea móvil, vaga, tornasolada es la que hace los Claudios, fórmula Suetonio.

Era fija mi idea, fija como... No se me ocurre nada que sea bastante fijo en este mundo: tal vez la luna, tal vez las pirámides de Egipto, tal vez la finada dieta germánica. Busque el lector la comparacion que mejor le cuadre, búsquela y no me ponga esa nariz torcida, solo porque aun no hemos entrado en la parte narrativa de estas memorias. A eso vamos. Creo que prefiere la anecdota á la reflexion, como los demás lectores, sus colegas, y hallo que hace muy bien. Pues á eso iremos. Entre tanto, conviene decir que este libro está escrito con pachorra, con la pachorra de un hombre ya libertado de la brevedad del siglo, obra supinamente filosófica, de una filosofía desigual, ora austera, ora juguetona, que no edifica ni destruye , no inflama ni hiela, y que es algo más que pasatiempo y algo menos que apostolado.

Vamos allá, rectifique su nariz y volvamos al emplasto. Dejemos la historia con sus caprichos de dama elegante. Ninguno de nosotros peleó en Salamina, ninguno escribió la confesion de Ausburgo; y, por mi parte, si alguna vez me acuerdo de Cromwell, es solo á causa de la idea de que Su Alteza, con la misma mano con que cerró el parlamento, les hubiera puesto á los ingleses el emplasto Blas Cubas. No se rían de esa victoria comun de la farmacia y del puritanismo. Quién no sabe que al pié de cada bandera grande, pública, ostensible, hay muchas veces otras varias banderas, modestamente particulares, que se enarbolan y ondean á la sombra de aquélla, y no pocas veces la sobreviven? Comparando mal, es como la mesnada que se acogía á la sombra del castillo feudal; cayó éste y la mesnada quedó. Verdad es que se tornó ilustre y castellana... No, la comparacion no sirve.

CAPÍTULO V

En el que aparece la oreja de una señora

Estando ocupado en preparar y perfeccionar mi invento, fué cuando recibí de lleno un golpe de aire; enfermé y no me asistí. Tenía el emplasto en el cerebro; llevaba conmigo la idea fija de los locos y de los fuertes. Veíame, á lo lejos, ascender del campo de las turbas, y remontar al cielo, como un águila inmortal, y no es ante tan exelso espectáculo que un hombre puede sentir el dolor que lo atosiga. Al día siguiente estaba peor; me traté al fin, pero incompletamente, sin método, ni cuidado, ni persistencia; tal fué el origen del mal que me trajo á la eternidad. Ya saben que morí un viernes, día aciago, y creo haber probado que fué mi invencion que me mató. Hay demostraciones menos lucidas y no menos triunfantes.

No era imposible, entre tanto, que yo llegara á trepar á la cima de un siglo, y á figurar en las hojas públicas, entre macrobios. Tenía salud y robustez. Supóngase que en vez de estar echando los cimientos de una invencion farmacéutica hubiese tratado de colegir los elementos de una institucion política, ó de una reforma religiosa. Pues viene la corriente de aire, que vence en eficacia al cálculo humano, y acaba con todo. Así corre la suerte de los hombres.

Con esta reflexion me despedí de la mujer, no diré la más discreta, pero con seguridad la más hermosa entre sus contemporáneas, la anónima del primer capítulo, aquella que, á semejanza de las cigüeñas del Iliso... Tenía entónces 54 años, era una ruina, una imponente ruina. Imagine el lector que nos amamos, ella y yo, muchos años, y que un día, ya enfermo, la veo asomar en la puerta de mi alcoba...

CAPÍTULO VI

Chimène, qui l'eût dit?—Rodrigue, qui l'eût cru?

Véola asomar en la puerta de la alcoba, pálida, conmovida, vestida de negro, y permanecer allí durante un minuto, sin ánimo de entrar, ó detenida por la presencia de un hombre que estaba conmigo. Desde la cama, donde yacía, la contemplé durante ese tiempo, sin ocurrírseme decirle nada ni hacer algun gesto. Hacia ya dos años que no nos veíamos, y yo la veía ahora no como era, más cual fuera, cuales fuéramos ambos, porque un Ezequías misterioso hacía retroceder el sol hasta los días juveniles. Retrocedió el sol, sacudí todas las miserias, y este puñado de polvo, que la muerte iba á desparramar en la eternidad de la vida, pudo más que el tiempo, que es el ministro de la muerte. Ningun agua de Juvencio igualaría en esto á la simple «saudade».

Creanme, lo menos malo es recordar; nadie se fíe de la felicidad presente; hay siempre en ella una gota de la baba de Caín. Pasado el tiempo y terminado el espasmo, entonces si, entonces se puede gozar de veras, por que entre una y otra de esas dos ilusiones, la mejor es la que se saborea sin dolor.

No duró mucho la evocacion; la realidad dominó luego; el presente arrojó al pasado. Talvez exponga al lector, en algun rincon de este libro, mi teoría de las ediciones humanas. Lo que por ahora importa saber es que Virgilia—llamábase Virgilia—entró en la alcoba, firme, con la gravedad que le daban las ropas y los años, y vino hasta mi lecho. El extraño se levantó y salió. Era un sujeto que me visitaba todos los días para hablar del cambio, de la colonizacion y de la necesidad de desarrollar las comunicaciones ferroviarias; nada más interesante para un moribundo. Salió; Virgilia dejóse estar en pie; durante algun rato nos estuvimos mirando el uno al otro, sin articular palabra.

Quien lo diría? De dos grandes enamorados, de dos pasiones sin freno, nada más quedaba, veinte años despues; restaban á penas dos corazones marchitos, devastados por la vida y hartos de ella, no se si en igual dósis, pero hartos al fin. Virgilia tenía ahora la belleza de la vejez, un aire austero y maternal; estaba menos delgada de cuando la ví, por última vez, en una fiesta de San Juan, en la Tijuca; y por que era de las que resisten mucho, solo comenzaban á interca-

larse en sus cabellos obscuros algunos hilos de plata.

—Anda visitando difuntos? — le dije yo.—Cómo difuntos! — respondió Virgilia con un mohin, y despues de apretarme las manos, agregó:—Ando viendo si hago salir á los perezosos á la calle.

Su voz no tenía la caricia lacrimosa de otros tiempos; pero era amiga y dulce. Sentóse. Yo estaba solo, en casa, con un simple enfermero; podíamos hablarnos sin peligro. Virgilia dióme largas noticias de lo que ocurría en la ciudad, narrándolas con gracia, con una cierta trabazon en la lengua, que era la sal de la charla; yo, pronto á dejar el mundo, sentía un placer satánico en mofarme de él, en persuadirme que no dejaba nada.

—Qué ideas esas! me interrumpió Virgilia un tanto enfadada. Mire que no vuelvo más. Morir! todos hemos de morir; basta con que estemos vivos.

Y mirando el reloj:

—Jesús! las tres! Me voy.

—Ya?

—Ya; volveré mañana ú otro día.

—No sé si hará bien, repuse; el enfermo es un solteron y en la casa no hay señoras....

—Su hermana?

—Ha de venir acá á pasar unos días, pero no puede ser antes del sábado.

Virgilia reflexionó un instante, encogió los hombros y dijo con gravedad:

—Estoy vieja! ya nadie repara en mí. Pero para evitar sospechas, vendré con Ñoñó. *

Ñoñó era un bachiller, que, á la edad de cinco años, fuera cómplice inconsciente de nuestros amores. Vinieron juntos, dos días despues, y confieso que al verlos allí, en mi alcoba, fuí presa de una timidez, que no me permitió responder en seguida á las palabras afables del jovencito. Virgilia me adivinó y le dijo á su hijo:

—Ñoñó, no le hagas caso á ese zorro; no quiere hablar para hacer creer que está á la muerte.

Sonrió el hijo, creo que yo tambien sonreí, y todo acabó en pura broma. Virgilia estaba serena y risueña, tenía el aspecto de las vidas inmaculadas. Ninguna mirada sospechosa, ningun gesto que pudiese denunciar nada; una igualdad de palabra y de espíritu, un dominio sobre sí misma, que parecían y talvez fuesen raros. Como rozáramos casualmente unos amores ilegítimos, medio secretos, medio divulgados, la vi hablar con desdén y un poco de indignacion de la mujer de que se trataba, por lo demás su amiga. El hijo se sentía satisfecho, oyendo aquella palabra digna y fuerte, y yo me preguntaba á mí mismo lo que dirían de nosotros los gavilanes, si Buffon hubiese nacido gavilan...

Era mi delirio que comenzaba.

CAPÍTULO VII

El delirio

No me consta que alguien haya relatado su propio delirio; lo hago yo, y la ciencia me lo agradecerá. Si el lector no es aficionado á la contemplacion de estos fenómenos mentales, puede saltar el capítulo; vaya derecho á la narracion. Pero, por poco curioso que sea, á pesar de todo le aseguro que es interesante saber lo que pasó en mi cabeza durante unos veinte ó treinta minutos.

Primeramente, tomé la figura de un barbero chino, panzudo, diestro, descañonando un mandarin, que me pagaba el trabajo con pellizcones y confites: caprichos de mandarín.

En seguida, me sentí transformado en la «Summa Theologica» de Santo Tomás, impresa en un volúmen y encuadernada en marroquí, con broches de plata y estampas; idea fué esta que dió á mi cuerpo la más completa inmovilidad; y hasta ahora recuerdo que, siendo mis manos los broches del libro, y cruzándolas sobre el vientre, alguien me las descruzaba (Virgilia sin duda), por que la actitud le daba la impresion de un difunto.

Ultimamente, restituido á la forma humana, ví llegar un hipopótamo, que me arrebató. Dejeme ir callado, no sé si por miedo ó confianza; pero, á poco la carrera se volvió tan vertiginosa, que me atreví á interrogarlo, y con algun arte le dije que el viaje me parecía sin rumbo..

—Se equivoca,—contestó el animal,—

* «Nhonhô», diminutivo cariñoso con que en el Brasil se designa generalmente á los señoritos.

nosotros vamos hacia el origeñ de los siglos.

Insinué que debía ser muy lejos, pero el hipopótamo no me entendió ó no me oyó, si es que no fingió una de esas cosas; y, habiéndole preguntado, puesto que hablaba, si era descendiente del caballo de Aquiles ó de la burra de Balaan, me replicó con un gesto particular á estos dos cuadrúpedos: sacudió las orejas. Por mi parte, cerré los ojos y me dejé ir á la ventura. Ahora ya no se me importa confesar que sentía unas punzaditas de curiosidad, por saber dónde quedaba el origen de los siglos, si era tal misterioso como el origen del Nilo, y sobre todo, si valía algo más ó menos que la consumacion de los tales siglos: reflexiones de cerebro enfermo. Como iba con los ojos cerrados, no veía el camino; recuerdo solo que la sensacion de frío aumentaba con las jornadas, y que llegó un momento en que me pareció entrar en la region de los hielos eternos. En efecto, abrí los ojos y ví que mi animal galopaba en una planicie blanca de nieve, con una que otra montaña de nieve, vegetacion de nieve, y varios médanos grandes y de nieve. Traté de hablar pero á penas pude gruñir una pregunta ansiosa:

—Donde estamos?

—Ya pasamos el Eden.

—Bueno, detengámonos en la tienda de Abraham.

—Pero si nosotros caminamos para atrás—replicó chanceándose mi cabalgadura.

Quedé vejado y aturdido. La jornada empezó á parecerme enfadosa y extravagante, el frío incómodo, la conduccion violenta, y el resultado impalpable. Y despues—preocupaciones de enfermo—dado que llegaramos al fin indicado, no era imposible que los siglos, irritados con que les descubrieran el origen, me deshicieran entre sus uñas, que debían tener seculares como ellos mismos. Mientras así pensaba, íbamos devorando camino, y la planicie volaba debajo de nuestros pies, hasta que el animal se detuvo, y pude mirar más tranquilamente á mí alrededor. Mirar solamente; nada ví, fuera de la inmensa blancura de la nieve, que esta vez invadiera el propio cielo, hasta aqui azul. De cuando en cuando, veía una que otra planta, enorme, grosera, agitando al viento sus anchas hojas. El silencio de aquella region era igual al del sepulcro: hubiérase dicho que la vida de las cosas quedara estupefacta ante la presencia del hombre.

¿Cayó del aire? ¿Destacóse de la tierra? no lo sé; se que un bulto inmenso, una figura de mujer se me apareció entonces, mirándome con unos ojos rutilantes como el sol. Todo en aquella figura tenía la rusticidad de las formas selváticas, y todo escapaba á la comprension de la mirada humana, porque los contornos se perdían en el ambiente, y lo que parecía opaco era muchas veces diáfano. Estupefacto, no dije nada, no llegué siquiera á lanzar un grito; más al cabo de algun tiempo, que fué breve, le pregunté quién era y cómo se llamaba: curiosidad de delirio.

—Llámome Naturaleza ó Pandora; soy tu madre ó tu enemiga.

Al oir esta última palabra, retrocedí un poco, presa de susto. La figura soltó una carcajada, que produjo alrededor nuestro el efecto de un tifon; las plantas se retorcieron y un largo gemido interrumpió la mudez de las cosas externas.

—No te asustes, me dijo, mi enemistad no te mata; se afirma sobre todo con la vida. Vives: no quiero otro flagelo.

—Vivo? pregunté, enterrándome las uñas en las manos, como para certificarme mi existencia.

—Sí, gusano, vives. No temas perder ese andrajo que es tu orgullo; gustarás aun, durante varias horas, el pan del dolor y el vino de la miseria. Vives: á pesar de que estas entontecido, vives; y si tu conciencia recuperase un instante de sagacidad, dirías que quieres vivir.

Diciendo esto, la vision extendió el brazo, me asió de los cabellos y levantóme en el aire, como si fuera una pluma. Solo entonces pude verle de cerca el rostro, que era enorme. Nada más quieto; ni una contorsion violenta, ninguna expresion de odio ó ferocidad; una expresion, única, general, completa, era la de la imposibilidad egoísta, de la eterna sordez y de la voluntad inmovil. Rabias, si las tenía, quedábanle encerradas en el cora-

zon. Al mismo tiempo, en aquel rostro de expresion glacial, había un aire de juventud, mezcla de fuerza y vigor, delante del cual me sentía el más débil y decrépito de los seres.

—Me entendiste, díjome ella al cabo de algun tiempo de muda contemplacion.

—No, la respondí; ni quiero entenderte; tú eres absurda, tu eres una fábula. Estoy soñando, sin duda, ó si me he enloquecido, tu no pasas de una concepcion de alienado, esto es una cosa vana, que tu razon ausente no puede regir ni palpar. Naturaleza, tu? la Naturaleza que yo conozco es solo madre y no enemiga; no convierte la vida en un flagelo, ni como tu tiene ese rostro indiferente, como el sepulcro. Y por que has de ser Pandora?

—Por que llevo en mi saco los bienes y los males, y el mayor de todos, la esperanza, consuelo de los hombres. Tiemblas?

—Sí; tu mirada me fascina.

—Lo creo; yo no soy solamente la vida; soy tambien la muerte, y tu estas pronto para devolverme lo que te dí prestado. Gran lascivo, prepárate para la voluptuosidad de la nada.

Cuando esta frase retumbó como un trueno, en aquel inmenso valle, me imaginé que era el último sonido que llegaba á mis oidos; parecióme que sentía la súbita descomposicion de mí mismo. Entonces la miré con ojos suplicantes, y le pedí que me acordara algunos años más.

—Pobre minuto! exclamó. Para que quieres algunos instantes más de vida? Para devorar y ser devorado despues? No estás harto del espectáculo y de la lucha? Conoces de sobra todo lo que te deparé de menos torpe ó menos aflictivo: el albor del día, la melancolía de la tarde, la quietud de la noche, los aspectos de la tierra, el sueño, en fin, el mayor beneficio de mis manos. Que más quieres, sublime idiota?

—Vivir solamente, no te pido nada más. Quien me puso en el corazon este amor de la vida, si no tú? y, si yo amo la vida, por que te has de herir á tí misma matándome?

—Porque ya no te preciso. No le importa al tiempo el minuto que pasa pero sí el minuto que viene. El minuto que viene es fuerte, jocundo, cree traer en sí la eternidad, y trae la muerte, y perece como el otro, pero el tiempo subsiste. Egoísmo, dirás tú? Sí, egoísmo, no tengo otra ley. Egoismo, conservacion. El tigre mata al novillo, porque el raciocinio del tigre es que debe vivir, y si el novillo es tierno tanto mejor: ese es el estatuto universal. Sube y mira.

Al decirme esto me arrebató á lo alto de una montaña. Incliné los ojos hacia una de las vertientes, y contemplé durante largo tiempo, á lo lejos, á través de una nevada, una cosa única. Imagínate tú, lector, una reduccion de los siglos, y un desfile de todos ellos, las razas todas, todas las pasiones, el tumulto de los imperios, la guerra de los apetitos y de los odios, la destruccion recíproca de los seres y de las cosas. Tal era el espectáculo; acerbo y curioso espectáculo. La historia del hombre y de la tierra tenía así una intensidad que no le podrían dar ni la imaginacion, ni la ciencia, por que la ciencia es más lenta y la imaginacion más vaga, mientras que lo que allí vi era la condensacion viva de todos los tiempos. Para describirla sería preciso fijar el relámpago. Los siglos desfilaban en un torbellino, y, no obstante, por que los ojos del delirio son distintos, yo veía todo lo que pasaba delante de mi,—flagelos y delicias,—desde esa cosa que se llama gloria hasta esa otra que se llama miseria, y veía al amor multiplicando la miseria, y veía á la miseria agravando la debilidad. Allá iban la codicia que devora, la colera que inflama, la envidia que babea, la azada y la pluma, húmedas de sudor, y la ambicion, el hambre, la vanidad, la melancolía, la riqueza, el amor, y todos agitaban al hombre, como un cascabel, hasta destruirlo, como un harapo. Eran las formas variadas de un mal que ora mordía la viscera, ora mordía el pensamiento, y que paseaba eternamente sus ropas de Arlequin, en derredor de la especie humana. El dolor cedía alguna vez, pero cedía á la indiferencia, que era un sueño sin ojos, ó al placer, que era un dolor bastardo. Entonces el hombre flagelado y rebelde, corría ante la fatalidad de las cosas, tras de una figura nebulosa y esquiva, hecha de retazos, un retazo de impalpable, otro de improbable, otro de

invisible, cosidos todos á hilvan, con la aguja de la imaginacion; y esa figura,—nada menos que la quimera de la felicidad,—ó le huía perpetuamente, ó se dejaba coger de la falda, y el hombre la ceñía contra el pecho, y entonces ella reía, como un escarnio, y desaparecía como una ilusion.

Al contemplar tanta calamidad no pude contener un grito de angustia, que la Naturaleza ó Pandora escuchó sin protestar ni reir; y no sé por qué ley de trastorno cerebral, fuí yo quien me puse á reir, con una risa descompasada é idiota.

—Tienes razon, dije, la cosa es divertida y vale la pena,—tal vez monotona,—pero vale la pena. Cuando Job maldecía el día en que fuera concebido, es por que le daban ganas de ver de aquí arriba el espectáculo. Vamos allá, Pandora, abre el vientre y digiéreme; la cosa es divertida, pero digiéreme.

La respuesta fué compelirme fuertemente á mirar para abajo, y á ver los siglos que continuaban pasando, veloces y turbulentos, las generaciones que se superponían á las generaciones, unas tristes, como los hebréos del cautiverio, otras alegres, como los libertinos de Cómodo, y todas ellas puntuales en la sepultura. Quise huir, pero una fuerza misteriosa me retenía de los pies; entonces me dije á mi mismo:—«Bueno, los siglos van pasando, llegará el mío y pasará tambien, hasta el último que me dará la descifracion de la eternidad.» Y fijé los ojos, y continué viendo las edades, que seguían llegando y pasando, ya entonces tranquilo, y no se si hasta alegre. Talvez alegre. Cada siglo traía su porcion de sombra y de luz, de apatía y de combate, de verdad y de error, y su cortejo de sistemas, de ideas nuevas, de nuevas ilusiones; en cada una de ellas estallaban los verdores de una primavera y amarilleaban despues, para retoñar más tarde. A la vez que la vida tenía así una regularidad de calendario, hacíanse la historia y la civilizacion, y el hombre, desnudo y desarmado, armábase y vestíase, construía el tugurio y el palacio, la ruda aldea y Tebas la de las cien puertas, creaba la ciencia que escruta, y el arte que arrebata, hacíase orador, mecánico, filósofo, recorría la faz del globo, descendía al vientre de la tierra, subía á la esfera de las nubes, colaborando así en la obra misteriosa, con lo que entretenía la necesidad de la vida y la melancolía del desamparo. Mi mirada, encandilado y distraído, vió en fin llegar el siglo presente, y tras de éste los futuros. Aquél venía ágil, diestro, vibrante, lleno de sí, un poco difuso, audaz, muy sabido, pero al cabo tan miserable, como los primeros, y así pasó y así pasarán los otros con la misma rapidez é igual monotonía. Redoblé la atencion; agucé la vista; iba por fin, á ver el último,—el último!; pero entonces la rapidez de la marcha era ya tal, que escapaba á toda comprension; al lado de ella un relámpago sería un siglo. Por eso tal vez los objetos al entrar se transformaban; unos crecían, otros amenguaban, otros perdíanse en el ambiente; una nevada lo cubrió todo,—menos al hipopótamo que allí me llevara, el que, por otra parte, comenzó á achicarse, á disminuir, á disminuir, hasta llegar al tamaño de un gato. Era efectivamente un gato. Lo miré fijamente; era mi gato Sultan que jugaba en la puerta de la alcoba con una bola de papel...

CAPÍTULO VIII

Razon contra necedad

Ya habrá comprendido el lector que era la Razon que volvía á casa, é invitaba á la Necedad á salir, clamando, y con mayor fundamento, las palabras de Tartufo:

«La maison est à moi, c'est à vous d'en sortir.»

Pero es maña antigua de la Necedad enamorarse de las casas ajenas, de modo que, apenas dueña de una, difícil es hacerla despejar. Es maña; no se mueve de ahí, hace mucho tiempo que perdió la vergüenza. Ahora bien: si advertimos el número inmenso de casas que ocupa, unas siempre, otras durante las estaciones calurosas, concluiremos que esta amable peregrina es el terror de los propietarios. En nuestro caso, casi hubo un disturbio en la puerta de mi cerebro, por que la intrusa no quería entregar la casa, y la dueña no cejaba en el propósito de

tomar lo que era suyo. Al fin, la Necedad se contentaba con un rinconcito en el desvan.

—No, señora, replicó la Razon, estoy cansada de cederle desvanes, cansada y escarmentada, lo que usted quiere es pasar callandito del desvan al comedor, de ahí á la sala y al resto.

—Está bien, déjeme permanecer un poco más, estoy sobre la pista de un misterio...

—Qué misterio?

—De dos, corrigió la Necedad; el de la vida y el de la muerte; ruégole solo unos diez minutos.

La Razon se echó á reir.

—Siempre has de ser la misma;... siempre la misma... siempre la misma...

Y, diciendo esto, tomóla de las muñecas y la arrastró para afuera; luego entró y se encerró. La Necedad gimió todavía algunas súplicas, gruñó algunos rezongos;—pero se desengañó en seguida, sacó la lengua con aire de mofa, y se marchó...

CAPÍTULO IX

Transicion

Y vean ahora con que destreza, con que arte hago la mayor transicion de este libro. Vean: mi delirio comenzó en presencia de Virgilia; Virgilia fué el gran pecado de mi juventud; no hay juventud sin niñez, la niñez supone nacimiento; y he aquí como llegamos, sin esfuerzo, al día 20 de Octubre de 1805, en que nací. Han visto. Ningun remiendo aparente, nada que distraiga la atencion tranquila del lector; nada. De modo que así el libro tiene todas las ventajas del método, sin la rigidez del método. En verdad, ya era tiempo. Que esto del método, siendo, como es, una cosa indispensable, es mucho mejor tenerlo sin corbata y sin tiradores, un poco más á la fresca y á la suelta, como quien no tiene que reparar en la vecina de enfrente ni en el inspector del barrio. Es como la elocuencia, pues hay una genuina y vibrante, de un arte natural y encantadora, y hay otra tiesa, almidonada y fofa. Pasemos al 20 de Octubre.

CAPÍTULO X

En aquel día

En aquel día, el árbol de los Cubas echó una graciosa flor. Nací; recibiome en los brazos la Pascuala, insigne partera portuguesa, que se jactaba de haber abierto la puerta del mundo á una generacion entera de hidalgos. No es imposible que mi padre le oyera tal declaracion; creo, por otra parte, que fué el sentimiento paterno lo que lo indujo á gratificarla con dos medios doblones. Lavado y fajado, fuí desde luego, el héroe de nuestra casa. Cada cual pronosticaba á mi respecto lo que mejor le parecía. Mi tío Juan, el antiguo oficial de infantería, hallábame una cierta mirada de Bonaparte, cosa que mi padre no pudo oir sin náuseas; mi tío Ildefonso, entonces simple padre, imaginábame canónigo.

—Canónigo es lo que ha de ser, y no digo más para que no parezca orgullo; pero nada me sorprendería que Dios lo destinase á un obispado... Es verdad, un obispado; no es cosa imposible. Qué dice usted, hermano Benito?

Mi padre respondía á todos que yo sería lo que Dios quisiera; y levantábame en el aire, como si intentara mostrarme á la ciudad y al mundo; preguntaba á todos si me le parecía, si era inteligente, bonito...

Digo estas cosas al pasar, como las oí narrar años despues; ignoro la mayor parte de los pormenores de aquel famoso día. Sé que los vecinos fueron ó mandaron felicitar al recien nacido, y que durante las primeras semanas muchos fueron los visitantes en nuestra casa. No hubo silla de manos que no trabajase; salió á tomar aire mucha casaca y mucho calzon. Si no cuento los mimos, los besos, las admiraciones, las bendiciones, es porque si los contase, no acabaría nunca el capítulo, y es preciso acabarlo.

Idem, no puedo decir nada de mi bautismo, porque nada me refirieron al respecto, á no ser que fué una de las más gallardas fiestas del año siguiente, 1806; me bautizaron en la iglesia de Santo Domingo, un martes de Marzo, día claro, luminoso y puro, siendo padrinos el co-

ronel Rodriguez de Mattos y su señora. Uno y otro descendían de viejas familias del Norte y honraban en verdad la sangre que les corría por las venas, antaño derramada en la guerra contra Holanda. Creo que sus nombres fueron las primeras cosas que aprendí; y ciertamente los decía con mucha gracia, ó revelaba algun talento precoz, porque no había persona extraña delante de la cual no me obligasen á repetirlos.

—Ñoñó, dígales á estos señores cómo se llama su padrino.

—Mi padrino? es el Excelentísimo señor coronel Pablo Vaz Lobo Cezar de Andrade y Souza Rodriguez Mattos; mi madrina es la Excelentísima señora doña María Luisa de Macedo Rezende y Souza Mattos.

—Es muy vivo su niño, exclamaban los oyentes.

—Muy vivo, repetía mi padre; y los ojos se le humedecían de orgullo, y tomándome la cabeza con la palma de la mano, mirábame largo rato, enamorado, lleno de sí.

Idem, comencé á andar, no sé bien cuando, pero antes de tiempo. Tal vez para apresurar á la naturaleza, obligáronme temprano á agarrar las sillas, vistiéronme con sayas, dábanme carritos de palo.—Solo, solo, ñoñó, solo, solo,—decíame la niñera. Y yo, atraido por el cascabel de lata que mi madre agitaba delante de mí, marchaba para adelante, cae aquí, cae acullá; y andaba probablemente mal, pero andaba, y seguí andando.

CAPÍTULO XI

El niño es padre del hombre

Crecí; y en esto fué que la familia no intervino; crecí naturalmente, como crecer las magnolias y los gatos. Tal vez los gatos sean menos matreros, y, con seguridad, las magnolias son menos inquietas de lo que era yo en mi infancia. Un poeta ha dicho que el niño es padre del hombre. Si esto es verdad, veamos algunos lineamientos del niño.

Desde los cinco años merecí yo el apodo de «muchacho diablo»; y verdaderamente no era otra cosa; fuí de los más malignos de mi tiempo, astuto, indiscreto, travieso y voluntarioso. Por ejemplo, un día le rompí la cabeza á una esclava porque me negaba una cucharada de dulce de coco que estaba haciendo, y no contento con el maleficio, eché un puñado de ceniza en el tacho, y, no satisfecho de la travesura, fuí á decirle á mi madre que la esclava era la que echaba á perder el dulce «por perrería»; y yo á penas tenía seis años. Prudencio, un negrito de la casa, era mi caballo de todos los días; ponía las manos en el suelo, se le ataba un cordel en las quijadas, á guisa de freno, y yo me le trepaba sobre los lomos, con una varilla en la mano, fustigábalo, dábale mil vueltas á un lado y otro, y él obedecía,—algunas veces gimiendo,—pero obedecía sin decir palabra, ó cuando mucho,—ay! ñoñó!—á lo que yo replicaba:—Cállate la boca, bestia.—Esconder los sombreros de las visitas, poner cola de papel á las personas serias, tirar de la coleta de las pelucas, dar pellizcones en los brazos de las matronas, y otras muchas hazañas de este jaez, eran muestras de un genio indócil, más debo creer que eran tambien expresiones de un espíritu robusto, porque mi padre me tenía gran admiracion; y si á veces me reprendía, delante de las personas, lo hacía por simple formalidad: en privado me daba besos.

No se concluya de aquí que yo me pasara el resto de la vida rompiendo la cabeza de los demás, ni en esconderles los sombreros; pero extravagante, egoista y algo desdeñoso para con los hombres, eso fuí; si no pasé el tiempo en esconderles los sombreros, alguna vez les tiré del rabo de la peluca.

Otrosí: me aficioné á la contemplacion de la injusticia humana, incliméme á atenuarla, á explicarla, á clasificarla por partes, á entenderla, no segun un padron rígido, pero de acuerdo con las circunstancias y lugares. Mi madre me educaba á su manera, hacíame aprender de memoria algunos preceptos y oraciones; pero yo sentía que, mas que las oraciones, me gobernaban los nervios y la sangre, y la buena regla perdía el espíritu, que le da vida, para tornarse una vana fórmula. De mañana, antes del «mingau» de natilla, y de noche, antes de la cama, pedía á Dios que me perdonase, así como yo perdonaba

á mis deudores; pero entre la mañana y la noche hacia una gran maldad, y mi padre, pasado el alboroto, dábame golpecitos en la cara, y exclamaba riendo: Ah! bandido! ah! bandido!

Sí, mi padre me adoraba. Mi madre era una señora débil, de poco cerebro y mucho corazon, asáz crédula, sinceramente piadosa,—casera, á pesar de ser bonita, y modesta, á pesar de ser pudiente; temía á los truenos y á su marido. El marido era en la tierra su Dios. De la colaboracion de esas dos criaturas nació mi educacion, que, si tenía algo bueno, era en lo general viciosa, incompleta y, en parte negativa. Mi tío el canónigo hacía á veces algunas observaciones al hermano; decía que me daba mas libertad que enseñanza, y mas cariño que reprensiones, pero mi padre respondía que aplicaba en mi educacion un sistema enteramente superior al sistema usado; y de este modo, sin confundir al hermano, se ilusionaba á sí mismo.

Junto con la transmision y la educacion, tuve tambien el ejemplo extraño, el medio doméstico. Ya hemos visto á los padres, veámos ahora á los tíos. Uno de ellos, Juan, era un hombre de lengua bien suelta, vida galante, conversacion picaresca. Desde los doce años, Juan, empezó á referirme anécdotas, reales ó no, plagadas todas de obscenidades ó inmundicias. No respetaba mi adolescencia, como no respetaba la sotana del hermano; con la diferencia de que este huía siempre que lo veía enderezar hacía un tema escabroso. Yo no, dejábame estar sin entender nada, al principio, despues entendiendo, y en fin hallándole gracia. Al cabo de cierto tiempo, quien lo buscaba era yo; y él gustaba mucho de mí, dábame dulces, llevábame á pasear. En casa, cuando iba á pasar algunos días, no pocas veces me aconteció hallarlo, en el fondo de la chacra, en el lavadero, charlando con las esclavas que fregaban la ropa; allí es que era un desfilar de anécdotas, dichos, preguntas, y un estallar de carcajadas que nadie podía oir, porque el lavadero quedaba muy lejos de la casa.

Las negras, con un palmo de la saya recogido sobre el vientre, unas dentro del agua, otras fuera, inclinadas sobre las piezas de ropa, las golpeaban, las jabonaban, las torcían, é iban oyendo y contestando á las picardías del tio Juan, y diciendo cuando las comentaban con un —Cruz, diablo!... Este niño Juan es el diablo!

Bien distinto era el tio canónigo. Este era muy puro y austero; tales dotes, sin embargo, no realzaban un espíritu superior, apenas compensaban un espíritu mediocre. No era hombre que viese la parte substancial de la iglesia: veía el lado externo, la gerarquía, las preeminencias, los sobrepelíces, los genuflexiones. Antes venía de la sacristía que del altar. Una falta en el ritual lo excitaba más que una infraccion á los mandamientos. Ahora, á tantos años de distancia, no estoy cierto si podía atinar fácilmente con un trozo de Tertuliano, ó exponer, sin titubear, la historia del símbolo de Nicea; pero nadie, en las fiestas cantadas, sabía mejor el número y caso de las cortesías que se debían hacer al oficiante. Ser canónigo fué la única ambicion de su vida; y decía de corazon que era la mayor dignidad á que podía aspirar. Piadoso, severo en las costumbres, minucioso en la observacion de las reglas, débil, tímido, subalterno, poseía algunas virtudes, pero carecía absolutamente de la fuerza de insinuarlas, de imponerlas, á los demás.

No diré nada de mi tía materna, doña Emerenciana, que era, por otra parte, la persona que mas autoridad tenía sobre mí; diferenciábase grandemente de los demás; pero vivió poco tiempo en nuestra compañia, unos dos años. Otros parientes y algunos íntimos no merecen la pena de ser citados; no hicimos vida comun; pero sí intermitente, con grandes claros de separacion. Lo que importa es la expresion general del medio doméstico, y esa queda aquí indicada,—vulgaridad de caracteres, amor á las apariencias brillantes, al ruido, flojedad de voluntad, dominio del capricho. De esa tierra y de ese estiercol es que nació la flor.

CAPITULO XII

Un episodio de 1814

Pero no quiero seguir adelante, sin contar sumariamente un episodio galante de 1814; tenía nueve años.

Napoleon, cuando yo nací estaba en todo el esplendor de la gloria y del poder; era emperador y ya se había captado enteramente la admiracion de los hombres. Mi padre, que á fuerza de convencer á los demás de nuestra nobleza, acabó por persuadirse á sí propio, tenía para él un odio puramente mental. Eso era motivo de reñidas contiendas en nuestra casa, porque mi tío Juan, no sé si por espíritu de clase y simpatía de oficio, perdonaba en el déspota lo que admiraba en el general, mi tío el canónigo era inflexible con el corso, los demás parientes se dividían; de ahí las controversias y los enojos.

Al llegar á Rio de Janéiro la noticia de la primera caída de Napoleon, hubo naturalmente en nuestra casa gran agitacion; pero no se oyeron zumbas ni palabras picantes. Los vencidos, testigos del regocijo público, juzgaron mas decoroso el silencio; algunos fueron más allá y batieron palmas. La poblacion, cordialmente alegre, no regateó demostraciones de afecto á la familia real; hubo iluminaciones, salvas, «Te-Deum», cortejo y aclamaciones. Figuré en esos dias con un espadín nuevo, que mi padrino me regalara el dia de San Antonio; y, francamente, más me interesaba el espadín que la caída de Bonaparte. Nunca se me ha olvidado este fenómeno. Nunca he dejado de pensar entre mí que nuestro propio espadín es siempre más grande que la espada de Napoleon. Y observen que yo, oí muchos discursos, cuando estaba vivo, leí mucha página llena de grandes ideas y mayores palabras; pero no se por que, en el fondo de los aplausos que me arrancaban de la boca, zumbaba algunas veces este concepto de hombre escarmentado:

—Véte al diablo, tu solo te preocupas del espadín!

No se contentó mi familia con tener una participacion anónima en el regocijo público; creyó oportuno é indispensable celebrar la destitucion del emperador con una comida, y tal comida, que el ruido de las aclamaciones llegase á los oídos de Su Alteza, ó cuando menos, de sus ministros. Reapareció toda la vieja vajilla de plata maciza, heredada de mi abuelo Luis Cubas: salieron á luz los manteles de Holanda, las grandes jarras de la India; se sacrificó un capon, encomendáronse á las madres de la Ayuda las compotas y mermeladas; laváronse, aceáronse, limpiáronse las salas, las escaleras, los candelabros, las arandelas, las grandes campanas de vidrio, todos los enseres, en fin, del lujo clásico.

Llegada la hora, encontróse reunida una sociedad selecta, el juez de feria, tres ó cuatro oficiales militares, algunos comerciantes y letrados, varios funcionarios de la administracion, unos con sus mujeres é hijos, otros sin ellos, mas todos comulgando en el deseo de atollar la memoria de Bonaparte en el buche de un pavo. No era una comida; pero sí un «Te-Deum»; fué poco más ó menos lo que dijo uno de los hombres de letras presentes, el doctor Villaça, glosador insigne, que agregó á los platos de la casa las golosinas de las musas. Me acuerdo, como si fuera ayer, me acuerdo de verlo erguirse con su larga peluca de coleta, casaca de seda, una esmeralda en el dedo, pedir á mi tío el sacerdote que le repitiera el mote, y, repetido el mote, clavar los ojos en la cabeza de una señora, despues toser, alzar la mano derecha, toda cerrada menos el índice, que apuntaba para el techo; y así, puesto y compuesto, devolver el mote glosado. No hizo una glosa, pero sí tres; despues juró á sus dioses no parar en la tarea. Pedía un mote, se lo daban, lo glosaba en seguida, y luego pedía otro y otro más; de tal modo que una de las señoras presentes no pudo callar su admiracion.

—Su señoría dice eso, replicó modestamente Villaça, porque nunca oyó á Bocage, como yo le oí el siglo pasado, en Lisboa. Aquello sí! qué facilidad! y qué versos! tuvimos luchas de una y dos horas, en el café de Nicola, glosándonos en medio de bravos y aplausos. Inmenso talento el de Bocage! Era lo que me decía, hace días, la señora duquesa de Cadaval...

Y estas tres últimas palabras, dichas con mucho énfasis, produjeron en toda la asamblea un extremecimiento de admiracion y pasmo. Con que aquel hombre tan llano, tan sencillo, además de pleitear con poetas, discreteaba con duquesas! Un Bocage y una Cadaval! Al contacto de aquel hombre las damas sentían-

se superfinas; los varones lo miraban con respeto, algunos con envidia, no pocos con incredulidad. El, entretanto, seguía adelante, acumulando adjetivo sobre adjetivo, adverbio sobre adverbio, haciendo desfilar todas las rimas de «tirano» y de «usurpador». Era la sobremesa; nadie pensaba ya en comer. En el intervalo de las glosas, corría un rumor alegre, un palabreo de estómagos satisfechos; los ojos dormidos y húmedos, ó vivos y cálidos, desperezábanse ó recorrían la mesa de una punta á otra, atiborráda de dulces y frutas; aquí el ananás en ruedas, allí el melon en tajadas, las compoteras de cristal dejando ver el dulce de coco, finamente rallado, amarillo como una yema,—ó sino el mezclado con miel, obscuro y grueso, no lejos del queso y de las patatas de «cará». De cuando en cuando una carcajada jovial, amplia, desabotonada, una carcajada de familia, venía á romper la gravedad política del banquete. En medio del interés grande y comun, agitábanse tambien los pequeños y particulares. Las señoritas hablaban de las «modinhas» que habían de cantar al clavicordio, y del minuete y del solo inglés; ni faltaba la matrona que prometiese bailar un «oitavado de compasso», solo para demostrar cómo se divertía en los buenos tiempos en que era niña. Un sugeto, cerca de mí, daba á otro noticia de los negros jóvenes, que estaban por llegar, segun cartas que recibiera de Loanda, una carta en que un sobrino suyo le decía que ya había negociado cerca de cuarenta cabezas, y otra carta en que... Las traía precisamente en el bolsillo, pero no podia leerlas en aquella ocasion. Lo que aseguraba es que podíamos contar, solo en aquel viaje, con unos ciento veinte negros, por lo menos.

—Trás... trás... trás... hacía Villaça golpeando las manos una contra otra. El rumor cesaba de pronto como una pausa de orquesta, y todos los ojos se volvían hacia el glosador. Los que quedaban lejos se colocaban la mano tras de la oreja para no perder palabra; la mayor parte, ya antes de oir la glosa, tenía una sonrisa de aplauso, trivial y cándida.

En cuanto á mí, allí me estaba, solitario y deslumbrado, enamorando á cierta compota muy de mi gusto. Al fin de cada glosa quedaba muy contento, esperando que fuese la última; pero no era, y los postres seguían intactos. Nadie se atrevía á dar el ejemplo. Mi padre, en la cabecera, saboreaba á sorbos extensos la alegría de los convidados, gozaba con las carotas alegres, con los platos, con las flores, deleitábase con la familiaridad establecida entre los espíritus más distantes al influjo de una buena comida. Yo lo notaba porque volvía los ojos de la compota, por él y de él para la compota, como pidiéndole que me sirviese de ella; pero lo hacía en vano. Mi padre no veia nada, se veia á sí propio. Y las glosas se sucedían, como chaparrones, obligándome á amainar el deseo y el pedido. Resistí cuanto pude; y no pude mucho. Pedí en voz baja el dulce; por último grité, berrée, pataléé. Mi padre, que era capaz de darme el sol, si yo se lo hubiera exigido, llamó á un esclavo para que me sirviera el dulce, pero ya era tarde. Mi tía Emerenciana me arrancó de la silla y me entregó á una esclava, no obstante mis gritos y empellones.

Ese fué el delito del glosador: retardó la compota y dió motivo para mi exclusion. Aquello bastó para que yo meditara una venganza, cualquiera que fuese, pero grande y ejemplar, algo que de alguna manera lo pusiese en ridículo. El Dr. Villaça era un hombre grave, circunspecto y lento, tenia cuarenta y siete años, era casado y padre. No me satisfacían la cola de papel ni el rabo de la peluca; había de ser algo peor. Me puse á espiarlo durante el resto de la tarde, á seguirle, en la quinta, adonde todos bajaran á pasear. Lo ví conversar con doña Eusebia, hermana del sargento mayor Domiguez, una robusta mujerona, que, si no era bonita, tampoco era fea.

—Estoy muy enojada con usted, decía ella.

—¿Por qué?

—Porque... no sé por qué... porque esa es mi suerte... creo á veces que mejor sería morir....

Habían penetrado en un pequeño cenador; era entre dos luces; yo los seguí. Villaça tenía en los ojos unas chispas de vino y de voluptuosidad.

—Déjeme—decía ella.

—Nadie nos ve. Morir, mi ángel? Qué ideas son esas? No sabes que yo tambien moriría... qué digo?... muero todos los dias, de pasion, de saudades....

Doña Eusebia se llevó el pañuelo á los ojos. El glosador buscaba en su memoria algun rasgo literario, y halló éste, que más tarde verifiqué ser de una de las obras del «Judeu»:

—No llores mi bien; no quieras que el día amanezca con dos auroras.

Dijo esto; la atrajo á sí; ella resistió un poco, pero se dejó ir; unieron los rostros, y oí estallar, pero muy quedo, un beso, el más medroso de los besos.

—El Dr. Villaça le ha dado un beso á doña Eusebia!.— grité corriendo por la quinta.

Esta frase mía fué un estampido; la estupefaccion inmovilizó á todos; los ojos se explayaban hacia uno y otro lado; cambiábanse sonrisas y secretos, á socapa, las madres arrastraban á sus hijas pretextando el sereno. Mi padre me tiró de las orejas, fingidamente, irritado de veras con la indiscrecion; pero al día siguiente, durante el almuerzo, al recordar el caso, tomábame de la nariz, riendo: ah! bandido! ah! bandido!

CAPÍTULO XIII

Un salto

Juntemos ahora los pies y demos un salto por encima de la escuela, la escuela enfadosa, donde aprendí á leer, escribir, contar, dar cachetadas, recibirlas, é ir á hacer diabluras, ora en los cerros, ora en las playas, donde quiera que el sitio fuera propicio al ocio.

Tenía amarguras ese tiempo; tenía los retos, los castigos, las lecciones árduas y largas, y algo más, muy poco más y muy liviano. Solo era pesada la palmeta, y á pesar de eso... Oh! palmeta, terror de mis días pueriles, tu que pusiste el «compelle intrare» con que un viejo maestro, huesudo y calvo, me incrustó en el cerebro el alfabeto, la prosodia, la sintaxis, y las otras cosas que sabía, bendita palmeta, tan desacreditada por los modernos, quien me diera haber permanecido bajo tu yugo, con mi alma imberbe, mis ignorancias, y mi espadin, aquel espadin de 1814 tan superior á la espada de Napoleon! Que era lo que exigías, en fin, tu, mi viejo maestro de primeras letras? La leccion de memoria y compostura en la clase; nada más, nada menos de lo que quiere la vida, que es la de las últimas letras; con la diferencia de que tú, si me dabas miedo, nunca me causaste aversion. Véote aún entrar en la sala, con tus zapatillas de cuero blanco, capa, pañuelo en la mano, cabeza descubierta, barba rapada; véote sentarte, bufar, gruñir, absorber una narigada inicial, y llamarnos despues á dar la leccion. E hiciste esto durante veintitres años, callado, obscuro, puntual, metido en una casita de la calle del Piojo, sin fastidiar al mundo con tu mediocridad, hasta que un día diste la gran zabullida en las tinieblas, y nadie te lloró, salvo un negro viejo, — nadie, ni yo, que te debo los rudimentos de la escritura.

Llamábase Ludgero el maestro; quiero escribir todo su nombre en esta página: Ludgero Barata,—un nombre funesto, que les servía á los chicos de eterno tema para sus bromas. Uno de nosotros, Quincas Borba, (*) era cruel con el pobre hombre. Dos, tres veces por semana, le metía en el bolsillo de las calzas, unas largas calzas de punto,—en el cajon de la mesa, al pie del tintero, una «barata» (**) muerta. Si llegaba á acertar con ella, daba un salto, giraba los ojos llameantes, decíanos los últimos nombres; eramos unas sabandijas, mal criados, negrillos. — Unos temblaban, otros rebuznaban; Quincas Borba mientras tanto permanecía quieto, con los ojos clavados en el aire.

Una flor, el tan Quincas Borba. Nunca en mi infancia, nunca en toda mi vida, encontré un niño más gracioso, inventivo y travieso. Era la flor y no ya de la escuela, sino de toda la ciudad. La madre viuda, con algun pasar, adoraba al hijo y lo tenía mimoso, aseado, paquete, con un vistoso page acompañándole, un page que nos dejaba hacer la rabona, ir á cazar nidos de pájaros, ó perseguir lagartijas por los cerros de Livramento y de la Concepcion, ó simplemente vagar por

(*) Quincas, diminutivo familiar de Joaquin.
(**) El nombre portugués de la cucaracha.

las calles, como dos petimetres. Y de emperador, era un gusto ver á Quincas Borba hacer de emperador en las fiestas del Espíritu Santo. Por otra parte, en nuestros juegos juveniles él escogía siempre el papel de rey, ministro, general, una supremacía, cualquiera que fuere. Tenía garbo el muy travieso, y gravedad, cierta magnificencia en las actitudes, en los meneos. Quien diría que... Detengamos la pluma; no adelantemos los sucesos. Pasemos de un salto al año 1822, fecha de nuestra independencia política y de mi primer cautiverio personal.

CAPÍTULO XIV

El primer beso

Tenía diecisiete años; brotábame un bocito que yo forcejaba por convertir en bigote. Los ojos vivos y resueltos eran mi rasgo verdaderamente masculino. Como ostentara cierta arrogancia no se sabía bien si era una criatura con humos de hombre, ó un hombre de aire aniñado. En conjunto, era un lindo mozo, lindo y audaz, que entraba en la vida con botas y espuelas, látigo en mano y sangre en las venas, cabalgando un corcel nervioso, fuerte, veloz como el corcel de las antiguas baladas, que el romanticismo fué á buscar al castillo medioeval, para andar con él por las calles de nuestro siglo. Lo peor es que lo maltrataron de tal modo que fué preciso echarle á un lado, donde lo halló el realismo, comido de lacería y gusanos, y por compasion, lo transportó á sus libros.

Si, yo era ese mozo bonito, airoso, rico; y facilmente se imagina que mas de una dama inclinó ante mí la frente pensativa, ó levantó hácia mi unos ojos codiciosos. De todas, la que me cautivó luego fué una... una... no sé si debo decirlo; este libro es casto, al menos en la intencion; en la intencion es castísimo. Pero no hay remedio; ó se dice todo ó nada. La que me cautivó fué una dama española, Marcela, la «linda Marcela», como la llamaban los mozos de su tiempo. Y tenían razon los mozos. Era hija de un hortelano de Asturias; díjomelo ella misma, en un día de sinceridad, porque la creencia general era que naciera de un abogado de Madrid, víctima de la invasion francesa, herido, encarcelado, fusilado, cuando ella tenía apenas doce años. «Cosas de España». Fuese quien fuera entre tanto, el padre, escritor ú hortelano, la verdad es que Marcela no poseía la inocencia rústica, y que con dificultad entendía la moral del código. Era buena moza, alegre, sin escrúpulos, algo cohibida por la austeridad de la época, que no le permitía ostentar por las calles sus descocos y sus berlinas; lujosa, impaciente, amiga del dinero y de los mozos. En aquel año se moría de amores por un tal Javier, sujeto rico y tísico, — una perla.

La ví por primera vez en el Rocio Grande, la noche de las luminarias, luego que se confirmó la declaracion de la independencia, una fiesta de primavera, un amanecer del alma pública. Eramos dos muchachos, el pueblo y yó; veníamos de la infancia, con todos los arrebatos de la juventud. La ví salir de una silla de manos, airosa y vistosa, un cuerpo esbelto, ondulante, un contoneo, un no se qué, que nunca hallara en las mujeres puras.— Sígue, le dijo ella al page. Y yo la seguí, tan page como el otro, como si la orden me hubiera sido dada, dejeme ir enamorado, vibrante, lleno de las primeras auroras. En el camino le llamaron «linda Marcela», recordé que le oyera aquel nombre á mi tío Juan, y quedé, confieso que quedé atónito.

Tres días despues me preguntó mi tío, en secreto, si quería ir á una cena con unas muchachas, en los Cajueiros. Fuimos; era en casa de Marcela. Javier, con todos sus tubérculos, presidía el banquete nocturno, en el que yo poco ó nada comí, por que solo tenía ojos para la dueña de casa. Que gentil estaba la española! Había mas de media docena de mujeres, bonitas, llenas de gracia; pero la española... El entusiasmo, algunos sorbos de vino, el carácter imperioso, alocado, todo eso me llevó á hacer una cosa única. A la salida, en la puerta de la calle, dije á mi tio que me esperase un instante, y volví á subir las escaleras.

—Se le olvidó algo? me preguntó Marcela de pié, en la meseta de la escalera.

—El pañuelo.

Ella iba á abrirme camino para volver á la sala; yo la sugeté de las muñecas, la atraje hácia mí, y díle un beso. No sé si

ella dijo algo, si gritó, si llamó á alguien; no se nada; se que descendí otra vez las escaleras, veloz como un tifon, y tambaleando como un ébrio.

CAPÍTULO XV

Marcela

Empleé treinta días en ir del Rocio Grande hasta el corazon de Marcela, no ya cabalgando en el corcel del ciego deseo, pero si en el asno de la paciencia, al mismo tiempo mañoso y terco. Por que en verdad, hay dos medios de granjearse la voluntad de las mujeres: el violento, como el toro de Europa, y el insinuante, como el cisne de Leda ó la lluvia de oro de Danae, tres inventos del padre Zeus, que, por estar pasados de moda, han quedado convertidos en caballo y en asno. No diré las tretas que urdí, ni las mentiras, ni las alternativas de confianza y de temor, ni las esperas inútiles, ni ninguna otra de esas cosas preliminares. Afírmoles que el asno fué digno del corcel—un asno de Sancho, filósofo de veras, que me llevó á casa de ella, al final del citado período; me apeé, le di una palmada en el anca y lo mandé á pastar.

Primera conmocion de mi juventud, que dulce fuiste! Tal debió ser, en la creacion bíblica, el efecto del primer sol. Imajínate el efecto del primer sol, cayendo de lleno sobre la faz de un mundo en flor. Pues fué algo idéntico, lector amigo, y si alguna vez has contado diez y ocho años, debes recordar que fué exactamente así mismo.

Tuvo dos faces nuestra pasion, ó vinculacion ó cualquier otro nombre, por que yo de nombres no me preocupo; tuvo la faz consular y la faz imperial.

En la primera, que fué corta, gobernamos Javier y yo, sin que él sospechara que dividía conmigo el gobierno de Roma; pero cuando la credulidad no pudo resistir mas á la evidencia, Javier depuso las insignias, y yo reuní la suma de todos los poderes en mi mano; fué la paz cesárea. El Universo era mío; pero triste de mí! no era sin sacrificio. Fuéme preciso buscar dinero, multiplicarlo, inventarlo, Primero exploté las larguezas de mi padre; me daba todo lo qué le pedía, sin reprenderme, sin demora, sin frialdad; decía que yo era joven y que él lo había sido tambien. Pero el abuso llegó á tal extremo, que restringió algo las dádivas, despues algo más, y despues más todavía. Entonces recurrí á mi madre, y la induje á sustraer algo, que me daba á hurtadillas. Era poco; eché mano de un último recurso: entré á descontar la herencia de mi padre, á firmar obligaciones, que tendría que rescatar un día con usura.

—De veras, decíame Marcela, cuando yo le llevaba alguna seda, alguna joya; de veras, tú quieres que me enoje contigo... Esto no se hace... un presente tan caro...

Y, si era una joya decía esto contemplándola entre los dedos, buscando buena luz, probándosela, riendo, besándome con una reincidencia impetuosa y sincera; pero, al par que protestaba, la felicidad se le derramaba por los ojos, y yo me sentía feliz al verla así. Le gustaban mucho nuestros antiguos doblones de oro, y yo le llevaba cuantos podía obtener; Marcela juntábalos todos dentro de una cajita de fierro, cuya llave nadie supo nunca dónde la guardaba; la escondía por miedo á los esclavos. La casa en que vivía, en los Cajueiros, era propia. Los muebles eran sólidos y buenos, de jacarandá esculpido, y lujosos los demás enseres, espejos, jarras, vajilla,—una linda vajilla de la India, que le donara un desembargador. Vajilla del diablo, cómo me irritabas los nervios. Muchas veces se lo dije á la misma dama; no le disimulaba el fastidio que me causaban ese y otros despojos de sus amores de antaño. Ella me oía y reía con una expresion cándida,—cándida y otra cosa, que yo en ese tiempo no entendía bien; pero ahora, recordando el caso, pienso que era una risa mixta, como debería tenerla una criatura que naciera, por ejemplo, de una bruja de Shakespeare con un serafin de Klopstock. No sé si me explico. Y como tenía noticia de mis celos tardíos, parece que le gustaba azuzarlos. Así fué que un dia, como yo no pudiera comprarle cierto collar, que vió en casa de un joyero, me dijo que era una broma, pues nuestro amor no necesitaba de tan vulgar estímulo.

—No te perdonaría que te formaras de mí tan pobre idea, concluyó amenazándome con el dedo.

Y luego, rápida como un pajarillo, extendió las manos, cubrióme con ellas el rostro, atrájome á sí é hizo un gesto gracioso, una mueca infantil. Despues, reclinada en la marquesa, continuó hablando de aquéllo, con sencillez y franqueza. Jamás consentiría en que comprara su afecto. Había vendido muchas veces las apariencias, pero la realidad guardábala para pocos. Duarte, por ejemplo, el alférez Duarte, que ella amara de veras, dos años, solo con mucho trabajo conseguía hacerle aceptar alguna cosa de valor, como me sucedía á mí; ella solo le aceptara sin repugnancia los regalitos sin valor, como la cruz de oro, que le dió, una vez, el día de su santo.

—Esta cruz...

Decía esto introduciendo la mano en el seno y sacando una cruz fina, de oro, atada á una cinta azul y colgada al cuello.

—Pero esa cruz no me dijiste tú que era tu padre que...

Marcela meneó la cabeza con aire de lástima.

—No te apercibiste de que era mentira, que yo decía eso para no molestarte? Ven acá, chiquillo, no seas así desconfiado conmigo... Que amé á otro?... qué importa; se acabó. Un día, cuando nos separemos...

—No digas eso!—grité yo.

—Todo pasa! Un día...

No pudo seguir; un sollozo le estranguló la voz; extendió los brazos, tomó los míos, apoyóse en mi pecho, y susurróme muy quedo al oído: —Nunca, nunca, mi amor! Yo le dí las gracias con los ojos húmedos. Al día siguiente le llevé el collar que le había negado.

—Para que te acuerdes de mí cuando nos separemos, dije yo.

Marcela guardó primero un silencio indignado; despues hizo un gesto magnífico: intentó arrojar el collar á la calle. Yo le contuve el brazo; roguéle que no me hiciera aquel desaire, que guardase la joya. Sonrió y la guardó.

Entretanto, pagábame con usura los sacrificios; me adivinaba los pensamientos; no había deseo á que no correspondiera con alma, sin esfuerzo, por una especie de ley de la conciencia y necesidad del corazon. Nunca el deseo era razonable, pero sí un puro capricho, una niñería, verla vestir de cierto modo, con tales y cuales adornos, este vestido y no aquél, ir de paseo ú otra cosa así, y ella accedía á todo, risueña y parlera.

—Eres un fantástico,—me decía.

E iba á ponerse el vestido, el encaje, los adornos con una obediencia encantadora.

CAPÍTULO XVI

Una reflexion inmoral

Ocúrreseme una reflexion inmoral, que es á la vez una correccion de estilo. Creo haber dicho en el capítulo XIV, que Marcela se moría de amores por Javier. No moría, vivía. Vivir no es lo mismo que morir; así lo afirman todos los joyeros de este mundo, gente muy entendida en gramática. Buenos joyeros, que sería del amor si no fuesen vuestros dijes y vuestros fiados? Un tercio ó un quinto del universal comercio de los corazones. Esta es la reflexion inmoral que yo pretendía hacer, la cual es aún más obscura que inmoral, por que no se entiende bien lo que yo quiero decir. Lo que yo quiero decir es que la más bella cabeza del mundo no resulta menos bella, si la ciñe una diadema de perlas finas; ni menos bella ni menos amada. Marcela, por ejemplo, que era bien bonita, me amó!...

CAPÍTULO XVII

Del trapecio y otras cosas

...Marcela me amó durante quince meses y once «contos de reis»; (*) nada menos. Mi padre, así que tuvo noticia de lo de los once contos se sobresaltó de veras; le pareció que el caso pasaba los límites de un capricho juvenil.

—Lo que es ahora, me dijo, te mando á Europa; irás á cursar en una universidad, probablemente la de Coimbra; quiero que seas un hombre serio y no un vago y un estafador. Y como yo hiciese un gesto de espanto:—Estafador, sí, señor; no es otra cosa un hijo que me hace esto.

(*) El conto valía 500 pesos oro.

Sacó del bolsillo mis vales de deuda, ya rescatados por él, y los agitó violentamente delante de mi cara. —Lo ves, calavera? es así como vela un joven por el nombre de los suyos? Piensas tú que yo y mis abuelos ganamos el dinero en las casas de juego ó vagando por las calles. Atolondrado! Esta vez ó entras en razon, ó no vuelvas á contar conmigo para nada.

Estaba furioso; pero con un furor templado y breve. Yo lo oí callado, y nada opuse á la orden del viaje, como otras veces lo hiciera; rumiaba la idea de llevarme á Marcela conmigo. Fuí á hablar con ella; expúsele la crisis é hícele la propuesta. Marcela me oyó con la mirada distraída, sin responder en seguida. Como insistiese, díjome que se quedaba, que no podía ir á Europa.

—Porque nó?

—No puedo, dijo con aire doliente; no puedo ir á respirar aquellos aires, todo me recordaría á mi padre, muerto por Napoleon...

—Cual de los dos, el hortelano ó el abogado? Marcela meneó la cabeza, canturreó una seguidilla, entre dientes; despues quejóse del calor y pidió una copa de refresco. Trájola la sirviente sobre una salvilla de plata, que formaba parte de mis once contos. Marcela me ofreció cortesmente el refresco; mi respuesta fué dar con la mano en la copa, rechazándola; derramósele el líquido sobre las faldas, la negra dió un grito, y yo le ordené furioso que se marchara. Al quedar solos, estalló toda la desesperacion de mi corazon; dígele que era un monstruo, que nunca me había querido, que me había dejado descender á todo, sin tener al menos la disculpa de la sinceridad; díjele muchos nombres feos, haciendo muchos gestos descompuestos. Marcelá se dejó estar sentada, mordiéndose las uñas con los dientes, fría como un trozo de mármol. Tuve ímpetus de estrangularla, de humillarla al menos, haciéndola caer á mis pies. Iba á hacerlo; pero la accion se convirtió en otra; fuí yo quien me eché á sus pies, contrito y suplicante; se los besé, recordé aquellos meses de nuestra felicidad solitaria, repetíle los nombres queridos de otro tiempo, sentado en el suelo, con la cabeza entre las rodillas de ella, apretándole mucho las manos; sofocado, desfallecido, pedíle con lágrimas en los ojos que no me desamparase... Marcela me miró algun rato, callados ambos, hasta que suavemente me apartó de sí y, con aire de aburrimiento:

—No me fastidie, dijo.

Se levantó, sacudió el vestido, aún mojado, y se marchó para el dormitorio.—No! le grité, no has de irte... no quiero. Iba á tomarla entre las manos: era tarde; entró á su cuarto y se encerró por dentro.

Salí desatentado; invertí dos mortales horas en vagar por los barrios más excéntricos y desiertos, donde era difícil dar conmigo. Iba masticando mi desesperacion, con una especie de gula mórbida; evocaba los días, las horas, los instantes de delirio, y ora me complacía en creer que eran eternos, que todo aquello era una pesadilla, ora, engañándome á mi mismo, trataba de apartarlos de mí, como un fardo inútil. Entonces resolvía embarcarme inmediatamente para cortar mi vida en dos mitades, y gozaba con la idea de que Marcela, al saber la partida, quedaría atormentada por los recuerdos y los remordimientos. Por que aquella tonta me había amado, tenía que sentir algo, un recuerdo cualquiera, como del alférez Duarte... En esto, el diente del pesar encajábaseme en el corazon; toda la naturaleza gritaba que era preciso que yo me llevara á Marcela conmigo.

—Por fuerza... por fuerza... decía yo hiriendo el aire con una puñada.

Por fin, tuve una idea salvadora... Ah! trapecio de mis pecados, trapecio de las concepciones abstrusas! La idea salvadora trabajó en él, como la del emplasto (cap. II). Era nada menos que fascinarla, fascinarla mucho, deslumbrarla, arrastrarla, arrebatarla; se me ocurrió pedir por un medio más concreto que el de la súplica. No medí las consecuencias; recurrí á un empréstito final; fuí á la calle de los Ourives, compré la mejor joya de la ciudad, tres diamantes grandes, engarzados en una peineta de marfil; corrí á casa de Marcela.

Marcela estaba reclinada en una red, con ademán muelle y cansado, una de las piernas colgando, dejando ver el piececito calzado con media de seda, los ca-

bellos sueltos, desparramados, la mirada quieta y soñolienta.

—Ven conmigo, le dije, he conseguido recursos, tengo mucho dinero, tendrás todo lo que quieras... Mira, toma.

Y le mostré la peineta con los diamantes. Marcela tuvo un breve sobresalto, irguió la mitad del cuerpo, y, apoyada en un hombro, miró la joya algunos breves instantes; despues volvió los ojos á otra parte; se había dominado. Entonces yo, metí mis manos en sus cabellos, los recogí, los arreglé de prisa, improvisé un peinado, sin ningun aliño, y lo rematé con la peineta de diamantes; retrocedí, volví á aproximarme, corregí los bucles, los bajé de un lado, busqué la simetría en aquel desórden, todo con una minuciosidad y un cariño de madre.

—Listo! exclamé.

—Loco! fué su primer respuesta.

La segunda fué atraerme hacia sí y pagarme el sacrificio con un beso, el más ardiente de todos. Despues se quitó la peineta, admiró mucho la materia y la labor, mirándome á veces á mí, y meneando la cabeza, con un aire de reprension:

—Que loco eres! decía.

—Vienes conmigo?

Marcela reflexionó un instante. No me gustó la expresion con que paseaba la vista de mí para la pared, y de la pared para la alhaja; pero toda la mala impresion se desvaneció, cuando me respondió resueltamente:

—Voy. Cuando te embarcas?

—De aquí á dos ó tres días.

—Iré.

Se lo agradecí de rodillas. Había hallado á mi Marcela de los primeros días, y se lo dije; ella sonrió y fué á guardar la joya, mientras yo bajaba la escalera.

CAPÍTULO XVIII

Vision de corredor

Al final de la escalera, al fondo del corredor obscuro, me detuve algunos instantes para respirar, para palparme, reunir las ideas dispersas, recuperarme en fin, en medio de tantas sensaciones profundas y contrarias. Sentíame feliz. Es cierto que los diamantes me amenguaban un poco la felicidad; pero no es menos cierto que una mujer bonita puede muy bien amar á los griegos y á sus presentes. Y además, yo confiaba en mi buena Marcela; podía tener defectos; pero me amaba...

—Un angel! murmuré mirando para el techo del corredor.

Y allí, como una mofa, ví la mirada de Marcela, aquella mirada que momentos antes me diera una sombra de desconfianza, la cual chispeaba encima de una nariz que era á la vez la nariz de Bakbara y la mia. Pobre enamorado de las «Mil y una noches»!

Allí mismo te ví correr atrás de la mujer del visir, á lo largo de la galeria, ella provocándote con la posesion, y tu corriendo y mas corriendo hasta llegar á la ancha alameda, donde saliste á la calle y donde todos los talabarteros te rechiflaron y derrengaron. Entonces me pareció que el corredor de Marcela era la alameda, y que la calle era la de Bagdad. En efecto, mirando para la puerta, ví en la calzada á tres de los talabarteros, uno de sotana, otro de librea y otro de civil, los cuales todos tres entraron al corredor, me tomaron de los brazos, metiéronme en una litera, mi padre á la derecha, mi tio el canónigo á la izquierda, el de librea en la bolea y me llevaron a casa del intendente de policía de donde fuí transportado á una galera que debía zarpar para Lisboa. Imagínense si resistiría; pero toda resistencia fué inútil.

Tres días despues salía barra afuera, abatido y mudo. No lloraba siquiera, tenía una idea fija... Malditas ideas fijas! La que tenia en aquella ocasion, era dar una zabullida en el océano, repitiendo el nombre de Marcela.

CAPÍTULO XIX

A bordo

Eramos once pasajeros, un hombre loco, acompañado por su mujer, dos muchachos que iban de paseo, cuatro comerciantes y dos criados. Mi padre recomendóme á todos, comenzando por el capitan del buque, que por otra parte tenía mucho que cuidar de sí, por que, á parte de todo lo demás, llevaba la mujer tísica en último grado.

No se si el capitan sospechó algo de mí

fúnebre proyecto, ó si mi padre lo puso sobre aviso; sé que no me sacaba los ojos de encima; llamábame á cada momento. Cuando no podía estar junto conmigo me hacía ir al lado de la mujer. La mujer estaba casi siempre en una camilla, tosiendo mucho, y asegurándome que me había de hacer ver los alrededores de Lisboa. No estaba flaca; estaba transparente; era imposible que no muriera de un momento á otro. El capitan fingía no creer en la muerte próxima, para engañarse á sí mismo. Yo no sabía ni pensaba nada. Qué me importaba á mi el destino de una mujer tísica, en medio del océano? El mundo para mí era Marcela.

Una noche, al cabo de una semana, hallé oportunidad para morir. Subí cautelosamente pero encontré al capitan que parado contra la borda tenia los ojos fijos en el horizonte.

—Teme un temporal? dije yó.

—No, me respondió estremeciéndose; no, estaba admirando el esplendor de la noche. Vea; está celestial!

El estilo estaba en contradiccion con la persona, azás ruda y aparentemente ajena á las expresiones rebuscadas. Lo miré fijamente; él pareció saborear mi asombro. Tras de algunos segundos, me tomó de la mano é indicándome la luna, me preguntó por qué nó le hacía una oda á la noche; le respondí qué no era poeta. El capitan murmuró alguna cosa, dió dos pasos, metió la mano en el bolsillo y sacó un pedazo de papel muy arrugado; despues, á la luz de un farol leyó una oda horaciana sobre la libertad de la vida marítima. Eran versos suyos.

—Que tal?

No recuerdo lo que le dije; recuerdo que me apretó la mano, con mucha fuerza y muchos agradecimientos; en seguida me recitó dos sonetos; iba á recitarme otro, cuando vinieron á llamarle de parte de la mujer. Ya voy, dijo; y me recitó el tercero con pausa, con amor.

Quedé solo; pero la musa del capitan ahuyentara de mi espíritu los malos pensamientos, preferí dormir, que es un modo interino de morir. Al día siguiente, despertamos bajo un temporal, que metió miedo á toda la gente menos al loco; este se puso á dar saltos, á decir que la hija lo mandaba buscar en una berlina; la muerte de una hija era la causa de su locura. No, nunca me he de olvidar de la figura horrorosa del pobre hombre, en medio del tumulto de las gentes y de los estrépitos del huracan, canturreando y bailando, con los ojos saliéndosele de la cara, pálido, con el cabello enredado y largo.

A veces se detenía, erguía en el aire las manos huesudas, hacía unas cruces con los dedos, despues un tablero, despues una argolla, y reia mucho, desesperadamente. La mujer no podía ya cuidarlo; dominada por el terror de la muerte, rezaba para sí misma á todos los santos del cielo. Por fin, la tempestad amainó. Confieso que fue un derivativo escelente para la tempestad de mi corazon. Yo que meditaba hablar con la muerte, no me atreví á mirarla cuando vino á hablar conmigo.

El capitan me preguntó si había tenido miedo, si había estado en peligro, si no había hallado sublime el espectáculo; todo ello con un interés de amigo. Naturalmente, la conversacion versó sobre la vida de mar; el capitan me preguntó si no gustaba de idilios piscatorios; le respondí ingenuamente que no sabía que era eso.

—Pues va á verlo, me respondió.

Y me recitó un poemita, despues otro —una égloga,—y en fin cinco sonetos, con los cuales remató ese día la confidencia literaria. Al dia siguiente, antes de recitarme nada, me esplicó el capitan que solo por motivos graves abrazara la profesion marítima, por que la abuela quería que fuera sacerdote, y en efecto poseía algunas letras latinas; no llegó á ser sacerdote, pero no dejó de ser poeta, que era su vocacion natural. Para probármelo, me recitó en seguida, de cuerpo presente, un centenar de versos. Noté un fenómeno: los ademanes que hacía eran tales que una vez me hicieron reir; pero, el capitan cuando recitaba, de tal suerte miraba para dentro de sí mismo, que no vió ni oyó nada.

Los dias pasaban, y las aguas, y los versos, y con ellos iba tambien pasando la vida de la mujer. Poco podía durar. Un dia, algo despues del almuerzo, díjome el capitan que tal vez la enferma no llegaría al fin de la semana.

—Tan pronto!—exclamé.

—Ha pasado muy mal la noche.

Fuí á verla, hallábase en verdad casi moribunda, pero hablaba todavía de ir á descansar algunos días en Lisboa, antes de ir conmigo á Coimbra, porque era su propósito llevarme á la Universidad. Dejéla consternado; fuí á encontrarme con el marido que estaba mirando las olas, que venían á morir en el costado del barco, y traté de consolarlo; me dió las gracias, me contó la historia de sus amores, me elogió la fidelidad y la dedicacion de la mujer, recordó los versos que le hizo, y me los recitó. En este momento vinieron á buscarlo de parte de ella; corrimos ambos; era una crisis. Ese y el dia siguiente fueron crueles; el tercero fué el de la muerte; yo huí del espectáculo, causábame repugnancia. Media hora despues encontré al capitán, sentado en un rollo de cabos, con la cabeza entre las manos; díjele algunas palabras de consuelo.

—Murió como una santa, me respondió; y, para que estas palabras no fueran consideradas como un rasgo de flaqueza, irguióse luego, sacudió la cabeza, y miró el horizonte, con un gesto largo y profundo. — Vamos, continuó, entreguémosla á la tumba que jamás vuelve á abrirse.

Efectivamente, pocas horas despues, era el cadáver entregado al mar, con las ceremonias de costumbre. La tristeza marchitó todos los rostros; el del viudo tenia la expresion de un peñasco fulminado por el rayo. Gran silencio. La ola abrió el vientre, acogió el despojo, cerróse,—una leve arruga,—y la galera siguió andando. Yo me dejé estar algunos minutos, á popa, con los ojos fijos en aquel punto del mar, en que quedaba uno de nosotros... Fuí de allí á hablar con el capitán para distraerlo.

—Muchas gracias, me dijo comprendiendo la intencion; crea que nunca me olvidaré de sus buenos servicios. Dios se los ha de pagar. Pobre Leocadia! tú te acordarás de nosotros en el cielo.

Se enjugó con la manga una lágrima importuna; yo busqué un derivativo en la poesia, que era su pasion. Le hablé de los versos que me habia leido y me ofrecí para imprimírselos. Los ojos del capitán animáronse un poco—tal vez acepte, me dijo, mas no sé....son versos bien flojos. Le juré que no, le pedí que los reuniese y me los diera antes del desembarque.

—Pobre Leocadia!, murmuró sin responder al pedido. Un cadáver... el mar... el cielo..... el barco...

Al dia siguiente vino á leerme una oracion fúnebre recien compuesta, en la que eran recordadas las circunstancias de la muerte y de la sepultura de la mujer; leyómela con voz de veras conmovida, y la mano trémula; por último, me preguntó si los versos eran dignos del tesoro que perdiera.

—Son, dije yo.

—No tendrán estro, agregó despues de un instante, pero nadie me negará sentimiento, á no ser que el propio sentimiento haya perjudicado á la perfeccion...

—No me parece; hallo los versos perfectos.

—Sí, yo creo que... Versos de marinero.

—De marinero poeta.

El encogió los hombros, miró el papel, y volvió á recitar la composicion, pero esta vez sin estremecimientos, acentuando las intenciones literarias, dando relieve á las imágenes y melodía á los versos. Al final confesó que era su obra más acabada; yo díjele que sí; él me apretó mucho la mano y me predijo un gran porvenir.

CAPÍTULO XX

Me bachillero

Un gran porvenir! Mientras estas palabras me vibraban en el oído, estendía yo la vista á lo lejos, por el horizonte misterioso y vago. Una idea expelía á la otra, la ambicion anulaba á Marcela. Un gran porvenir! Tal vez sería naturalista, literato, arqueólogo, banquero, político, ó hasta obispo,—aunque fuese obispo,—toda vez que fuera un cargo, una preeminencia, una gran reputacion, una posicion superior. La ambicion, dado que fuese águila, quebró en esa ocasion el huevo, y descubrió la pupila dominadora y penetrante. Adios, amores! Adios, Marcela! días de delirio, joyas sin precio, vida sin orden, adios! Ahora marcho ha-

cia las fatigas y la gloria; déjoos con los pantaloncitos de la edad primera.

Y fué así que desembarqué en Lisboa y seguí para Coimbra. La universidad me esperaba con sus materias árduas, las estudié muy mediocremente, y no por eso perdí el grado de bachiller; diéronmelo con la solemnidad de estilo, tras de los años de ley; una bella fiesta que me llenó de orgullo y de «saudades»,—principalmente de «saudades». Me había conquistado en Coimbra una gran nombradía como bailarin; era un académico disipado, superficial, barullento y petulante, dado á las aventuras, haciendo romanticismo práctico y liberalismo teórico, viviendo en la pura fe de los ojos negros y de las constituciones escritas. El día en que la Universidad me atestiguó en pergamino una ciencia que yo estaba lejos de tener arraigada en el cerebro, confieso que me sentí burlado, aunque orgulloso. Me explicaré: el diploma era una carta de liberación; me confería la independencia, la responsabilidad. Lo guardé, dejé las márgenes del Mondego, y me marché afuera algo desconsolado, pero sintiendo ya unos ímpetus, una curiosidad, un deseo de acodillar á los demás, de influir, de gozar, de vivir,—de prolongar la universidad á lo largo de la vida...

CAPÍTULO XXI

El Arriero

He aquí, que se empacó el jumento en que yo iba montado; lo fustigué, dió dos corcovos, despues tres más, por fin, uno, que me arrojó fuera de la silla, con tal desgracia, que el pié izquierdo me quedó enganchado en el estribo; traté de agarrarme del vientre del animal; pero éste, espantado ya, disparó calle afuera. Digo mal, trató de disparar, y, efectivamente, dió dos saltos, pero un arriero, que estaba allí, acudió á tiempo para tomarlo de la rienda y detenerlo, no sin esfuerzo ni peligro. Dominado el bruto me desprendí del estribo y me puse de pié.

—Mire de lo que se ha escapado vuesa merced, dijo el arriero.

Y era verdad; si el jumento echa á correr campo afuera, golpeábame de veras, y no sé si la muerte habría sido el final del percance; la cabeza partida, una congestion, cualquier trastorno aquí dentro, y se me escapaba la ciencia en flor. El arriero me había salvado tal vez la vida; era positivo; yo sentía que la sangre me agitaba el corazon. Buen arriero! mientras yo volvía á la conciencia de mí mismo, él se preocupaba de arreglar los arreos del jumento, con mucho esmero y arte. Resolví darle tres de las monedas de oro que llevaba conmigo; no porque tal fuese el precio de mi vida,—ella era inestimable; pero porque era una recompensa digna de la abnegacion con que él me salvara. Está dicho, doile las tres monedas.

—Listo,—dijo él presentándome las riendas de la cabalgadura.

—De aquí á un momento, respondíle, —déjame, que aun no estoy en mí...

—Cómo es eso!

—Qué! ¿no es cierto que estaba en peligro de morir?

—Si el jumento corre por ahí afuera, es posible; pero, con la ayuda del señor, ya ha visto vuestra merced que no ha sucedido nada.

Acudí á las alforjas, saqué un chaleco viejo, en cuyo bolsillo llevaba las cinco monedas de oro, y durante ese tiempo medité si no era excesiva la gratificacion, si no bastaban dos monedas. Tal vez una. En efecto, una moneda bastaría para darle extremecimientos de alegría; examiné su ropa; era un pobre diablo, jamás había visto una moneda de oro. Por lo tanto, una moneda. La saqué, la hice relucir á la luz del sol; no la vió el arriero porque yo le había vuelto las espaldas; pero la sospechó tal vez, entrando á hablarle al jumento de un modo significativo; dábale consejos, decíale que tuviera juicio, que el «señor doctor» podía castigarlo; un monólogo paternal. Válgame Dios! hasta oí estallar un beso: era el ariero que le besaba la cabeza.

—¡Hola! exclamé.

—Quiera perdonar vuestra merced, pero el diablo del bicho mira á la gente con tanta gracia.....

Reíme, hesité, púsele en la mano un cruzado de plata, cabalgué el jumento, y seguí al trote largo, un poco avergonzado, mejor dicho un poco incierto del

efecto de la platita. Pero á algunas varas de distancias, miré para atrás, el arriero me hacía grandes cortesías, con evidentes muestras de contento. Advertí que así tenía que ser; lo había pagado bien, tal vez le había dado de más. Metí los dedos en el bolsillo del chaleco que llevaba puesto y sentí unas monedas de cobre; eran los vintenes que debía haberle dado al arriero, en lugar del cruzado de plata. Porque, en fin, él no había tenido en vista ninguna recompensa ó virtud, cedió á un impulso natural, al temperamento, á los hábitos del oficio; agréguese que la circunstancia de estar, no más adelante ni más atrás, pero justamente en el sitio del percance, parecía constituirlo simple instrumento de la Providencia; y de un modo ó de otro, el mérito del acto era positivamente nulo. Quedé desconsolado con esta reflexion, me califiqué de pródigo, anoté el cruzado en la cuenta de mis prodigalidades antiguas; y tuve (¿por qué no decirlo?), tuve remordimientos.

CAPÍTULO XXII

Vuelta á Rio

Jumento condenado, me cortaste el hilo de las reflexiones. Ahora ya no diré lo que pensé de allí hasta Lisboa, ni lo que hice en la Península y en otros lugares de Europa, de la vieja Europa, que en ese tiempo parecía rejuvenecer. No, no diré que asistí á los albores del romanticismo, que yo tambien fuí á hacer poesía efectiva en el regazo de Italia; no diré cosa alguna. Tendría que escribir un diario de viaje y no unas memorias, como son éstas, en las cuales sólo entra la substancia de la vida.

Al cabo de algunos años de peregrinacion, atendí las súplicas de mi padre:—Ven, decíame en su última carta, si no vienes pronto hallarás á tu madre muerta! Esta última palabra fué para mí un golpe. Yo amaba á mi madre; tenía aún delante de los ojos las circunstancias de la última bendicion que me diera á bordo del barco: «Mi pobre hijo, nunca más te volveré á ver», sollozaba la pobre señora, apretándome contra el pecho. Y esas palabras las recordaba ahora como una profecia realizada.

Nótese que yo estaba en Venecia, aún penetrado por los versos del lord Byron; allí estaba, sumergido en pleno ensueño, reviviendo el pretérito, creyendo estar en la serenísima República. Es verdad; una vez me aconteció preguntarle á un hotelero, si el dux saldría á paseo ese día.—Qué dux, «signor mio?» Volví en mí; pero no confesé la ilusion; díjele que mi pregunta era un género de charada americana; él aparentó comprender y dijo que le gustaban mucho las charadas americanas. Era un posadero. Pues dejé todo eso, el posadero, el dux, el puente de los Suspiros, la góndola, los versos del lord, las damas del Rialto, dejé todo, y disparé como una bala en direccion á Río de Janeiro. Llegué... Pero no; no alarguemos este capítulo. A veces me olvido escribiendo; y la pluma va comiendo papel, con grave perjuicio mío, que soy autor. Capítulos largos cuadran mejor á autores pesados; y nosotros no somos un público «in-folio», más «in-12», poco texto, mucha margen, tipo elegante, canto dorado y viñetas..... principalmente viñetas..... No, no alarguemos el capítulo.

CAPÍTULO XXIII

Triste, pero corto

Llegué. No niego que al avistar la ciudad natal sentí una sensacion nueva. No era el efecto de mi patria política; era el del lugar de mi infancia, la calle, la torre, la fuente de la esquina, la mujer de mantilla, el negro mandadero, las cosas y las escenas de la niñez, buriladas en la memoria. Nada menos que un renacimiento. Al espíritu, como á un pájaro, no se le importó del correr de los años, alzó el vuelo en direccion á la fuente original, y fué á beber el agua fresca y pura, aún no mezclada al arroyo de la vida.

Reparándolo bien, he ahí un lugar comun. Otro lugar comun, tristemente comun, fué la consternacion de la familia. Mi padre me abrazó llorando.—Tu madre se nos va, me dijo. En efecto, ya no era el reumatismo lo que la mataba, era un cáncer al estómago. La infeliz padecía de un modo cruel, porque el cáncer es indiferente para con las virtudes del sujeto; cuando roe, roe; roer es su oficio.

Mi hermana Sabina, ya casada entonces con Cotrim, estaba muerta de cansancio. Pobre muchacha! dormia tres horas por noche, nada más. El mismo tío Juan estaba abatido y triste. Doña Eusebia y algunas otras señoras, tambien estaban allí no menos tristes y no menos dedicadas.

—¡Hijo!

El dolor suspendió algunos instantes las tenazas; una sonrisa iluminó el rostro de la enferma, sobre la cual la muerte batía su ala eterna. Era menos un rostro que una calavera; la belleza había pasado, como un día brillante; quedaban los huesos, que no enflaquecen nunca. Apenas podía reconocerla; hacía ocho ó nueve años que no nos veíamos. Arrodillado al pie de la cama, con las manos de ella entre las mías, permanecí mudo y quieto sin atreverme á hablar, porque cada palabra hubiera sido un sollozo, y temíamos anunciarle su fin. Vano temor! Ella sabía que estaba próxima á concluir; me lo dijo; lo verificamos la mañana siguiente.

Larga fué la agonía, larga y cruel, de una crueldad minuciosa, fría, machacona, que me llenó de dolor y de estupefaccion. Era la primera vez que yo veía morir á alguien. Conocía la muerte de oidas; cuando mucho la había visto ya petrificada en el rostro de algun cadáver, que acompañara al cementerio, ó teníala enredada en las amplificaciones retóricas de los profesores de cosas antiguas,—la muerte alevosa de César, la austera de Sócrates, la orgullosa de Caton. Pero ese duelo del ser y del no ser, la muerte en accion, dolorida, contraida, convulsa, sin aparato político ni filosófico, la muerte de una persona amada, esa fué la primera vez que la vi cara á cara. No lloré; recuerdo que no lloré durante el espectáculo: tenía los ojos atónitos, la garganta oprimida, la conciencia boquiabierta. Cómo? una criatura tan dócil, tan dulce, tan santa, que jamás hiciera verter una lágrima de disgusto, madre cariñosa, esposa inmaculada, era fuerza que muriese así, acosada, mordida por el diente tenaz de una dolencia sin misericordia? Confieso que todo aquello me pareció obscuro, incongruente, insano...

Triste capítulo; pasemos á otro más alegre.

CAPÍTULO XXIV

Corto, pero alegre

Quedé postrado. Y sin embargo yo era en esa época, un fiel compendio de trivialidad y de presuncion. Jamás el problema de la vida y de la muerte me oprimiera tanto el cerebro; nunca hasta ese día me inclinara á observar el abismo de lo inexplicable; faltábame lo esencial, que es el estímulo, el vértigo...

Para decir toda la verdad, yo reflejaba las opiniones de un peluquero, que hallé en Modena, y que se distinguía por no tenerlas absolutamente. Era la flor de los peluqueros; por más larga que fuera la operacion del tocador, no aburría nunca; intercalaba los golpes de peine con muchos chistes y pullas, llenos de un picante, de un sabor... No tenía otra filosofía. Ni yo tampoco. No diré que la Universidad no me hubiese enseñado alguna; pero yo solo aprendí de memoria las fórmulas, el esqueleto. La traté, como traté al latin: engullí tres versos de Virgilio, dos de Horacio, una docena de locuciones morales y poiíticas, para las necesidades de la conversacion. Tratelos como traté á la Historia y a la Jurisprudencia. Cogí de todas las cosas, la fraseología, la cáscara, la ornamentacion...

Tal vez le espante al lector la franqueza con que le expongo y pondero mi mediocridad; advierto, entre tanto, que la franqueza es la principal virtud de un difunto. En la vida, el ojo de la opinion, el contraste de los intereses, la lucha de las codicias obligan á la gente á ocultar los trapos viejos, á disfrazar los rasgones y los remiendos, á no exteriorizar al mundo las revelaciones que hace á la conciencia; y lo mejor de la tarea es cuando, á fuerza de embaucar á los demás, el hombre se embauca á sí mismo, por que en ese caso evítase el engaño, que es una sensacion penosa, y la hipocresía, que es un vicio repugnante. Pero, en la muerte, que diferencia! que desahogo! que libertad! Al fin la gente puede arrojar la capa, tirar al diablo las lentejuelas, recuperar el aspecto real, quitarse los afeites y pinturas, y confesar llanamente lo

que fué y lo que dejó de ser! Por que, en suma, ya no hay vecinos, ni amigos, ni enemigos, ni conocidos, ni estraños; no hay platea. El ojo de la opinion, ese ojo penetrante y judicial, pierde su virtud desde que pisamos el territorio de la muerte; no digo que no se vuelva para acá y que no nos examine y juzgue; pero á nosotros nada se nos dá del examen y del juicio. Señores vivos, no hay nada tan inconmensurable como el desden de los finados.

CAPÍTULO XXV

En la Tijuca

Uf! observo que el pesar me estaba por hacer caer en lo enfático. Seamos simples, como era simple la vida que llevé en la Tijuca, despues de las primeras semanas de la muerte de mi madre.

El séptimo día, acabada la misa fúnebre, tomé una escopeta, algunos libros, ropa, cigarros, un negro,—Prudencio, el del capítulo XI, — y fuí á meterme en una vieja casa de nuestra propiedad. Mi padre trató de torcer mi resolucion, pero es el caso que yo no podía ni quería obedecerle. Sabina deseaba que yo fuera á vivir con ella algun tiempo, — dos semanas al menos; mi cuñado estuvo á punto de llevarme á viva fuerza. Era un buen muchacho, el tal Cotrim; pasó de atolondrado á circunspecto. Ahora comerciaba en géneros de almacen; trabajaba de la mañana hasta la noche con ardor, con perseverancia. De noche, sentado á la ventana, enrulándose las patillas, no pensaba en otra cosa. Amaba á la mujer y á un hijo, que entonces tenía, y que le murió dos años despues. Decian que era avaro.

Renuncié á todo, tenía el espíritu atónito. Creo que fué por entonces que comenzó á germinar en mí la hipocondria, esa flor amarilla, solitaria y mórbida, de un perfume embriagador y sutil.—«Qué bueno es estar triste y no decir cosa alguna!» — Cuando esta frase de Shakespeare me llamó la atencion, confieso que sentía en mí un éco, un éco delicioso. Recuerdo que estaba sentado, bajo de un tamarindo, con el libro del poeta abierto entre las manos, y el espíritu todavía más cabizbajo que la figura. Apretaba contra el pecho mi dolor taciturno, con una sensacion única, una cosa á la que podría llamar voluptuosidad del fastidio. Voluptuosidad del fastidio; aprende esta expresion de memoria, lector; guárdala, escóndela, y si no llegas á entenderla, puedes deducir que ignoras una de las sensaciones más sutiles de este mundo y de aquel tiempo.

A veces cazaba, otras dormía, otras leía, — leía mucho, — otras en fin no hacía nada; dejábame ir de idea en idea, de imaginacion en imaginacion, como una mariposa holgazana ó hambrienta. Las horas iban cayendo una á una, el sol se acostaba, las sombras de la noche velaban la montaña y la ciudad. Nadie me visitaba; recomendé expresamente que me dejasen solo. Un día, dos días, tres días, una semana entera pasada así, sin decir palabra, era bastante para que me lanzara Tijuca afuera y me restituyese al bullicio. En efecto, al cabo de siete días estaba harto de soledad; el dolor se había aplacado; el espíritu ya no se contentaba con el uso de la escopeta y de los libros, ni con la vista de la arboleda y del viento. Reaccionaba la juventud; era preciso vivir. Encerré en el baúl el problema de la vida y de la muerte, las hipocondrias del poeta, las camisas, las meditaciones, las corbatas, é iba á cerrarlo cuando el negro Prudencio me dijo que una persona de mi relacion se había mudado la víspera á una casa colorada, situada á doscientos pasos de la nuestra.

—Quien es?

—Ñoñó quizás no se acuerde ya de doña Eusebia.

—Me acuerdo... Es ella?

—Ella y la hija. Llegaron ayer por la mañana.

Recordé en el acto el episodio de 1814, y me sentí burlado; pero luego advertí que los acontecimientos me habian dado la razon. En verdad, fué imposible evitar las relaciones íntimas de Villaça con la hermana del sargento mayor; ya antes de mi embarque, se bosquejaba misteriosamente el nacimiento de una niña. Mi tío Juan me mandó despues decir que Villaça, al morir, dejara un buen legado á Doña Eusebia, cosa que dió mucho que hablar en todo el barrio. El mismo tío

Juan, goloso de escándalos, no trataba de otro asunto en la carta, por lo demás de muchas hojas. Habíanme dado razon los acontecimientos. Y aunque no me la hubiesen dado, 1814 estaba lejos, y, con él, la travesura, y Villaça y el beso del cenador; finalmente ninguna relacion estrecha existía entre ella y yo. Me hice esta reflexion y acabé de cerrar el baúl.

—Ñoñó no va á visitar á la siñá Doña Eusebia? preguntóme Prudencio. Ella fué quien vistió el cuerpo de mi difunta señora.

Recordé que la había visto entre otras señoras, con ocasion de la muerte y del entierro; ignoraba sin embargo, que hubiese prestado á mi madre ese último servicio. La observacion del negro era razonable; yo le debía una visita; determiné hacérsela inmediatamente, al bajar á la ciudad.

CAPÍTULO XXVI

El autor hesita

De pronto oigo una voz:—Pero muchacho, esto no es vida! Era mi padre que llegaba con dos proposiciones en el bolsillo. Me senté en el baúl y lo recibí con alborozo. Permaneció algunos instantes de pié, mirándome; despues me extendió la mano con un gesto conmovido:

—Hijo mío, confórmate con la voluntad de Dios.

—Ya me he conformado,—fué mi respuesta, y le besé la mano.

No había almorzado, almorzamos juntos. Ninguno de los dos hizo alusion al motivo de mi reclusion. Una sola vez hablamos de eso, de paso, cuando mi padre hizo caer la conversacion sobre la Regencia: fué entonces que aludió á la carta de pésame que uno de los Regentes le mandara. Llevaba la carta consigo, ya bastante arrugada, tal vez por haberla leído á muchas otras personas. Creo haber dicho que era de uno de los Regentes. Me la leyó dos veces.

—Ya he ido á darle las gracias por esta muestra de consideracion,—concluyó mi padre, y me parece que debes ir tú tambien...

—¿Yo?

—Tú; es un hombre notable, hace ahora las veces de emperador. Además vengo con una idea, con un proyecto, ó... sí, te lo diré todo; traigo dos proyectos, una banca de diputado y un casamiento.

Mi padre me dijo esto con pausa, y no en el mismo tono, pero dando á las palabras un carácter y una disposicion cuyo fin era clavarlas profundamente en mi espíritu. La proposicion, sin embargo, era tan agena á mis sensaciones últimas, que llegué á no entenderle bien. Mi padre no vaciló y me la repitió; encareció el puesto y la novia.

—¿Aceptas?

—No entiendo de política, dije despues de un instante; en cuanto á la novia... déjeme usted como un oso que soy.

—Pero los osos se casan,—me replicó él.

—Pues búsqueme usted una osa. Mire, la Osa Mayor...

Rióse mi padre, y despues de reir, volvió á hablar en serio. La carrera política me era necesaria por veintitantas razones, que dedujo con singular volubilidad, ilustrándolas con ejemplos de personas de nuestro conocimiento. En cuanto á la novia, bastaba que yo la viese; si llegaba á verla en seguida iría á pedirla al padre, pero en seguida, sin perder un día. Ensayó así primero la fascinacion, despues la persuasion, despues la intimacion; yo no respondía, aguzaba la punta de un palito ó hacía bolas de miga de pan, sonriendo ó reflexionando; y, para decirlo todo, mostrándome ni dócil ni rebelde á la propuesta. Me sentía aturdido. Una parte de mí mismo me decía que sí, que una esposa hermosa y una posicion política eran cosas bien dignas de aprecio; la otra decía que no; y la muerte de mi madre me aparecía como un ejemplo de la fragilidad de las cosas, de los afectos, de la familia.

—No parto de aquí sin una respuesta definitiva me dijo mi padre. De-fi-ni-ti-va!—repitió, marcando las sílabas con el dedo.

Bebió el último sorbo de café; se repantigó, y se puso á hablar de todo, del senado, de la cámara, de la Regencia, de la restauracion, de Evaristo, de un coche que pretendía comprar, de nuestra casa de Mattacavallos... Yo me dejaba estar en la cabecera de la mesa, escribiendo dis-

traidamente en un pedazo de papel con una punta de lápiz; trazaba una palabra, una frase, un verso, al acaso, así:

arma virumque cano
Arma virumque cano
arma virumque cano
arma virumque . . arma virumque cano
virumque

Maquinalmente todo esto; y, no obstante, había cierta lógica, cierta deduccion; por ejemplo, fué el «virumque» que me hizo llegar al nombre del propio poeta, por causa de la primera sílaba; iba á escribir «virumque»,—y me salió «Virgilio», entonces continué:

Vir Virgilio
Virgilio Virgilio
Virgilio
Virgilio

Mi padre, algo despechado con aquella indiferencia, se levantó, se me acercó, echó los ojos sobre el papel. . .

—Virgilio!—exclamó.—Mira hijo; tu novia se llama justamente Virgilia.

CAPÍTULO XXVII

Virgilia?

Virgilia? Pero entonces es la misma señora que algunos años despues. . . ? La misma; era justamente la señora que en 1869 debía asistir á mis últimos días, y que antes, mucho antes, tuvo larga parte en mis más íntimas sensaciones. En aquel tiempo contaba apenas unos quince ó dieciseis años; era tal vez la más atrevida criatura de nuestra raza y, con certidumbre, la más voluntariosa. No diré que á ella le perteneciese la primacia de la belleza, entre las niñas de su tiempo, porque esto no es novela, en que el autor idealiza la realidad y cierra los ojos ante las pecas y los granos; pero tampoco diré que la manchara el rostro ninguna peca ni grano, no. Era bonita, fresca, salía de las manos de la Naturaleza, llena de aquel encanto, precario y eterno, que el individuo pasa á otro individuo, para los fines secretos de la creacion. Esto era Virgilia, y era clara, muy clara, coqueta, ignorante, pueril, llena de ímpetus misteriosos; mucha pereza y alguna devocion; devocion ó tal vez miedo, creo que miedo.

Ahí tiene el lector en pocas líneas, el retrato físico y moral de la persona que debía influir más tarde en mi vida; era eso con dieciseis años. Tú que me lees, si aun estás viva, cuando estas páginas salgan á luz,—tú que me lees, Virgilia amada, no reparas en la diferencia que hay entre el lenguaje de hoy y el que primero empleé cuando te ví? Cree que era tan sincero entonces como ahora; la muerte no me ha vuelto malhumorado ni injusto.

—Pero, me dirás, como es que puedes discernir así la verdad de aquel tiempo, y expresarla despues de tantos años.

Ah indiscreta! ah ignorantona! Pero es eso mismo lo que nos hace señores de la tierra, es ese poder de restaurar el pasado, para tocar la instabilidad de nuestras impresiones y la vanidad de nuestros afectos. Déjale decir á Pascal que el hombre es un perro pensante. No, no; es una errata pensante, eso sí. Cada estacion de la vida es una edicion, que corrige la anterior, y que será corregida tambien, hasta la edicion definitiva, que el editor entrega gratis á los gusanos.

CAPÍTULO XXVIII

Con tal que...

—Virgilia? interrumpí yo.

—Sí, señor; ese es el nombre de la novia. Un ángel, mi tontuelo, un ángel sin alas. Imagínate una muchacha así, de este alto, viva como un azogue, y unos ojos. . . La hija de Dutra.

—Qué Dutra?

—El consejero Dutra; no lo conoces, una influencia política. Vamos, pues, aceptas?

No respondí en seguida; me miré durante algunos segundos la punta del botin; declaré despues que estaba dispuesto á examinar las dos cosas, la candidatura y el casamiento, con tal que. . .

—Con tal qué?

—Con tal que no quede obligado á aceptar las dos; creo que puedo ser separadamente hombre casado y hombre público. . .

—Todo hombre público debe ser casado, interrumpió sentenciosamente mi padre. Pero sea como quieres; paso por todo; estoy seguro de que la vista dará fé! Por lo demás, la novia y el parla-

mento son una misma cosa... esto es, no... lo sabrás despues...: Vamos; acepto la dilacion, con tal que...

—Con tal que?... interrumpí yo imitándole la voz.

—Ah! bandido! Con tal que no permanezcas inútil, obscuro y triste; si no ahorré dinero, cuidados, empeños, fué para verte brillar como debes, y te conviene á tí y á todos nosotros; es preciso continuar nuestro nombre, continúalo é ilústralo además. Mira, ya tengo sesenta años, pero si fuera necesario que comenzara vida nueva, comenzaba, sin hesitar un solo minuto. Teme la obscuridad, Blas; huye de todo lo ínfimo. Mira que los hombres valen por diferentes modos, y que lo más seguro de todo es valer por la opinion de los otros hombres. No desperdicies las ventajas de tu posicion, tus medios...

Y siguió adelante el mago, agitando un cascabel, como me hacían de niño para hacerme caminar más á prisa, y la flor de la hipocondria se encerró en su cáliz para dejar el sitio á otra flor menos amarilla, y nada mórbida,—el amor á la nombradía, el emplasto Blas Cubas.

CAPÍTULO XXIX

La visita

Venció mi padre; disponíame á aceptar el diploma y el casamiento, Virgilia y la cámara de diputados.

—Las dos Virgilias, dijo él en un asomo de ternura política. Acéptalas; mi padre me dió dos fuertes abrazos. Era su propia sangre, que, al fin, reconocía.

—Bajas conmigo?

—Bajaré mañana. Voy á hacerla primero una visita á doña Eusebia...

Mi padre hizo una mueca pero no dijo nada; se despidió y bajó. Yo, la tarde de ese mismo día, fuí á visitar á doña Eusebia. La hallé reprendiendo á un negro jardinero, pero dejó todo por venir á hablarme, con un alborozo, con un placer tan sincero, que me quitó luego la pesadumbre. Creo que llegó hasta echarme al cuello su par de robustos brazos. Me hizo sentar á su lado, en la galería, entre muchas exclamaciones de contento.

—Que tal, Blasito! Un hombre! Quien hubiera dicho, hace años... Un hombachon! Y bonito! Qué! Usted no se acuerda bien de mí...

Díjele que sí, que no era posible olvidar una amiga tan familiar de nuestra casa. Doña Eusebia comenzó á hablar de mi madre, con tantas «saudades», que me cautivó luego, aunque me entristeciera. Ella lo notó en mis ojos y torció el giro de la conversacion; pidióme que le contara el viaje, los estudios, los amoríos... Sí, los amoríos tambien; me confesó que era una vieja charlatana. En esto recordé el episodio de 1814, á ella; á Villaça, el cenador, el beso, mi grito; y mientras lo recordaba, oigo un chirriar de puerta, un roce de sayas, y esta palabra:

—Mamita... mamita...

CAPÍTULO XXX

La flor del cenador

La voz y las sayas pertenecían á una jovencita morena, que se detuvo en la puerta, algunos instantes, al ver gente extraña. Silencio corto y molesto. Doña Eusebia lo rompió, en seguida, con resolucion y franqueza:

—Ven acá, Eugenia,—dijo,—saluda al doctor Blas Cubas, hijo del señor Cubas; acaba de llegar de Europa.

Y volviéndose hacia mí:

—Mi hija Eugenia.

Eugenia, la flor del cenador, apenas respondió á la cortesía que le hice; me miró sorprendida y cortada, y lentamente se acercó á la silla de la madre. La madre le arregló una de las trenzas del cabello, cuya punta se había deshecho. — Ah! traviesa! decíale. No se imagina, doctor, lo que es ésta... Y la besó con tan expansiva ternura que me conmovió un poco; me recordó á mi madre, y, — lo diré todo—tuve como antojo de ser padre.

—Traviesa?—dije yo. — Pues ya no está en edad de serlo, á lo que parece.

—Cuántos le da?

—Diecisiete.

—Menos uno.

—Dieciseis. Pues entonces! es una señorita.

No pudo Eugenia ocultar la satisfaccion que sintió al oir esta frase, pero se repuso luego, y quedó como antes, er-

guida, fría y muda. En verdad, parecía más mujer de lo que era; sería niña en sus juguetes de moza; pero así quieta, impasible, tenía el aire de una mujer casada. Tal vez esa circunstancia le disminuía algo la gracia virginal. Muy pronto nos familiarizamos; la madre haciale grandes elogios; yo escuchaba con complacencia, y ella sonreía con los ojos fúlgidos, como si allá dentro del cerebro le anduviese volando una mariposa de alas de oro y ojos de diamantes.....

Digo allá dentro, porque afuera lo que revoloteó fué una mariposa negra, que de pronto entró bajo la galería, y comenzó á batir las alas alrededor de doña Eusebia. Doña Eusebia dió un grito, se levantó, murmuró unas palabras sueltas: Te esconjuro!.....sale diablo!..... Virgen Nuestra Señora!...

—No tenga miedo,—dije yo;—y sacando el pañuelo ahuyenté la mariposa. Doña Eusebia sentóse otra vez, sofocada, un poco avergonzada; la hija, puede ser que pálida de miedo, disimulaba la impresion con mucha fuerza de voluntad. Les apreté la mano y salí, riéndome interiormente de la superstición de las dos mujeres, una risa filosófica, desinteresada, superior. Por la tarde, ví pasar á caballo á la hija de doña Eusebia, seguido de un paje; hízome un saludo con la punta del latiguillo. Confieso que me halagó la idea de que, algunos pasos más adelante, volvería la cabeza; pero no la volvió.

CAPÍTULO XXXI

La mariposa negra

Al día siguiente, en el momento en que me preparaba para bajar, entró en mi cuarto una mariposa, tan negra como la otra, y mucho mayor que aquélla. Recordé el caso de la víspera, y me reí; púseme luego á pensar en la hija de doña Eusebia, en el susto que tuviera, y en la dignidad que, á pesar de aquél, supo conservar. La mariposa, despues de revolotear mucho á mi rededor, posósome en la cabeza. La espanté y fué á posarse en un vidrio y porque la espanté de nuevo, salió de allí y fué á pararse encima de un viejo retrato de mi padre. Era negra como la noche. El movimiento blando con que una vez parada, comenzó á agitar las alas, tenía un cierto aire burlon, que me incomodó mucho. Encogí los hombros, salí del cuarto; pero volví á él momentos despues, y hallándola siempre en el mismo lugar, sentí un estremecimiento nervioso, eché mano de una toalla, dile un golpe con ésta y cayó.

No cayó muerta; todavía torcía el cuerpo y movía las saetas de la cabeza. Me apiadé; la tomé en la palma de la mano y fuí á colocarla en el alfeizar de la ventana. Era tarde, la infeliz expiró á los pocos segundos. Quedé algo fastidiado, inquieto.

—Tambien, por qué diablos no era azul?—me dije á mí mismo.

Y esta reflexion,—una de las más profundas que se han hecho, desde la invencion de las mariposas,—me consoló del maleficio y me reconcilió conmigo mismo. Me dejé estar contemplando el cadáver con alguna simpatía, lo confieso. Imaginé que había salido del bosque, desayunada y feliz. La mañana era linda. Se vino por allí, modesta y negra, esparciendo sus mariposeos, bajo la vasta cúpula azul, que es siempre azul, para todas las alas. Pasa por mi ventana, entra y da conmigo. Supongo que nunca habría visto un hombre; no sabía, por lo tanto, lo que era el hombre; describió infinitos giros alrededor de mi cuerpo, y vió que se movía, que tenía ojos, brazos, piernas, un aspecto divino, una estatura colosal. Entonces se dijo: «Este es probablemente el inventor de las mariposas». La idea la subyugó, la aterró; mas el miedo, que es tambien sugerente, insinuóle que el mejor modo de agradar á su creador era besarlo en la cabeza; y me besó en la cabeza. Cuando azotada por mí fué á posarse en el vidrio, vió desde allí el retrato de mi padre, y no es imposible que descubriese la mitad de la verdad, á saber que estaba allí el padre del inventor de las mariposas, y voló á pedirle misericordia.

Luego, un golpe de toalla remató la aventura. No le valió la inmensidad del azul, ni la alegria de las flores, ni la pompa de las hojas verdes, contra una toalla de manos, contra dos palmos de

hilo crudo. Vean que bueno es ser superior á las mariposas! Porque justo es decirlo, si ella hubiese sido azul, ó color naranja, no hubiera tenido más segura la vida; no era imposible que yo la atravesara con un alfiler, para recreo de los ojos. No era. Esta última idea, me consoló del todo; uní el dedo grande al pulgar, dí un papirotazo y el cadáver cayó al jardín. Era tiempo; allá venían ya las próvidas hormigas.... No, vuelvo á la primera idea; creo que para ella hubiera sido mejor haber nacido azul.

CAPÍTULO XXXII

Coja de nacimiento

De allí fuí á acabar mis preparativos de viaje. Ahora ya no me demoro más. Bajo inmediatamente; bajo aunque algun lector circunspecto me detenga para preguntarme si el capítulo anterior es una insipidez ó una burla. Ay!, no contaba con Doña Eusebia. Estaba pronto cuando se me entró en casa. Venía á pedirme que aplazara la partida, y fuera á comer á su casa ese día. Llegué á excusarme; pero me instó tanto, tanto, tanto, que no pude dejar de aceptar; además, le debía aquella compensacon; fuí.

Eugenia ese día no se atavió por causa mía. Creo que fué por mi causa,—si es que no vestía muchas veces así. Ni los pendientes de oro, que usaba la víspera, pendían ahora de sus orejas, dos orejas finamente recortadas en una cabeza de ninfa. Un simple vestido blanco, de andar por casa, sin adornos, llevando en el cuello, en vez de aderezo, un simple boton de nácar, y otro boton en los puños, cerrando las mangas, y ni sombra de pulsera.

Eso llevaba en el cuerpo; no otra cosa llevaba en el espíritu. Ideas claras, maneras llanas, cierta gracia natural, un aire de señora, y no sé si alguna otra cosa; sí, la boca, exactamente la boca de la madre, la cual me recordara el episodio de 1814, y entonces dábanme ímpetus de glosarle el mismo mote á la hija....

—Ahora voy á mostrarle la chacra, dijo la madre, así que agotámos el último sorbo de café.

Salimos á la galería, de allí á la chacra, y fué entonces que noté una circunstancia. Eugenia cojeaba un poco, tan poco que, llegué á preguntarle si se había lastimado un pie. La madre calló; la hija respondió sin titubear:

—No, señor, soy coja de nacimiento.

Me eché á todos los diablos; me llamé impertinente, grosero. En efecto, la simple posibilidad de que fuera coja debía de haber bastado para que no le preguntara nada. Entonces recordé que cuando la ví por primera vez — la víspera — la jovén se acercó lentamente á la silla de la madre, y aquel día la hallé ya sentada en la mesa del comedor. Tal vez fuese para encubrir el defecto; pero por qué razon lo confesaba ahora? La miré y observé que iba triste.

Traté de disipar los vestigios de mi torpeza; no me fué difícil, porque la madre era, segun me lo confesara, una vieja charlatana, y en seguida trabó conversacion conmigo. Vimos toda la chacra, árboles, flores, estanque de patos, estanque de lavar, una infinidad de cosas que ella me iba mostrando, y comentando, á la vez que yo, de soslayo, escrutaba los ojos de Eugenia....

Palabra de honor que la mirada de Eugenia no era coja, pero derecha, perfectamente sana; procedía de unos ojos negros y tranquilos. Creo que dos ó tres veces los entornó, un poco turbados; pero dos ó tres veces solamente; en general, mirábanme con franqueza, sin temeridad, ni gazmoñería.

CAPÍTULO XXXIII

Bienaventurados los que no bajan

Lo malo es que era coja. Unos ojos tan brillantes, una boca tan fresca, un aire tan señoril; y coja! Ese contraste hacía sospechar que la naturaleza es á veces un viceversa.

Por qué era bonita, si era coja? por qué era coja si era bonita? Tal era la pregunta que yo me iba haciendo á mí mismo al volver para casa, de noche, sin atinar con la solucion del enigma. Lo mejor que se puede hacer, cuando no se acierta con la solucion de un enigma, es arrojarlo por la ventana afuera; eso fué lo que hice; eché mano de una toalla y

espanté con ella esa otra mariposa negra, que me revoloteaba en el cerebro. Quedé aliviado y me fuí á dormir. Pero el sueño, que es una ventana del espíritu, dejó entrar nuevamente al bichito, y ahí me pasé la noche entera preocupado con el misterio sin explicármelo.

Amaneció lloviendo, transferí la bajada; pero al otro día, la mañana era límpida y azul, y á pesar de eso, me dejé estar, así como el tercer día, y el cuarto, hasta el fin de la semana. Mañanas frescas, hermosas, convidadoras; allá abajo la familia me llamaba, y la novia, y el parlamento, y yo sin atender á cosa alguna, entusiasmado al lado de mi Venus Coja. Entusiasmado es una manera de realzar el estilo; no había entusiasmo, pero sí gusto, una cierta satisfaccion física y moral. Queríala, es verdad; al lado de aquella criatura tan sencilla, hija espúrea y coja, hecha de amor y de desprecio, al lado de ella me sentía bien, y creo que ella se sentía aún mejor al lado mío. Y esto en la Tijuca. Una simple égloga. Doña Eusebia nos vigilaba; pero poco; atenuaba la necesidad con la conveniencia. Su hija, en aquella primera explosion de la naturaleza, entregábame el alma en flor.

—El señor bajará mañana?—me dijo ella el sábado.

—Eso pienso.

—No baje.

No bajé, y agregué un versículo al Evangelio:—Bienaventurados los que no bajan, porque á ellos les pertenece el primer beso de las muchachas. En efecto, ese domingo, fué el del primer beso de Eugenia,—el primero que ningun otro hombre jamás le tomara, y no hurtado ni arrebatado, pero cándidamente entregado, como un deudor honesto paga una deuda. Pobre Eugenia! Si tú supieras qué ideas me vagaban por la mente en aquella ocasion! Tú, trémula de conmocion, con los brazos en mis hombros, contemplando en mí tu esposo bienvenido, y yo con los ojos puestos en 1814, en el cenador, en Villaça, sospechando que no podías desmentir tu sangre, tu origen...

Doña Eusebia entró inesperadamente, pero no tan pronto, que nos sorprendiera el uno al lado del otro. Yo fuí hasta la ventana; Eusebia se sentó á arreglarse una de las trenzas. Qué disimulacion graciosa! qué arte infinito y delicado! qué hipocresía profunda! y todo eso natural, vivo, sin estudio, natural como el apetito, natural como el sueño. Tanto mejor! Doña Eusebia no sospechó nada.

CAPÍTULO XXXIV

A una alma sensible

Ahí, entre las cinco ó diez personas que me leen, hay un alma sensible, que está sin duda algo molesta con el capítulo anterior, comienza ya á temer por la suerte de Eugenia, y tal vez... sí, tal vez en el fondo de sí misma, me llama cínico. Yo, cínico, alma sensible? Por el muslo de Diana! esta injuria merecería ser lavada con sangre, si la sangre lavara algo en este mundo. No, alma sensible, no soy cínico, fuí hombre; mi cerebro fué un tablero en que se encontraron piezas de todo género, el drama sagrado, el austero, el aburrido, la comedia verde, la desgreñada farsa, los autos, las bufonerías, un pandemonium, alma sensible, una barahunda de cosas y personas, en que podías verlo todo, desde la rosa de Esmirna hasta la ruda de tu huerta, desde el magnífico lecho de Cleopatra hasta el rincon de la plaza en que el mendigo tirita en su sueño. Cruzábanse en él pensamientos de variada casta y género. No existía allí solamente la atmósfera del águila y del picaflor; existía tambien la de la babosa y del sapo. Retira, pues, la expresion, alma sensible, modera los nervios, limpia los anteojos,—que eso á veces procede de los anteojos,—y acabemos de una vez con esta flor silvestre.

CAPÍTULO XXXV

El camino de Damasco

Y hete aquí, que, ocho días despues, como yo me encontrara en el camino de Damasco, oí una voz misteriosa que me susurró las palabras de la Escritura (Act., IX, 7): «Levántate y entra en la ciudad». Esa voz salía de mí mismo, y tenía dos orígenes: la piedad, que me desarmaba ante el candor de la niña; y el terror de llegar á amarla de veras, y

casarme con ella. Una mujer coja! En cuanto á este motivo de mi bajada, no hay duda que ella lo adivinó y me lo dijo. Fué en la galería, la tarde de un martes, al anunciarle que la mañana siguiente me iría para abajo.—Adios, suspiró extendiéndome la mano con sencillez; hace bien. Y como yo nada dijese, continuó:—Hace bien en huir al ridículo de casarse conmigo. Iba á decirle que no; pero ella se retiró lentamente, conteniendo las lágrimas. La alcancé á pocos pasos y le juré por todos los santos del cielo, que me veía obligado á bajar, pero que no dejaba de quererla mucho; todo hipérboles frías, que ella escuchó sin decir nada.

—Me cree?—le pregunté por fin.

—No le creo, y le digo que hace bien.

Quise retenerla, pero la mirada que me lanzó no fué ya de súplica pero sí de imperio. Bajé de la Tijuca, en la mañana siguiente, algo amargado y un tanto satisfecho. Me iba diciendo á mí mismo que era justo obedecer á mi padre, que era conveniente abrazara la carrera política... que la constitucion... que mi novia... que mi caballo...

CAPÍTULO XXXVI

Apropósito de botas

Mi padre, que no me esperaba, me abrazó lleno de ternura y agradecimiento.—Ahora va de veras, no?—me dijo. Puedo en fin?...

Lo dejé con esa reticencia, y fuí á quitarme las botas, que me quedaban apretadas. Una vez aliviado, respiré con satisfaccion y me acosté largo á largo, mientras que los pies, y todo yo tras de ellos, entrábamos en una relativa bienaventuranza. Entonces consideré que las botas apretadas son una de las mayores venturas de la tierra, porque haciendo doler los pies, dan motivo al placer de descalzarlos. Mortifícate los pies, desgraciado, desmortifícalos despues, y ahí tienes la felicidad barata, á gusto de los zapateros y de Epicuro. Mientras esta idea me trabajaba en el famoso trapecio, volvía los ojos hacia la Tijuca, sentía que la molestia se perdía en el horizonte de lo pretérito, y comprendía que mi corazon no tardaría tambien en quitarse las botas. Y se las descalzó el lascivo. Cuatro ó cinco días despues, saboreaba ese rápido, inefable é incoercible momento de placer, que sucede á un dolor agudo, á una preocupacion, á una incomodidad... De esto inferí yo que la vida es el más ingenioso de los fenómenos, porque solo aguza el hambre con el fin de deparar la ocasion de comer, y no inventó los papilomas, sino para que ellos perfeccionaran la felicidad terrestre. En verdad os digo que toda la sabiduría humana no vale un par de botas estrechas.

Tú, mi Eugenia, no te las descalzaste nunca; fuiste por el camino de la vida, cogeando de pierna y de amor, triste como los entierros pobres, solitaria, callada, laboriosa, hasta que viniste tambien para esta otra margen.... Lo que yo no sé es si tu existencia era muy necesaria al siglo. Quien sabe? Tal vez un comparsa menos hiciera silbar la trajedia humana.

CAPÍTULO XXXVII

Al fin

Al fin, he aquí á Virgilia. Antes de ir á casa del consejero Dutra, le pregunté á mi padre si había algun ajuste previo de matrimonio.

—Ningun ajuste. Hace tiempo, conversando con él á tu respecto, le confesé el deseo que tenía de verte diputado; y de tal modo le hablé, que él me prometió hacer algo, y creo que lo hará. En cuanto á la novia, es el nombre que doy á una criaturilla, que es una joya, una flor, una estrella, una cosa rara... es la hija de Dutra; pensé que, si te casabas con ella, más pronto serías diputado.

—Eso es todo?

—Eso es todo.

Fuimos de allí á casa de Dutra. Era una perla aquel hombre, risueño, jovial, patriota, un poco irritado con los males públicos, pero sin desesperar de verlos curar pronto. Encontró que mi candidatura era legítima; convenía sin embargo, esperar algunos meses. Y luego me presentó á la mujer, — una estimable señora, — y la hija, que no desmintió en nada el panegírico de mi padre. Os juro que en nada. Releed el capítulo XXVII.

Yo, que llevaba mis ideas respecto de la pequeña, la miré de cierto modo; ella, que no sé si las tenía, no me miró de manera diferente; y nuestra primera mirada fué pura y simplemente conyugal. Al cabo de un mes éramos íntimos.

CAPÍTULO XXXVIII.

La cuarta edicion.

—Venga mañana á comer con nosotros, me dijo Dutra una noche.

Acepté la invitación. Al día siguiente, mandé que el coche me esperase en la plaza de San Francisco de Paula, y fuí á dar varias vueltas. Recordais todavía mi teoría de las ediciones humanas? Pues sabed que en aquel tiempo yo estaba en la cuarta edicion, revisada y corregida, pero llena todavía de descuidos y barbarismos; defecto que, por lo demás, tenía alguna compensacion en el tipo, que era elegante, y en la encuadernacion, que era lujosa. Dadas las vueltas, al pasar por la calle de los Ourives, consulto el reloj y se me cae el vidrio al suelo. Entro en la primera tienda que me cae á mano; era un cuartujo,—poco más,—polvoriento y obscuro.

Al fondo, tras del mostrador, estaba sentada una mujer, cuyo rostro amarillo y virolento no se destacaba luego, á primera vista; pero así que se destacaba era un espectáculo curioso. Podía no haber sido fea; al contrario, veíase que había sido bonita, y no poco bonita; pero la enfermedad y una vejez precoz, le destruyeron la flor de las gracias. Las viruelas habían sido terribles; las marcas, grandes y muchas, formaban salidas y depresiones, declives y repechos, y daban la sensacion de una piel de zapa gruesa, enormemente gruesa. Eran los ojos lo mejor de la persona, y tenían por otra parte una expresion singular y repugnante, que cambió, sin embargo, así que yo comencé á hablar. En cuanto al cabello, lo tenía enredado y casi tan polvoriento como las vidrieras de la tienda. En uno de los dedos de la mano izquierda le brillaba un diamante. Lo creereis, mortales? Aquella mujer era Marcela.

No la reconocí en seguida; era difícil; ella, entre tanto, me conoció en el acto que le dirigí la palabra. Los ojos le chispearon y trocó la expresion habitual por otra, medio dulce y medio triste. Le noté un movimiento como de esconderse y huir; era el instinto de la vanidad, que solo duró un instante. Marcela se acomodó y sonrió.

—Quiere comprar algo, me dijo extendiéndome la mano.

No respondí nada. Marcela comprendió la causa de mi silencio (no era difícil), y solo hesitó, creo, en decidir que era lo que dominaba más, si el asombro del presente ó la memoria del pasado. Me acercó una silla, y con el mostrador de por medio, me habló largamente de sí, de la vida que llevara, de las lágrimas que yo le hiciera verter, de las «saudades», de los desastres, en fin de las viruelas que le descalabraron el rostro, y del tiempo, que ayudó á la enfermedad, adelantando la decadencia. Verdad es que tenía el alma decrépita. Había vendido todo, casi todo; un hombre, que la amara en otros tiempos, y que muriera entre sus brazos, le había dejado aquella tienda de joyería, pero, para que la desgracia fuera completa, la tienda era ahora poco frecuentada—tal vez por la singularidad de dirigirla una mujer. En seguida me pidió que le contara mi vida. Empleé poco tiempo en decirsela; no era larga ni interesante.

—Se casó? Me dijo Marcela al fin de mi narracion.

—Aun no, respondí secamente.

Marcela miró para la calle, con la atonía de quien reflexiona ó recuerda; yo me dejé ir entonces hacia el pasado, y en medio de las remembranzas y saudades, me pregunté á mí mismo por que había hecho tanto desatino.

Esta no era ciertamente la Marcela de 1822; pero la belleza de otros tiempos valía una tercera parte de mis sacrificios? Era lo que yo trataba de averiguar, interrogando el rostro de Marcela. El rostro me decía que no; al mismo tiempo los ojos me contaban que, ya antes, como ahora, ardía en ellos una llama de codicia. Los míos no habían sabido verla; eran los ojos de la primera edicion.

—Pero por que entró aquí? Me vió desde la calle? me preguntó saliendo de aquella especie de sopor.

—No, creía entrar en una relojería; quería comprar un vidrio para este reloj; iré á otra parte; discúlpeme, tengo prisa.

Marcela suspiró con tristeza. La verdad es que yo me sentía urgido y mortificado al mismo tiempo, y ansiaba verme fuera de aquella casa. Marcela, entre tanto, llamó á un negro, le dió el reloj, y, á pesar de mi oposicion, lo mandó á una tienda vecina á comprar el vidrio. No había remedio, me senté otra vez. Dijo entonces ella que deseaba tener la proteccion de los conocidos de otros tiempos; agregó que más tarde ó más temprano era natural que me casara, y me aseguró que me vendería joyas finas por precios baratos. No dijo «precios baratos»; pero usó una metáfora transparente y delicada. Me puse á desconfiar que no había padecido desastre ninguno (salvo la enfermedad), que tenía puesto el dinero á buen recaudo, y que negociaba con el único fin de satisfacer la pasion del lucro, que era el gusano roedor de aquella existencia; y esto mismo fué lo que me dijeron despues.

CAPÍTULO XXXIX

El vecino

Mientras me hacía aquella reflexion, entró en la tienda un sugeto bajo, sin sombrero, llevando de la mano una niña de cuatro años.

—Cómo ha pasado la mañana,—le dijo él á Marcela.

—Así, así. Ven acá, Maricota.

El sugeto tomó la niña en brazos y la pasó para el lado de adentro del mostrador.

—Anda,—le dijo;—pregúntale á doña Marcela cómo ha pasado la noche. Estaba ansiosa por venir acá; pero la madre no había podido vestirla... Vamos, Maricota. Pide la bendicion... Cuidadito con la vara de membrillo! Eso es... No se imagina cómo es en casa; habla de la señora continuamente, y aquí parece una tonta. Anoche mismo... Cuento, Maricota?

—No cuente, no, papá.

—Entonces fué alguna cosa fea?—preguntó Marcela acariciando la cara de la niña.

—Voy á decirle; la madre le enseña á rezar todas las noches un padre nuestro y un ave-maría, ofrecidos á Nuestra Señora; pero la niña vino anoche á pedirme con voz muy humilde... ¿imagine qué?... que quería ofrecérselos á Santa Marcela.

—Pobrecita!—dijo Marcela besándola.

—Es un amor, una pasion, como la señora no se imagina... La madre dice que es sortilegio...

Contó el sugeto algunas otras cosas, todas muy agradables, hasta que salió llevando á la niña, no sin dirigirme una mirada interrogativa ó sospechosa. Le pregunté á Marcela quién era.

—Es un relojero de la vecindad, un buen hombre; la mujer tambien; y la hija es cariñosa; y parece quererme mucho... es buena gente.

Al proferir estas palabras había un temblor de alegría en la voz de Marcela; y pareció que por el rostro se le derramaba una onda de ventura.

CAPÍTULO XL

En el coche

En esto entró el negro trayendo el reloj con el vidrio nuevo. Era tiempo, ya me molestaba estar allí; le dí una monedita de plata al negro; le dije á Marcela que volvería en alguna otra ocasion, y salí á paso largo. Para decirlo todo, debo confesar que el corazon me palpitaba un poco; pero era una especie de doble de difuntos. El espíritu estaba oprimido por impresiones opuestas. Obsérvese que aquel día amaneciera alegre para mí. Mi padre, durante el almuerzo, me repitió, anticipadamente el primer discurso que yo tendría que pronunciar en la cámara de diputados; nos reímos mucho, y el sol tambien, pues estaba brillante como en los más lindos días del mundo; del mismo modo que Virgilia debería reir, cuando yo le contara nuestras fantasías del almuerzo. Pero ocurre que se me cae el vidrio del reloj; entro á la primera tienda que encuentro al paso, y hete aquí que el pasado se levanta delante de mí, que me lacera y me besa, que me interroga con un rostro injuriado por las «saudades» y las viruelas...

Allí lo dejé; me metí de prisa en el

coche que me esperaba en la plaza de San Francisco de Paula, y le ordené al cochero que echara á andar calles afuera. El cochero azuzó las bestias, el coche se puso á zangolotearme, los ejes gemían, las ruedas surcaban rápidamente el barro que dejara la lluvia reciente, y todo aquello me parecía estar parado. ¿No sopla, á veces, un cierto viento pesado, ni fuerte ni áspero, pero sofocante, que no nos quita el sombrero de las cabezas, no arremolina las sayas de las mujeres y sin embargo parece peor que si hiciera todo esto por que abate, enerva y parece que disolviera los espíritus? Pues á mí me soplaba ese viento; y, convencido de que me soplaba á causa de que me hallaba en aquella especie de garganta entre el pasado y el presente, ansiaba salir á la planicie del futuro. Lo malo es que el coche no andaba.

—Juan,—le grité al cochero,—este coche anda ó no anda?

—Ué! ñoñó! Si ya estamos parados en la puerta del señor consejero!

CAPÍTULO XLI

La alucinacion

Era verdad. Entré apurado; hallé á Virgilia ansiosa, de mal humor, con la frente nublada. La madre, que era sorda, estaba en la sala con ella. Despues de los saludos la jóven me dijo con seguridad:

—Esperábamos que llegaría más temprano.

Me defendí lo mejor que pude, hablé de que el caballo del coche se empacara, de un amigo que me había detenido. De repente se me apagó la voz en los labios, quedé paralizado de asombro. Virgilia... era Virgilia, aquella jóven? La miré mucho, y la sensacion fué tan penosa, que retrocedí un paso y desvié la vista. Volví á mirarla. Las viruelas habíanle comido el rostro; la piel, aun la víspera, tan fina, rosada y pura, parecíame ahora amarilla, devastada por el mismo flagelo que destruyera el rostro de la española. Los ojos, que eran traviesos, estaban marchitos; tenía el labio triste y la actitud cansada. La miré bien; le tomé la mano y la atraje suavemente hacia mí. No me engañaba; eran viruelas. Creo que hice un gesto de repulsion.

Virgilia se apartó y fué á sentarse en el sofá. Yo permanecí un rato mirándome los pies. Debía permanecer allí ó retirarme? Rechacé el segundo expediente, que era simplemente absurdo, y me dirigí hacía Virgilia, que seguía sentada y muda. Cielos! era otra vez la fresca, la juvenil, la floreciente Virgilia! En vano busqué en su rostro algun vestigio de la enfermedad; no existía tal cosa; era la piel fina y blanca de costumbre.

—No me había visto nunca? me preguntó Virgilia, viendo que la miraba con insistencia.

—Tan bonita, nunca.

Me senté, mientras que Virgilia, callada, hacía sonar las uñas. Siguieron algunos instantes de pausa. Le hablé de cosas extrañas al incidente; ella, entre tanto, no me respondía ni me miraba. A no ser el ruidito aquel, era la estátua del silencio. Una sola vez me clavó los ojos, pero muy de arriba, levantando el costado izquierdo del labio, contrayendo las cejas, á punto de unirlas; todo ese conjunto de cosas dábale al rostro una expresion media, entre cómica y trágica.

Había alguna afectacion en aquel desdén; era un afeite del gesto. Allá dentro, padecía, y no poco, — fuera solo pesar, ó solo despecho; y por que el dolor que se disimula duele más, es muy probable que Virgilia padeciese el doble de lo que realmente debía padecer. Creo que esto es metafísica.

CAPÍTULO XLII

Que se le escapó á Aristóteles

Otra cosa que tambien me parece metafísica es esta:—Imprímesele un movimiento á una bola, por ejemplo; rueda esta, encuentra otra bola, transmítele el impulso, y hete ahí á la segunda bola rodando como la primera rodó. Supongamos que la primera bola se llama... Marcela,—es una simple suposicion; la segunda Blas Cubas,—la tercera, Virgilia. Tenemos que Marcela recibiendo un papirotazo del pasado rodó hasta tocar á Blas Cubas, el cual cediendo á la fuerza impulsiva, se puso á rodar tambien

hasta chocar con Virgilia, que no tenía nada que ver con la primera bola; y he ahí como por la simple transmision de una fuerza, se tocan los extremos sociales; y se establece una cosa que podemos llamar—la solidaridad de la aversion humana. Cómo es que se le escapó este capítulo á Aristóteles?

CAPÍTULO XLIII

Marquesa, porque yo seré marqués

Positivamente, era un diablillo Virgilia, un diablillo angelical, si quieren, pero lo era; y entonces...

Entonces apareció Lobo Neves, un hombre que no era más esbelto que yo, ni más elegante, ni más instruído, ni más simpático, y sin embargo fué quien me arrebató á Virgilia y la candidatura, en el término de pocas semanas con un ímpetu verdaderamente cesáreo. No me causó ningun despecho; no hubo la menor violencia de familia. Dutra vino á decirme, un día, que esperase otra oportunidad, por que la candidatura Lobo Neves era apoyada por grandes influencias. Cedí; tal fué el comienzo de mi derrota. Una semana despues, Virgilia le preguntó sonriendo á Lobo Neves, cuando sería ministro.

—Por mi gusto, ya; por la voluntad de otros dentro de un año.

Virgilia replicó:

—Me promete que algun día me hará baronesa?

—Marquesa, por que yo seré marqués.

Desde aquel instante quedé perdido. Virgilia comparó el águila y el pavoreal, dejando á este con su asombro, su despecho, y tres ó cuatro besos que le diera. Talvez cinco besos; pero diez que hubieran sido no significaban nada. El labio del hombre, no es como el casco del caballo de Atila, que esterilizaba el suelo que golpeaba; es justamente lo contrario.

CAPÍTULO XLIV

Un Cubas!

Mi padre quedó atónito con aquel desenlace, y hasta me parece que no murió de otra cosa. Eran tantos los castillos que imaginara, tantos, tantísimos los sueños, que no podía verlos desmoronados sin padecer una fuerte sacudida en el organismo. Al principio no quiso creerlo. Un Cubas! un gajo del ilustre árbol de los Cubas! y decía esto con tal conviccion, que yo, ya entonces informado de nuestra tonelería, olvidé un instante á la voluble dama, para solo contemplar aquel fenómeno, no raro, pero curioso: una imaginacion convertida en conciencia.

—Un Cubas! repetíame la mañana siguiente, durante el almuerzo.

No fué alegre el almuerzo; yo me estaba cayendo de sueño. Había pasado en vela una parte de la noche. Era amor? Imposible, no se ama dos veces á la misma mujer; y yo, que había de amar á aquella tiempos despues, no estaba unido á ella por ningun vínculo, fuera de una fantasía pasajera, alguna obediencia y mucha fatuidad. Y esto basta para explicar el desvelo; era el despecho; un despechito agudo como punta de alfiler, el cual se disipó con cigarros, puñadas, lecturas truncadas, hasta romper la aurora, la más tranquila de las auroras.

Pero yo era joven, tenía el remedio en mí mismo. Mi padre era el que no podía soportar fácilmente la coz. Pensándolo bien, puede ser que no muriese precisamente del percance; pero que el percance le complicó los últimos dolores, es positivo. Murió de allí á cuatro meses, — apesadumbrado, triste, con una preocupacion intensa y continua, una especie de remordimiento, un desencanto mortal, que le sustituyó el reumatismo y la tos. Tuvo una media hora de alegría; fué cuando uno de los ministros lo visitó. Vile—recuérdolo bien,—vile la grata sonrisa de otros tiempos, y en los ojos una concentracion de luz, que era, por decir así, un último fulgor del alma expirante. Pero la tristeza volvió en seguida, la tristeza de morir sin verme ocupando una alta posicion, como me correspondía.

—Un Cubas!

Murió algunos días despues de la visita del ministro, una mañana de Mayo, entre sus dos hijos, Sabina y yo, y á más mi tío Ildefonso y mi cuñado. Murió sin que pudiera valerle la ciencia de los médicos, ni nuestro cariño, ni nuestros cuidados, que fueron muchos, ni cosa alguna; tenía que morir, murió.

—Un Cubas!

CAPÍTULO XLV

Notas

Suspiros, lágrimas, casa tendida de luto, terciopelo negro en los portales, un hombre que vino á vestir el cadáver, otro que tomó la medida del cajon, catafalco, candelabros, invitaciones, invitados que entraban, lentamente, con paso sordo, y apretaban la mano á la familia, algunos tristes, todos serios y callados, el padre y el sacristan, rezos, aspersiones de agua bendita, el cerrar del cajon, á clavo y martillo, seis personas que lo alzan del catafalco, y lo bajan á pulso por la escalera, no obstante los gritos, sollozos y nuevas lágrimas de la familia, y van hasta el coche fúnebre, y lo colocan encima, y abrochan y aprietan las correas, el rodar del carro, el rodar de los coches, uno á uno... Esto que parece un simple inventario eran notas que recogí para un capítulo triste y vulgar que no escribo.

CAPÍTULO XLVI

La herencia

Veanos ahora el lector, ocho días despues de la muerte de mi padre,—mi hermana sentada en un sofá,—un poco más allá Cotrim, de pié, recostado á una consola, con los brazos cruzados, mordiéndose el bigote,—yo paseando de un lado para otro con los ojos puestos en el suelo. Luto riguroso. Profundo silencio.

—Pero en fin, dijo Cotrim; esta casa poco más puede valer de treinta «contos»: pongamos que valga treinta y cinco...

—Vale cincuenta,—afirmé;—Sabina sabe que costó cincuenta y ocho...

—Puede haber costado tambien sesenta; pero de eso no resulta que los valiera ni menos que los valga hoy. Usted sabe que las casas desde hace algunos años, han bajado mucho. Y si esta casa vale cincuenta contos, cuántos vale la que usted desea para sí, la del campo?

—No diga eso! una casa vieja.

—Vieja!—exclamó Sabina, levantando las manos al techo.

—Apuesto que le parece nueva!

—Vamos, hermano, déjate de esas cosas,—dijo Sabina levantándose del sofá; podemos arreglarlo todo amistosamente, y con facilidad. Por ejemplo, Cotrim no acepta los negros, quiere solo al cochero de papá y á Pablo.

—El cochero no, dije yo; me quedo con el coche y no voy á ir á comprar otro.

—Bueno; me quedo con Pablo y con Prudencio.

—Prudencio está libre.

—Libre?

—Hace dos años.

—Libre? Cómo arreglaba estas cosas su padre aqui por casa, sin darle cuenta á nadie! Esta bien. En cuanto á la plata... creo que no habrá libertado la plata?

Habíamos hablado de la vajilla de plata, la vieja plata labrada del tiempo de D. José I, la porcion más seria de la herencia, ya por el valor, ya por la vetustez, ya por el origen de la propiedad; decia mi padre que el conde de Cunha, cuando era virrey del Brasil, se la regalara á mi bisabuelo Luis Cubas.

—En cuanto á la vagilla, continuó Cotrim, yo no haria cuestion ninguna, si no fuese el deseo que tiene su hermana de quedar con ella; y le hallo razon. Sabina es casada, y necesita una vajilla digna, presentable. El señor es soltero, no recibe, no...

—Pero me puedo casar.

—Para qué? interrumpió Sabina.

Era tan sublime esta pregunta, que durante un momento me hizo olvidar los intereses. Sonreí; tomé la mano de Sabina, le golpée suavemente en la palma, todo esto con tan buen talante que Cotrim interpretó el gesto como de aquiescencia, y me dió las gracias.

—¿Cómo es eso? repliqué; no he cedido cosa alguna, ni cedo.

—Ni cede?

Menée la cabeza.

—Déjelo, Cotrim, díjole mi hermana al marido; puede que tambien quiera quedarse con nuestra ropa interior; es lo único que falta.

—No falta nada más. Quiere el coche, quiere el cochero, quiere la vajilla, quiere todo. Mire, es mucho más corto que nos llame á juicio y pruebe con testigos que Sabina no es su hermana, que yo no soy su cuñado y que Dios no es Dios. Ha-

ga esto y asi no pierde nada, ni una cucharita. Vaya, amigo, hágame el favor!

Estaba tan enfadado, y yo tambien, que se me ocurrió proponer un medio de conciliacion: dividir la vajilla. Rióse y me preguntó á quien le tocaría la tetera y á quien el azucarero; y despues de esta pregunta, declaro que tendríamos tiempo de liquidar la pretension, cuando menos en juicio. Mientras tanto Sabina fué hasta la ventana que daba sobre la chacra,—y despues de un instante, volvió, y propuso ceder á Pablo y al otro negro, á condicion de quedar con la vajilla; yo iba á decir que no me convenía, pero Cotrim se adelantó y dijo lo mismo.

—Eso nunca! no pido limosnas! dijo.

Comimos tristes. Mi tio el canónigo apareció á la sobremesa, y aún presenció un pequeño altercado.

—Hijos míos, dijo, acuérdense de que mi hermano dejó un pan bien grande para repartirlo entre todos.

Pero Cotrim opuso:

—Está bueno, está bueno. La cuestion, sin embargo, no es de pan, es de manteca. Pan seco es lo que yo no trago.

Hízose finalmente la particion; pero nosotros estábamos peleados. Y les aseguro que, aún asi, me costó mucho enojarme con Sabina. Eramos tan amigos! juegos pueriles, furias de niños, risas y tristezas de la edad adulta, muchas veces dividimos ese pan de la alegria y de la miseria, fraternalmente, como buenos hermanos que éramos. Pero estábamos peleados. Tal cual la belleza de Marcela, que se desvaneció con las viruelas.

CAPÍTULO XLVII

El recluso

Marcela, Sabina, Virgilia... aquí me teneis fundiendo todos los contrastes, como si esos nombres y personas no fuesen más que modos de ser de mi afeccion interior. Pluma de malas costumbres, pónle una corbata al estilo, vístele un chaleco menos sórdido; y despues sí, despues vente conmigo, entra en esa casa, estírate en esa hamaca que me meció la mayor parte de los años que corrieron desde el inventario de los bienes de mi padre hasta 1842. Ven, y si llegas á oler algun aroma de tocador, no te preocupes que lo derramé yo para mi regalo; es un vestigio de la N, de la Z ó de la U, — que todas estas letras mayúsculas mecieron allí su elegante abyeccion. Pero, si además del aroma, quisieras otra cosa, te quedarás con el deseo, porque yo no he guardado retratos, ni cartas, ni memorias; el mismo afecto desvanecióse, y solo me quedaron las letras iniciales.

Vivía medio recluso, yendo de tarde en tarde á algun baile, teatro ó reunion, más la mayor parte del tiempo lo pasaba conmigo mismo. Vivía; me dejaba llevar por el curso y decurso de los sucesos y de los días, ora bullicioso, ora apático, entre la ambicion y el desaliento. Escribía política y hacía literatura. Mandaba artículos y versos á las hojas públicas, y llegué á alcanzar cierta reputacion de polemista y de poeta. Cuando me acordaba de Lobo Neves, que ya era diputado, y de Virgilia, futura marquesa, me preguntaba á mí mismo por qué no sería yo mejor diputado y mejor marqués que el Lobo Neves,—yo, que valía más, mucho más que él,—me decía mirándome la punta de la nariz.

CAPÍTULO XLVIII

Un primo de Virgilia

—Sabe quien llegó anoche de San Pablo?—me preguntó una noche Luis Dutra.

Luis Dutra era un primo de Virgilia, que tambien frecuentaba las musas. Sus versos agradaban y valían más que los míos; pero tenía necesidad de la sancion de algunos, que le confirmase el aplauso de los otros. Como era apocado, no interrogaba á nadie; pero se deleitaba en oir alguna palabra de elogio, entonces adquiría nuevas fuerzas y arremetía juvenilmente al trabajo.

Pobre Luis Dutra! apenas publicaba alguna cosa, corría á mi casa, y se ponía á dar vueltas á mi rededor á la espera de un juicio, de una palabra, de un gesto, que le aprobase la reciente produccion, y yo le hablaba de mil cosas diferentes,—del último baile en el Cattete, de la discusion de las cámaras, de berlinas y caballos,—de todo, menos de sus versos ó prosas. El me respondía al prin-

cipio con animacion, despues con desgano, torcía el giro de la conversacion hacia su asunto, abría un libro, me preguntaba si tenía algun trabajo nuevo, y yo decíale que sí ó que no, y él se ponía á seguirme, hasta que se enfadaba del todo y salía triste. Mi intencion era hacerlo dudar de sí mismo, desanimarlo, eliminarlo. Y todo esto mirándome la punta de la nariz...

CAPÍTULO XLIX

La punta de la nariz

Nariz, conciencia sin remordimientos, tú me valiste mucho en la vida... Has meditado alguna vez en el destino de la nariz, amado lector? La explicacion del doctor Pangloss es que la nariz fué creada para soportar los anteojos,—y tal explicacion confieso que hasta cierta época me pareció definitiva; pero vino un día en que, estando rumiando ese y otros puntos oscuros de filosofía, acerté con la única, verdadera y definitiva explicacion.

En efecto, me bastó reparar en la costumbre de los fakires. El lector sabe que los fakires se pasan largas horas mirándose la punta de la nariz con el único fin de ver la luz celeste. Cuando un fakir clava los ojos en la punta de la nariz, pierde el sentimiento de las cosas externas, embelésase con lo invisible, con lo impalpable, apártase de la tierra, disuélvese, eterízase. Esa sublimacion del ser por la punta de la nariz es el fenómeno más excelso del espíritu, y la facultad de obtenerla no pertenece al fakir solamente: es universal. Cada hombre tiene la necesidad y el poder de contemplar su propia nariz con el fin de ver la luz celeste, y tal contemplacion, cuyo efecto es la subordinacion del universo á una nariz solamente, constituye el equilibrio de las sociedades. Si las narices se contemplaran exclusivamente las unas á las otras, el género humano no hubiera llegado á durar dos siglos: se hubiera extinguido con las primeras tribus. Oigo desde aquí una objecion del lector:—Cómo puede ser así, dice aquél, si nunca jamás nadie vió á los hombres estarse contemplando la propia nariz?

Lector obtuso, eso prueba que nunca penetraste en el cerebro de un sombrerero. Un sombrerero pasa por una tienda de sombreros; es la tienda de un rival, que la abrió hace dos años; tenía entonces dos puertas, hoy tiene cuatro, promete tener seis ú ocho. En las vidrieras se ostentan los sombreros del rival; por las puertas entran los parroquianos del rival; el sombrerero compara aquella tienda con la suya, que es más antigua y tiene solo dos puertas, y aquellos sombreros con los suyos, menos buscados, aunque de igual precio. Se mortifica naturalmente; pero sigue andando, concentrado, con los ojos mirando hacia abajo ó hacia adelante, indagando las causas de la prosperidad del otro y de su propio atraso, porque él como sombrerero es mucho mejor sombrerero que el otro sombrerero... En ese instante es que los ojos se fijan en la punta de la nariz. La conclusion por lo tanto es que hay dos fuerzas capitales: el amor, que multiplica la especie, y la nariz, que la subordina al individuo. Procreacion, equilibrio.

CAPÍTULO L

Virgilia casada

—Quien ha llegado de San Pablo es mi prima Virgilia, casada con Lobo Neves, continuó Luis Dutra.

—Ah!

—Y solo hoy he sabido una cosa, so tunante...

—Y es?

—Que usted se quiso casar con ella.

—Cosas de mi padre. ¿Quién le dijo eso?

—Ella misma. Le hablé mucho de usted, y ella entonces me contó todo.

Al día siguiente, estando en la calle Ouvidor, en la puerta de la tipografía de Plancher, vi asomar, á la distancia, una mujer espléndida. Era ella, solo la reconocí cuando estuvo á pocos pasos, tan distinta estaba, á tal punto la naturaleza y el arte le habían dado la última perfeccion.

Nos saludamos; ella siguió, entró con el marido al carruaje, que los esperaba algo más arriba; quedé atónito.

Ocho días despues, la encontré en un baile; creo que llegamos á cambiar dos ó tres palabras. Pero en otro baile, dado

de allí á un mes, en casa de una señora, que adornara los salones del primer reinado, y no desadornaba entonces los del segundo, la aproximacion fué mayor y más larga, por que conversamos y bailamos.

El vals es una cosa deliciosa. Valsamos; no niego que, al aproximar á mi cuerpo aquel cuerpo flexible y magnífico, tuve una singular sensacion, una sensacion de hombre robado.

—Hace mucho calor,—dijo ella cuando concluimos.—Vamos á la terraza?

—No; se puede usted resfriar. Vamos á otra sala. En la otra sala estaba Lobo Neves, que me hizo muchos cumplidos, acerca de mis escritos políticos, agregando que nada decía de los literarios, por no tener competencia; pero los políticos eran excelentes, bien pensados y bien escritos. Le respondí con igual expresion de cortesía, y nos separamos contentos el uno del otro.

Cerca de tres semanas despues recibí una invitacion suya para una reunion íntima. Fuí; Virgilia me recibió con esta amable frase:—El señor va á bailar hoy un vals conmigo.—En realidad, yo tenía fama y era un valsista notable; no era de admirar que me prefiriera. Bailamos un vals, y otro vals. Un libro perdió á Francesca; aquí fué un vals el que nos perdió. Creo que esa noche le apreté la mano con mucha fuerza, y ella la dejó quedar, como olvidada, y yo la abrazaba, y todos los ojos estaban puestos en nosotros, y en los otros que tambien se abrazaban y giraban...

Un delirio.

CAPÍTULO LI

Es mia

—Es mía!—me dije á mí mismo, luego que la cedí á otro caballero; y confieso que durante el resto de la noche, fuéseme la idea encajando en el espíritu, no á fuerza de martillo, pero sí de taladro, que es más insinuante.

—Es mía! — decía yo al llegar á la puerta de casa.

Pero allí, como si al destino ó al acaso, ó lo que fuere, se le ocurriera darle algun alimento á mis arrobamientos posesorios, ví brillar en el suelo una cosa redonda y amarilla. Me agaché, era una moneda de oro, un medio doblon.

—Es mía!—repetí riéndome, y me la metí en el bolsillo.

Esa noche no volví á pensar en la moneda; pero al día siguiente, recordando el caso, sentí remordimientos de conciencia y una voz que me preguntaba por qué diablo sería mía una moneda que yo no heredara ni ganara, pero solamente hallara en la calle. Evidentemente no era mía; era de otro, de aquel que la perdiera, rico ó pobre, y talvez fuese pobre, algun obrero que no tendría con qué dar de comer á la mujer y á los hijos; pero aunque fuese rico mi deber seguía siendo el mismo. Debía devolver la moneda, y el mejor medio, el único medio, era hacerlo por medio de un anuncio ó de la policía. Envié una carta al jefe de policía, remitiéndole lo hallado, y rogándole que, por los medios á su alcance, lo hiciese volver á manos del verdadero dueño.

Mandé la carta y almorcé tranquilo, puedo hasta decir que jubiloso. Mi conciencia había valsado tanto la víspera, que llegó á quedar ahogada, sin respiracion; pero la restitucion del medio doblon fué una ventana abierta hacia el otro lado de la moral; entró una ráfaga de aire puro, y la pobre dama respiró á sus anchas. Ventilad las conciencias, y no os digo más. Por otra parte, exento de cualquier otra circunstancia, mi acto era bonito, porque expresaba un justo escrúpulo, un sentimiento de alma delicada. Era lo que me decía mi dama interior, con un modo á la vez austero y cariñoso; era lo que ella me decía, inclinada en el antepecho de la ventana abierta.

—Hiciste bien, Cubas; procediste perfectamente. Este aire no sólo es puro, es balsámico, es una transpiracion de los eternos jardines. Quieres ver lo qué has hecho, Cubas?

Y la excelente señora sacó un espejo y lo abrió delante de mis ojos. Ví, claramente visto, el medio doblon de la víspera, redondo, brillante, multiplicándose por sí mismo,—ser diez, despues treinta, despues quinientos, expresando así el beneficio que me produciría en la vida y en la muerte el simple acto de la res-

titucion. Y yo dilataba todo mi ser en la contemplacion de aquel acto, me representaba en él, hallábame bueno, tal vez grande. Una simple moneda, he? Vean lo que es haber valsado algo más de la cuenta.

Así yo, Blas Cubas, descubrí una ley sublime, la ley de la equivalencia de las ventanas, y establecí que el modo de compensar una ventana cerrada es abrir otra, á fin de que la moral pueda aerear constantemente la conciencia. Tal vez no entiendas lo que queda dicho; tal vez quieras algo más concreto, un paquete, por ejemplo, un paquete misterioso. Pues aquí tienes un paquete misterioso.

CAPÍTULO LII

El paquete misterioso

Ocurrió el caso algunos días despues. Yendo á Botafogo, tropecé con un paquete que estaba en la playa. No digo bien; hubo menos tropezon que puntapié. Viendo un paquete, no grande, pero limpio y correctamente hecho, atado con un cordel fuerte, una cosa que parecía alguna cosa, ocurrióseme darle con el pié, así como para probar, y golpeé, y el paquete resistió. Eché una mirada á mí rededor; la playa estaba desierta; á lo lejos unos niños jugaban, un pescador remendaba las redes aun más lejos,—nadie podía ver mi accion; me incliné, recogí el paquete y seguí.

Seguí, pero no sin recelo. Podía ser una broma de muchachos. Tuve la idea de devolver lo hallado á la playa, pero lo palpé y rechacé esta idea. Un poco más adelante, desanduve lo andado y torné para casa.

—Veamos,—dije al entrar en el escritorio.

Y vacilé un instante, creo que por vergüenza, pues me asaltó otra vez el recelo de la broma. Es cierto que no había allí ningun testigo externo; pero yo tenía dentro de mí un tunante, que había de silbar, aullar, gruñir, patear, zumbar, cacarear, hacer el diablo, si me viese abrir el paquete y encontrar adentro una docena de trapos viejos ó una docena de guayabas podridas. Era tarde: la curiosidad estaba aguzada, como estará la del lector. Deshice el paquete, y vi... hallé... conté... volví á contar nada menos que cinco «contos de reis». Tal vez unos diez mil reis más. Nada menos. Cinco contos en buenas monedas y billetes, todo atadito y arregladito, un hallazgo raro. Los envolví de nuevo. Durante la comida me pareció que uno de los negros le hablara al otro con los ojos. Me habrían estado espiando? Los interrogué discretamente y me convencí de que no. Despues de comer fuí otra vez al escritorio, examiné el dinero, y me reí de mis cuidados maternales respecto de cinco contos,—yo, que era rico.

Para no pensar más en aquéllo fuí por la noche á casa de Lobo Neves, que me instó mucho á que frecuentara las recepciones de la mujer. Allí encontré al jefe de policía; le fuí presentado; él se acordó en seguida de la carta y del medio doblon que yo le remitiera algunos días antes. Refirió el caso; Virgilia pareció aplaudir mi proceder, y cada uno de los presentes narró alguna anécdota análoga, que yo oí con impaciencia de mujer histérica.

De noche, al día siguiente, en toda aquella semana, pensé lo menos que pude en los cinco contos, y hasta confieso que los dejé muy quietecitos en la gaveta del secreter. Gustábame hablar de todo, menos de dinero, y principalmente de dinero hallado; sin embargo no es crimen hallar dinero, es una felicidad, un buen suceso, era tal vez un designio de la Providencia. No podía ser otra cosa. No se pierden cinco contos, como se pierde un pañuelo de manos. Cinco contos se llevan con treinta mil sentidos, se les palpa á menudo, no se les sacan los ojos de encima, ni las manos, ni el pensamiento, y para perderse así totalmente, en una playa, era necesario que... Crimen es lo que no podía ser el hallazgo; ni crimen, ni deshonra, ni nada que maleara el carácter de un hombre. Era un hallazgo, una casualidad feliz, como la suerte grande, como las apuestas de carreras, como las ganancias de un juego honrado y hasta diré que mi felicidad era merecida, porque yo no me sentía malo ni indigno de los beneficios de la Providencia.

—Estos cinco contos,—me decía yo á mí mismo, tres semanas despues, he de

emplearlos en alguna accion buena, tal vez en la dote para alguna niña pobre, ú otra cosa así... lo pensaré...

Ese mismo día los llevé al Banco del Brasil. Allí me recibieron con muchas y delicadas alusiones al caso del medio doblon, cuya noticia ya se había esparcido entre las personas de mi conocimiento; respondí enfadado que la cosa no valía la pena de tamaño estruendo; ponderáronme entonces la modestia—y como yo me encolerizara, me respondieron que era simplemente grande.

CAPÍTULO LIII

. . . .

Virgilia era quien ya no se acordaba del medio doblon; toda ella estaba concentrada en mí, en mis ojos, en mi vida, en mi pensamiento; era lo que decía, y era la verdad.

Hay plantas que nacen y crecen de prisa; otras son tardías y perezosas. Nuestro amor brotó con tal ímpetu y tanta savia, que, en poco tiempo, era la más vasta, frondosa y exhuberante criatura de los bosques. No podría decirles con certidumbre cuántos días duró ese crecimiento. Me acuerdo, sí, de que en cierta noche, brotó la flor, ó el beso, si así le quisieran llamar, un beso que ella me dió, trémula,—pobrecita,—trémula de miedo, porque era en el porton de la quinta. Uniónos ese beso único,—breve como la ocasion, ardiente como el amor, prólogo de una vida de delicias, de temores, de placeres que remataban en dolor, de aflicciones que se resolvían en alegría,—una hipocresía paciente y sistemática, único freno de una pasion sin freno,—vida de agitaciones, de cólera, de desesperaciones y de pesares, que una hora satisfacía hasta el hastío y de sobra; pero venía otra hora y se tragaba á aquella, con todo lo demás, para dejar sólo las agitaciones y el resto, y el resto del resto, que es el fastidio y la saciedad: tal fué el libro de aquel prólogo.

CAPÍTULO LIV

La péndola

Salí de allí á saborear el beso. No pude dormir; me estendí en la cama, es cierto, pero fué como si nada. Oí las horas todas de la noche. Generalmente, cuando perdía el sueño, el ruido de la péndola me hacía mucho mal; ese «tic-tac» lúgubre, pausado y seco me parecía decir á cada golpe que yo tenía un instante menos de vida. Imaginaba entonces á un diablo viejo sentado entre dos bolsas, la de la vida y la de la muerte, tirando monedas de la vida para dárselas á la de la muerte, contándolas así:

—Otra menos...
—Otra menos...
—Otra menos...
—Otra menos...
—Otra menos...

Lo más singular es que, si el reloj se detenía le daba cuerda, para que no dejara de latir nunca, y yo pudiera contar todos mis instantes perdidos. Invenciones hay que se transforman ó caducan; las mismas instituciones mueren; el reloj es definitivo y perpétuo. El último hombre, al despedirse del sol frío y consumido, ha de tener un reloj en el bolsillo del chaleco para saber con exactitud la hora de su muerte.

Aquella noche no padecí esa triste sensacion de fastidio, pero sí otra, y deleitosa. Las fantasías formaban tumultos aquí adentro de mi cerebro, se echaban las unas sobre las otras, á semejanza de las devotas que se abalanzan para ver el angel-cantor de las procesiones. No oía los instantes perdidos; pero sí los minutos ganados. La verdad es que desde cierto punto en adelante no oí cosa alguna, porque mi pensamiento, travieso é ingenioso, saltó por la ventana á fuera y batió las alas en la direccion de la casa de Virgilia. Allí halló en el alfeizar de una ventana al pensamiento de Virgilia, saludáronse y trabaron conversacion. Nosotros dando vueltas en la cama, tal vez con frío, necesitando descanso; y los dos vagabundos, allá plantados, repitiendo el viejo diálogo de Adan y Eva.

CAPÍTULO LV

El viejo diálogo de Adan y Eva

Blas Cubas

. . . . ?

Virgilia.

. . . .

Blas Cubas

....
....

Virgilia

..........!

Blas Cubas

....

Virgilia

....
..............?..............
....

Blas Cubas

....

Virgilia

....

Blas Cubas

....
....
......................!.......
......!.......................
....
..............................!

Virgilia

................?

Blas Cubas

............!

Virgilia

..............!

CAPÍTULO LVI

El momento oportuno

Pero, voto á brios! quién me explicará la razon de esta diferencia? Un día nos vimos, concertamos el casamiento, lo deshicimos y nos separamos, en frío, sin dolor, porque no había habido pasion alguna; me mordió á penas un poco el despecho y nada más. Corren los años, vuelvo á verla, damos tres ó cuatro vueltas de vals, y henos aquí amándonos el uno al otro con delirio. La belleza de Virgilia había llegado, es cierto, á un alto grado de perfeccion, pero nosotros éramos substancialmente los mismos, y yo, por mi parte, no me había tornado más bello ni más elegante. Quién me explica la razon de esta diferencia?

La razon no podía ser otra sinó el momento oportuno. No era oportuno el primer momento, porque, si bien ninguno de nosotros estaba verde para el amor, ambos lo estábamos para «nuestro» amor: distincion fundamental. No hay amor posible sin la oportunidad de los sujetos. Esta explicacion la hallé yo mismo, dos años despues del beso, un día en que Virgilia se me quejaba de un pisaverde que iba á su casa y tenazmente la galanteaba.

—Qué importuno!—decía ella haciendo una mueca de rabia.

Me estremecí, la miré, ví que la indignacion era sincera; entonces se me ocurrió que quizás yo había provocado alguna vez aquella mueca, y comprendí en seguida toda la grandeza de mi evolucion. Había pasado de importuno á oportuno.

CAPÍTULO LVII

Destino

Sí, señor, nos amábamos. Ahora, que todas las leyes sociales nos lo impedían, ahora nos amábamos de veras. Nos hallábamos unidos el uno al otro, como las dos almas que el poeta halló en el Purgatorio:

Di pari, come buoi, che vanno á giogo;

Y digo mal, comparándonos á bueyes, porque nosotros éramos otra especie de animal menor, pero bellaco y lascivo. Hénos caminando sin saber hasta dónde, ni por qué caminos vedados; problema que me asustó durante algunas semanas, pero cuya solucion entregué al destino. Pobre Destino! Dónde estarás ahora, gran procurador de negocios humanos? Tal vez estás echando piel nueva, otra cara, otras maneras, otro nombre, y no es imposible que... Ya no me acuerdo por dónde iba... Ah! por los caminos vedados. Me dije á mí mismo que ahora sería lo que Dios quisiera. Era nuestra suerte amarnos; si no fuera así, cómo nos explicaríamos el valse y el resto? Virgilia pensaba lo mismo. Un día, despues de confesar que en algunos momentos sentía remordimientos, como yo le dijera que, si tenía remordimientos era porque no me tenía amor, Virgilia me ciñó el cuello con sus magníficos brazos, murmurando:

—Te amo; es voluntad del cielo.

Y esta frase no era impensada; Virgilia era un poco religiosa. No oía misa

los domingos, es cierto, y hasta creo que solo iba á las iglesias los días de grandes fiestas, y cuando había espacio en alguna tribuna. Pero rezaba todas las noches, con fervor, ó, por lo menos, con sueño. Tenía miedo á los truenos; en estas ocasiones se tapaba los oídos, y masculaba todas las oraciones del catecismo. En su alcoba había un pequeño oratorio de jacarandá, trabajo de talla, de tres palmos de altura, con tres imájenes adentro; pero no hablaba de él á las amigas; al contrario, trataba de beatas á las que solo eran religiosas. Durante algun tiempo sospeché que tenía cierta repugnancia en creer, y que su religion era una especie de camiseta de franela, preservativa y clandestina, pero evidentemente era error mío.

CAPÍTULO LVIII

Confidencias

Lobo Neves, al principio, me daba grandes sustos. Pura ilusion. Como adoraba á la mujer, no se cansaba de decírmelo muchas veces; hallaba que Virgilia era la perfeccion misma, un conjunto de cualidades sólidas y finas, cariñosa, elegante, austera, un modelo. Y la confianza no paraba ahí. De rendija que era pasó á puerta abierta de par en par. Un día me confesó que tenía una triste carcoma en la existencia; faltábale la gloria pública. Lo alenté; díjele muchas cosas bonitas, que oyó con aquella uncion religiosa de un deseo que no quiere resignarse á morir; entonces comprendí que su ambicion estaba cansada de batir las alas, sin poder alzar el vuelo. Días despues me contó todas sus contrariedades y desfallecimientos, las amarguras tragadas, las rabias contenidas; me contó que la vida política era un zurcido de envidias, despechos, intrigas, perfidias, intereses, vanidades. Evidentemente aquello era una crisis de melancolía; traté de combatirla.

—Yo sé lo que le digo,—me contestó con tristeza. No se puede imaginar lo que he pasado. Entré en la política por gusto, por familia, por ambicion, y un poco por vanidad. Ya ve usted que reunía casi todos los motivos que llevan al hombre á la vida pública; faltábame solo un interés de otra naturaleza. Ví el teatro por el lado de la platea; y, de veras, que era bonito! Soberbio escenario, vida, movimiento y gracia en la representacion. Me escrituré, me dieron un papel que... Pero para que lo estoy aburriendo con esto? Déjeme quedar con mis desazones. Crea que he pasado horas y días... No hay constancia de sentimientos, no hay gratitud, no hay nada... nada... nada...

Calló, profundamente abatido, con los ojos mirando al aire, pareciendo no oir cosa alguna, á no ser los ecos de sus propios pensamientos. Despues de algunos instantes, irguióse y me extendió la mano: El señor se ha de estar riendo de mí, me dijo; pero disculpe este desahogo; tenía aquí un taladro, que me estaba mordiendo el espíritu. Y reía, con un aire sombrío y triste; despues me pidió que no refiriera á nadie lo acontecido entre los dos; le aseguré que en rigor no había acontecido nada. Entraron dos diputados y un caudillo de la parroquia. Lobo Neves los recibió con alegría, al principio un tanto fingida, pero despues natural. Al cabo de media hora nadie hubiera dicho que no era el más afortunado de los hombres; conversaba, bromeaba, y reía, y reían todos.

CAPÍTULO LIX

Un encuentro

Debe ser un vino enérgico la política, me decía yo á mí mismo, al salir de casa de Lobo Neves; y seguí andando, andando, hasta que en la calle de los Barbonos ví un coche, y dentro uno de los ministros, un antiguo compañero de colegio. Nos saludamos afectuosamente, el coche siguió, y yo seguí andando, andando, andando...

—Por qué no sería yo ministro?

Esta idea, luminosa y grande,—trageada á lo bizarro, como diría el padre Bernardes,—esta idea comenzó unas cabriolas vertiginosas y yo me dejé estar con los ojos puestos en ella, hallándole gracia. No pensé más en la tristeza de Lobo Neves; sentí la atraccion del abismo. Recordé al compañero de colegio, las correrías en los cerros, las alegrías y travesuras, y comparé el niño con el

hombre, y me pregunté á mí mismo porque no sería yo como él. Entraba en ese momento en el Paseo Público, y todo me parecía que dijera lo mismo. — Por qué no eres ministro, Cubas? — Cubas, por qué no eres ministro de Estado? Al oirlo, una deliciosa sensacion me refrescaba todo el organismo. Entré, fuí á sentarme en un banco, á rumiar aquella idea. A Virgilia sí que le había de gustar! Algunos minutos despues veo encaminarse hacia mí una figura, que no me pareció desconocida. La conocía, fuese de donde fuese.

Imaginen un hombre de treinta y ocho á cuarenta años, alto, flaco y pálido. Las ropas, salvo la hechura, parecían haber escapado al cautiverio de Babilonia; el sombrero era contemporáneo del de Gessler. Imaginen ahora una levita, más ancha de lo que pedian las carnes,—ó, literalmente, los huesos de la persona; el color negro iba cediendo el paso á un amarillo sin brillo; el pelo desaparecia á trechos; de los ocho botones primitivos quedaban tres. Los pantalones, de brin oscuro, tenían dos fuertes rodilleras, en cuanto á los bordes estaban roidos por los tacones de un botin sin misericordia ni betun. En el pescuezo fluctuaban las puntas de una corbata de dos colores, ambos desmayados, apretando un cuello de ocho dias. Creo que tambien llevaba chaleco, un chaleco de seda oscura, roto á trechos y desabotonado.

—Apuesto que ni me conoce, señor doctor Cubas.

—No recuèrdo....

—Soy Borba, Quincas Borba.

Retrocedí espantado... Quién me diera ahora la frase solemne de un Bossuet ó de Viera, para contar tamaña desolacion! Quinças Borba, el gracioso niño de otros tiempos, mi compañero de colegio, tan inteligente y rico... Quincas Borba. No; imposible; no podía ser. No podía acabar de creer que aquella figura escuálida, aquella barba pintada de blanco, aquel andrajoso avejantado, que toda esa ruina fuese Quincas Borba. Pero lo era. Los ojos tenían un resto de la expresion de otros tiempos, y la sonrisa no había perdido cierto aire burlon, que le era peculiar. Entre tanto, él soportaba con firmeza mi espanto. Al cabo de un rato aparté los ojos; si la figura repelía la comparacion apesadumbraba.

—No tengo para qué contarle nada, dijo él por fin; el señor lo adivina todo. Una vida de miserias, de tribulaciones y de luchas. Se acuerda de nuestras fiestas en que yo figuraba como rey? Que voltereta! Acabo mendigo...

Y alzando la mano derecha y los hombros, con un aire de indiferencia, parecía resignado á los golpes de la fortuna, y no sé si hasta contento. Tal vez contento. Con certidumbre, impasible. No había en él la resignacion cristiana ni la conformidad filosófica. Parecía que la miseria le hubiera encallecido el alma, á punto de quitarle la sensacion del lodo. Arrastraba los andrajos, como otrora la púrpura: con cierta gracia indolente.

—Búsqueme, le dije, quizás pueda encontrarle algo.

Una sonrisa magnífica le abrió los labios.—No es usted el primero que me promete algo, contestó, y no sé si será el último que no me dará nada. Y para qué? Yo nada pido, á no ser dinero; dinero sí, porque es necesario comer, y las casas de comida no fían. Ni tampoco las «quitandeiras». Una cosa de nada, unos dos vintenes de «angú», ni eso fían las malditas «quitandeiras»... Un infierno, mi... iba á decir mi amigo... Un infierno! el diablo! todos los diablos! Mire, hoy todavía no he almorzado.

—No?

—No; salí muy temprano de casa. Sabe dónde vivo? En el tercer escalon de las gradas de San Francisco, á mano izquierda del que sube; no hay que golpear á la puerta. Casa fresca, extremadamente fresca. Pues salí temprano, y todavía no he comido...

Saqué la cartera, escogí un billete de cinco mil reis,—el menos limpio,—y se lo dí. El lo recibió con los ojos chispeantes de codicia. Levantó el papel en el aire, y lo agitó entusiasmado.

—«In hoc signo vinces!»—gritó.

Y despues lo besó, con muchos ademanes de ternura, y tan ruidosa expansion, que me produjo un sentimiento mixto de fastidio y lástima. El, que era sagaz, me comprendió; quedó serio, grotescamente serio, y me pidió disculpa por

la alegría, diciendo que era alegría de pobre que no veía, desde hacía mucho tiempo, un papel de cinco mil reis.

—Pues en sus manos está ver otros muchos,—le dije.

—Sí?—exclamó, dando un salto hacia mí.

—Trabajando,—agregué yo.

Hizo un gesto de desden; callóse un instante; despues me dijo positivamente que no quería trabajar. Yo estaba asombrado por aquella abyeccion tan cínica y tan triste.

—No se va á marchar sin que yo le enseñe mi filosofía de la miseria,—me dijo, abriéndose de piernas delante de mí.

CAPÍTULO LX

El abrazo

Pensé que el pobre diablo estuviera loco, é iba á apartarme, cuando él me tomó de la muñeca, y me miró algunos instantes, el brillante que yo llevaba en el dedo. Le sentí en la mano unos estremecimientos de codicia, unos pruritos de posesion.

—Magnífico!—dijo él.

Despues comenzó á dar vueltas alrededor de mí, examinándome mucho.

—El señor se trata bien, decía. Joyas, ropa fina, elegante y... Compare esos zapatos con los míos; qué diferencia! Malhaya! Dígole que se trata. Y mujeres? Cómo le va con ellas? Se ha casado?

—No...

—Ni yo.

—Vivo en la calle...

—No quiero saber donde vive,—interrumpió Quincas Borba.—Si alguna vez nos vemos, deme otro papel de cinco mil reis; pero permítame que no vaya á buscarlo á su casa. Es una especie de orgullo... Ahora, adios, veo que está impaciente.

—Adios!

—Y gracias. Me permite darle las gracias de más cerca?

Y diciendo esto me abrazó con tal ímpetu que no pude evitarle. Nos separamos finalmente, yo á paso largo, con la camisa arrugada por el abrazo, fastidiado y triste. Ya no dominaba en mí la parte simpática de la sensacion, pero sí la otra. Hubiera querido verle la miseria digna. Con todo, no pude dejar de comparar otra vez el hombre de ahora con el de antaño, entristecerme y contemplar el abismo que separa las esperanzas de un tiempo de la realidad de otro tiempo.

—Ahora, adios! Vamos á comer, me dije á mí mismo.

Llevo la mano al bolsillo y no hallo el reloj. Ultima desilusion, Borba me lo robara al darme el abrazo.

CAPÍTULO LXI

Un proyecto

Comí triste. No era la falta del reloj lo que me afligía, era la imagen del autor del hurto, y las reminiscencias de niño, y otra vez la comparacion y la conclusion... Desde la sopa, comenzó á abrirse en mí la flor amarilla y mórbida del Cap. XXV, y entonces comí de prisa, para correr á casa de Virgilia. Virgilia era el presente; yo quería refugiarme en él, para escapar á las opresiones del pasado, porque el encuentro de Quincas Borba volviérame á los ojos el pasado, no como fuera en verdad, pero un pasado roto, abyecto, mendigo y ladron.

Salí de casa, pero era temprano; los iba á encontrar en la mesa. Otra vez pensé en Quincas Borba, y tuve entonces un deseo de volver al Paseo Público, á ver si lo hallaba; la idea de regenerarlo me dominó como una poderosa necesidad. Fuí, pero ya no lo hallé. Hablé con el guardian; díjome que efectivamente «aquel sugeto» iba por allí á veces.

—A qué horas?

—No tiene hora fija.

No era imposible encontrarlo en otra ocasion; me prometí á mí mismo volver. La necesidad de regenerarlo, de volverlo al trabajo y al respeto de su persona me llenaba el corazon; comenzaba á sentir un bienestar, una elevacion, una admiracion de mí mismo... En esto caía la noche; fuí á conversar con Virgilia.

CAPÍTULO LXII

La almohada

Fuí á conversar con Virgilia, y muy luego olvidé á Quincas Borba. Virgilia era la almohada de mi espíritu, una almohada blanda, tibia, aromática, enfundada en cambrai y bruselas. Era allí que él acostumbraba reposar de todas las sensaciones malas, simplemente enfadosas, ó hasta dolorosas. Y, bien pesadas las cosas, no era otra la razon de la existencia de Virgilia; no podía ser otra. Cinco minutos bastaron para olvidar enteramente á Quincas Borba; cinco minutos de una contemplacion mutua, con las manos tomadas unas en otras; cinco minutos y un beso. Y allá se fué el recuerdo de Quincas Borba... Escrófula de la vida, andrajo del pasado, qué me importa que existas, que molestes los ojos de los demás, si yo poseo dos palmos de una almohada divina, para poder cerrar los ojos y dormir?

CAPÍTULO LXIII

Huyamos!

Ay! no siempre dormia. Tres semanas despues, yendo á casa de Virgilia,—eran las cuatro de la tarde,—la hallé triste y abatida. No me quiso decir lo que era; pero como yo instara mucho:

—Creo que Damian desconfia algo. Noto ahora unas cosas extrañas en él... No sé... Me trata bien, no cabe duda; pero la mirada parece que no es la misma. Duermo mal, aún la noche anterior me desperté aterrada; estaba soñando que él me iba á matar. Tal vez sea idea, pero creo que desconfia.

La tranquilicé como pude, dije que podian ser preocupaciones políticas. Virgilia convino en que podian ser; pero quedó aún más excitada y nerviosa. Estábamos en la sala, que daba precisamente sobre la quinta, donde cambiáramos el beso inicial. Una ventana abierta dejaba entrar el viento, que mecia suavemente las cortinas, y yo me quedé mirando las cortinas, sin verlas. Tomé el anteojo de la imaginacion; columbraba, á lo lejos, una casa nuestra, una vida nuestra, en la que no habia Lobo Neves, ni casamiento, ni moral, ni ningun otro vínculo, que nos limitara la expansion de la voluntad. Esta idea me embriagó; eliminados asi el mundo, la moral y el marido, solo restaba penetrar en aquélla habitacion de los ángeles.

—Virgilia, le dije, te propongo una cosa.

—¿Qué es?

—Me quieres?

—Oh!, suspiró ella, ciñendome los brazos al cuello.

Virgilia me amaba con furia; aquella respuesta era la verdad patente. Con los brazos echados á mi cuello, callada, respirando mucho, dejóse quedar mirándome, con sus grandes y bellos ojos, que daban una sensacion singular de luz húmeda; yo me dejé estar mirándolos, acariciándole la boca, fresca como la madrugada é insaciable como la muerte. La belleza de Virgilia tenia ahora un tono grandioso, que no poseía antes de casarse. Era una de esas figuras talladas en pentélico, de un trabajo noble, resuelto y puro, tranquilamente bella, como las estatuas, pero no apática ni fría. Por el contorno tenia el aspecto de las naturalezas cálidas, y, podia decirse, que, en la realidad, resumia todo el amor. Resumíale sobre todo en aquella ocasion, en que expresaba mudamente todo cuanto puede decir la pupila humana. Pero el tiempo urgia; le aparté las manos, la tomé de las muñecas, y, mirándola fijamente, le pregunté si tenia coraje.

—¿Para qué?

—Para huir. Iremos á donde más nos agrade, una casa grande ó pequeña, á tu voluntad, en el campo, en la ciudad, ó en Europa, donde te parezca, donde nadie nos fastidie, y no haya peligro para tí, donde vivamos el uno para el otro... Sí! huyamos. Tarde ó temprano él puede descubrir algo, y entonces quedarías perdida... oyes? perdida... muerta... y él tambien, porque yo lo mataría, te lo juro.

Me detuve; Virgilia palideció mucho, dejó caer los brazos y se sentó en un canapé. Estuvo asi unos instantes sin decir palabra, no sé si vacilante en la resolucion ó si aterrada en la idea del descubrimiento y la muerte. Fuí hacia ella,

insistí en la proposicion, díjele todas las ventajas de una vida á solas, sin celos, ni temores, ni aflicciones. Virgilia me oía callada; despues dijo:

—No escaparíamos sin duda; me buscaría y lo mismo me mataría.

Le demostré que no. El mundo era muy vasto, y yo tenia los medios de vivir donde quiera hubiese aire y mucho sol; él no iria hasta alli; sólo las grandes pasiones son capaces de grandes acciones, y él no la amaba tanto que fuera á buscarla si huyese muy lejos. Virgilia hizo un gesto de sorpresa y casi de indignacion; murmuró que el marido la quería mucho.

—Puede ser, — respondí yo; — puede ser que sí....

Fuí hasta la ventana, y comencé á tamborilear con los dedos en el alfeizar. Virgilia me llamó; dejéme estar devorado por mis celos, pensando en estrangular al marido, si lo tuviese allí á mano... Justamente, en ese instante, apareció Lobo Neves. No tiembles así, lectora pálida; tranquilízate que no he de rubricar esta sentencia con una gota de sangre. Luego que apareció en la quinta, híce un gesto amistoso, acompañado con una palabra amable; Virgilia se retiró apresuradamente de la sala, en la que él entró de allí á tres minutos.

—Está aquí hace mucho rato?—me dijo.

—No.

Entró serio, pausado, derramando la vista de un modo distraido, costumbre suya, que trocó luego por una verdadera expansion de jovialidad, cuando vió llegar al hijo, al ñoñó, el futuro bachiller del Cap. VI; lo tomó en brazos, lo levantó en el aire, lo besó muchas veces. Yo, que tenía odio al niño, me aparté de ambos. Virgilia volvió á la sala.

—Ah!—suspiró Lobo Neves, repantigándose en el sofá.

—Está cansado?—interrumpí yo.

—Mucho; he soportado dos fastidios de primer orden, uno en la cámara y otro en la calle. Y aun tendré que aguantar el tercero,—agregó, mirando á la mujer.

—Qué hay?—preguntó Virgilia.

—Un... Adivina!

Virgilia se sentó á su lado, tomóle una de las manos, le arregló la corbata, y volvió á preguntar qué había.

—Nada menos que un palco.

—Para la Candiani?

—Para la Candiani.

Virgilia batió palmas, se levantó, dióle un beso al hijo, con un aire de alegría pueril, que desentonaba mucho con la figura; despues, preguntó si el palco era de proscenio ó de centro; consultó al marido, en voz baja, acerca de la toilette que se pondría, de la ópera que se cantaba, y no sé que otras cosas.

—Usted se queda á comer con nosotros, doctor,—me dijo Lobo Neves.

—A eso ha venido él precisamente,—confirmó la mujer;—dice que usted posee el mejor vino que hay en Río de Janeiro.

—Pues ni por eso bebe mucho.

Durante la comida, lo desmentí; bebí más que de costumbre; pero aun así mucho menos de lo preciso para perder la razon. Ya estaba excitado y me puse un poco más. Era el primer enojo grande que sentía contra Virgilia. No la miré una sola vez durante la comida; hablé de política, de los diarios, del ministerio, creo que hubiera hablado de teología si la supiese ó la recordase. Lobo Neves me hablaba con mucha placidez y dignidad, y hasta con mucha benevolencia superior; y todo aquello me irritaba tambien. Me despedí apenas nos levantamos de la mesa.

—Hasta luego, no?—preguntó Lobo Neves.

—Puede ser.

Y salí.

CAPÍTULO LXIV

La transaccion

Vagué por las calles y me recogí á las nueve. No pudiendo dormir me puse á leer y á escribir. A las once estaba arrepentido de no haber ido al teatro, consulté el reloj, quise vestirme y salir. Pensé, entretanto, que llegaría tarde; además, era dar prueba de flaqueza. Evidentemente, Virgilia empieza á aburrirse de mí, pensaba yo. Y esta idea púsome sucesivamente desesperado y frío, dispuesto á olvidarla y á matarla. Veíala desde allí mismo, reclinada en el palco,

con sus magníficos brazos desnudos,—aquellos brazos que eran míos,—fascinando los ojos de todos, con el vestido soberbio que había de tener, el cuello de leche, los cabellos dispuestos en bandós, á la moda del tiempo, y los brillantes, menos luminosos que los ojos de ella.... Veíala así y me dolía que la viesen otros. Despues comenzaba á desvestirla, á poner á un lado las joyas y las sedas, á despeinarla con mis manos impacientes y lascivas, á hacerla—no sé si más bella, si más natural—á hacerla mía, solamente mía, únicamente mía.

Al día siguiente, no me pude contener; fuí temprano á casa de Virgilia; la hallé con los ojos enrojecidos por el llanto.

—Qué ha sucedido?—pregunté.

—Usted no me quiere,—fué su respuesta;—nunca me tuvo el menor asomo de amor. Me trató anoche como si me tuviese odio. Si yo supiese al menos qué fué lo que hice! Pero no lo sé. No me dirá lo que fué?

—Qué fué qué cosa? Creo que no hubo nada.

—Nada? Usted me trató como no se trata á un perro....

Al oir estas palabras, le tomé las manos, se las besé y dos lágrimas le brotaron á los ojos.

—Todo pasó, todo pasó ya,—dije yo.

No tuve ánimo para hacerla cargos, y, además, hacerla cargó de qué? No era culpable si el marido la amaba. Díjele que no me había hecho cosa alguna, que tenía necesariamente celos del otro, que no siempre lo podía soportar con la cara alegre; agregué que tal vez hubiera en ella mucho disimulo, y que el mejor medio de cerrar la puerta á los sustos y á las discusiones era aceptar mi idea de la víspera.

—He pensado en eso,—dijo Virgilia; una casita solo nuestra, solitaria, escondida en un jardin, en alguna calle apartada, no es eso? Hallo la idea buena; pero para qué huir?

Dijo esto con el tono ingenuo y despreocupado de quien no piensa en el mal, y la sonrisa que le extendía los ángulos de la boca tenía la misma expresion de candidez. Entonces, apartándome, respondí:

—Usted es quien nunca me ha querido.

—Yo?

—Sí, es una egoísta! prefiere verme padecer todos los días... es una egoísta sin nombre.

Virgilia se echó á llorar, y para no atraer gente, se metía el pañuelo en la boca, sofocaba los sollozos; explosion que me desconcertó. Si alguien la oía, se perdía todo. Me incliné hacia ella, le tomé de los brazos, le susurré los nombres más dulces de nuestra intimidad; le hice observar el peligro, y el terror la apaciguó.

—No puedo,—decía de allí á algunos instantes;—no dejaría á mi hijo; y si me lo llevara, estoy cierta que «él» me iría á buscar al fin del mundo. No puedo; máteme si quiere, ó déjeme morir... Oh, Dios mío! Dios mío!

—Tranquilícese, que pueden oirla.

—Que oigan, no me importa.

Estaba aún excitada; le pedí que lo olvidara todo, que me perdonase, que era un loco, pero que mi insania procedía de ella y que con ella concluiría. Virgilia se enjugó los ojos y me extendió la mano. Sonreimos ambos; minutos despues volvíamos al asunto de la casita solitaria, en alguna calle escondida.

CAPÍTULO LXV

Espías y escuchas

Nos interrumpió el ruido de un coche que entraba en la quinta. Vino á decirnos un esclavo que era la baronesa X. Virgilia me consultó con los ojos.

—Si la señora está así con dolor de cabeza,—dije,—me parece que lo mejor es no recibir.

—Ya bajó del carruaje?—le preguntó Virgilia al esclavo.

—Ya bajó; dice que tiene mucha necesidad de hablar con el ama.

—Que pase.

La baronesa entró de allí á poco. No sé si contaba con encontrarme en la sala; pero era imposible demostrar mayor alborozo.

—Felices los ojos que lo ven!—exclamó. Dónde se esconde el señor, que no se le halla en ninguna parte? Anoche me llamó la atencion no verlo en el teatro.

La Candiani estuvo deliciosa. Qué mujer! Le gusta la Candiani? Es natural. Los hombres todos son iguales. El baron decía anoche en el palco que una sola italiana vale por cinco brasileras. Qué insolencia! é insolencia de viejo, que es peor. Pero por qué no fué anoche el señor al teatro.

—Una jaqueca.

—Vamos! Algunos amores; no le parece, Virgilia? Pues amigo mío, apúrese, porque el señor ha de andar por los cuarenta... ó cerca de eso... No tiene cuarenta años?

—No le puedo decir con certidumbre, respondí; pero si me permite, voy á consultar la fé de bautismo.

—Vaya, vaya... y extendiéndome la mano:—Hasta cuando? El sábado quedamos en casa; el baron esta con unos deseos de verlo...

Al llegar á la calle me arrepentí de haber salido. La baronesa era una de las personas que más desconfiaba de nosotros. Cincuenta y cinco años que parecían cuarenta, amable, risueña, vestigios de belleza, porte elegante y maneras finas. No hablaba mucho ni siempre; poseía el gran arte de escuchar á los demás, espiándolos; se reclinaba entonces en la silla, desenvainaba una mirada afilada y ancha, y se dejaba estar. Los demás, no sabiendo lo que era, hablaban, miraban, gesticulaban, á la vez que ella solo miraba, ora fija, ora móvil, llevando la astucia al punto de mirar á veces dentro de sí, porque dejaba caer los párpados; pero, como las pestañas formaban rejilla, la mirada continuaba su oficio, inquiriendo el alma y la vida de los demás.

La segunda persona era un pariente de Virgilia, Viegas, un zancarron de setenta inviernos, chupado y amarillento, que padecía de un reumatismo obstinado, de un asma no menos obstinada y de una lesion al corazon: era un hospital concentrado. Los ojos sin embargo, le brillaban con mucha vida y salud. Virgilia, en las primeras semanas, no le tenía ningun miedo; me decía que, cuando Viegas parecía estar espiando, con la mirada fija, estaba simplemente contando dinero. En efecto, era un gran avaro.

Había además el primo de Virgilia, Luís Dutra, que yo desarmaba ahora á fuerza de hablarle de sus versos y prosas, y de presentarlo á mis relaciones. Cuando éstas, ligando el nombre á la persona, se mostraban satisfechos de la presentacion, no cabía duda que Luís Dutra se exaltaba de felicidad; pero yo me preocupaba de su felicidad con la esperanza de que él no nos denunciase nunca. Había, por fin, dos ó tres señoras, varios galanteadores, y los fámulos, que naturalmente se vengaban así de su condicion servil, y todo eso constituía una verdadera floresta de escuchas y espías, por entre los cuales teníamos que deslizarnos con la táctica y la suavidad de las serpientes.

CAPÍTULO LXVI

Las piernas

Mientras yo pensaba en aquella gente, las piernas me iban llevando, calles abajo, de modo que insensiblemente me hallé á la puerta del hotel Pharoux. Tenía la costumbre de comer allí; pero, no habiendo ido deliberadamente, ningun mérito me cabe en la accion, y sí á las piernas, que la hicieron. Benditas piernas! Y hay quien os trate con desdén ó indiferencia. Yo mismo, hasta entonces, á penas os tenía en cuenta, me enojaba cuando os fatigabais, cuando no podiais ir más allá de cierto punto, y me dejabais voceando con el deseo, á semejanza de la gallina con las patas atadas.

Aquello, sin embargo, fué un rayo de luz. Sí, piernas amigas, vosotros dejasteis á mi cabeza el trabajo de pensar en Virgilia, y os digisteis una á la otra:—El necesita comer, es hora de sentarse á la mesa, vamos á llevarlo á lo de Pharoux; dividamos su conciencia, que una parte quede allá con la dama, tomemos nosotras la otra, para que camine derecho, no tropiece con las gentes y los coches, saque el sombrero á los conocidos, y finalmente llegue sano y salvo al hotel. Y cumplisteis acabadamente vuestro propósito, amables piernas, lo que me obliga á inmortalizaros en esta página.

CAPÍTULO LXVII

La casita

Comí y me marché á casa. Allí encontré una caja de cigarros que me mandara Lobo Neves, envuelta en papel de seda, y adornada con cintas color de rosa. Entendí, la abrí y saqué este billete:

«Mi B...

«Desconfían de nosotros; todo está perdido; olvídeme para siempre. No nos veremos más. Adios; olvídese de la infeliz.

«V....a.»

Esta carta fué un golpe; no obstante, á penas cerró la noche, corrí á casa de Virgilia. Era tiempo; estaba arrepentida. En el vano de una ventana, me contó lo que le había pasado con la baronesa. La baronesa, le dijo francamente que se hablaba mucho en el teatro, la noche anterior, á propósito de mi ausencia del palco de Lobo Neves; habían comentado mis relaciones en la casa; en suma, éramos objeto de la sospecha pública. Concluyó diciendo, que no sabía que hacer.

—Lo mejor es que huyamos, insinué.

—Nunca, respondió meneando la cabeza.

Ví que era imposible separar dos cosas que en el espíritu de ella estaban enteramente ligadas: nuestro amor y la consideracion pública. Virgilia era capaz de iguales y grandes sacrificios para conservar ambas ventajas, y la fuga sólo le dejaba una. Talvez sentí algo parecido á despecho; pero las conmociones de aquellos dos días eran ya muchas, y el despecho murió en seguida. Está bien; busquemos la casita.

En efecto, la hallé, días despues, expresamente hecha, en un rincon de la Gamboa. Un dige! Nueva, recien pintada, con cuatro ventanas al frente y dos á cada lado,—todas con persianas color ladrillo, —enredaderas en los ángulos, jardin al frente; misterio y soledad. Un dige!

Convenimos en que iría á vivir allí una mujer, conocida de Virgilia, en cuya casa fuera costurera y agregada. Virgilia ejercía sobre ella una verdadera fascinacion. No se le diría todo; ella aceptaría fácilmente el resto.

Para mi era aquello una situacion nueva de nuestro amor, una apariencia de posesion exclusiva, de dominio absoluto, algo que me adormecía la conciencia y conservaba el decoro. Ya estaba cansado de las cortinas del otro, de las sillas, de las alfombras, del canapé, de todas esas cosas que me ponían constantemente bajo los ojos nuestra duplicidad. Ahora podría evitar las comidas frecuentes, el té de todas las noches, en fin, la presencia del hijo de ellos, mi cómplice y mi enemigo. La casa me resguardaba de todo: el mundo terminaría en su puerta; de allí para adentro era el infinito, un mundo eterno, superior, excepcional, nuestro, solamente nuestro, sin leyes, sin instituciones, sin baronesas, sin espías, sin escuchas,—un solo mundo, una sola pareja, una sola vida, una sola voluntad, un solo afecto —la unidad moral de todas las cosas por la exclusion de las que eran contrarias.

CAPÍTULO LXVIII

El azote

Tales eran las reflexiones que yo iba haciendo, Valongo afuera, luego de ver y ajustar la casa. Me interrumpió un desórden; era un negro que daba de azotes á otro en la plaza. El otro no se atrevía á huir; gemía solamente estas únicas palabras: «No, perdon mi amo, mi amo, perdon!» Pero el primero no hacía caso, y, á cada súplica, respondía con una nueva azotaina.

—Toma, diablo! decía; toma mas perdon, borracho!

—Mi amo! gemía el otro.

—Cállate la boca, bestia, replicaba el del azote.

Me detuve, miré... Cielo santo! Quién había de ser el del azote? Nada menos que mi negrito Prudencio,—el que mi padre libertara algunos años antes. Me aproximé, él se detuvo en seguida y me pidió la bendicion; le pregunté si aquel negro era esclavo suyo.

—Es, si, ñoñó!

—Te ha hecho alguna picardía?

—Es un vago y un borrachon. Anoche mismo lo dejé en la «quitanda», mientras

bajaba á la ciudad, y dejó sola la quitanda para irse á beber al almacen.

—Está bueno, perdónalo, dije yo.

—Como no, ñoñó! Ñoñó manda, no pide. Entra para casa, borracho!

Salí del grupo que me miraba sorprendido y cuchicheando sus congeturas. Seguí mi camino, haciendo una infinidad de reflexiones, que siento haber enteramente olvidado; pues hubieran sido materia para un buen capítulo, y talvez alegre. A mi me gustan los capítulos alegres, es mi flaco. Exteriormente, era triste el episodio de Valongo; pero solo exteriormente. Luego que hundí mas adentro el cuchillo del raciocinio le hallé una médula alegre, fina y hasta profunda. Aquel era un modo que tenía Prudencio de deshacerse de los golpes recibidos,—transmitiéndolos á otros. Yo, cuando niño, lo montaba como caballo, le ponía un freno en la boca, y lo molía sin compasion; él gemía y sufría. Ahora, sin embargo, que era libre, disponía de si mismo, de los brazos, de las piernas, podia trabajar, holgar, dormir libertado de la antigua condicion, ahora es que él se descartaba. Compró un esclavo, é íbale cargando con alto premio, las cantidades qué de mí recibiera. Véan si era sútil el tunante!

CAPÍTULO LXIX

Una pizca de necedad

Este caso me hace recordar un loco que conocí. Se llamaba Romualdo y pretendía ser Tamerlan. Era su grande y única manía y tenía una curiosa manera de explicarla.

—Yo soy el ilustre Tamerlan,—decía. —Antiguamente era Romualdo, pero enloquecí, y tomé tanto tártaro, que me volví tártaro, y hasta llegué á rey de los tártaros. El tártaro tiene naturalmente la virtud de hacer tártaros.

Pobre Romualdo! La gente se reía de la ocurrencia, pero es probable que el lector no ría, y con razon; yo no le hallo gracia alguna. Oida tenía algun chiste; pero así contada, en el papel, y apropósito de un azote recibido y transferido, fuerza es confesar que es mucho mejor volver á la casita de la Gamboa; dejemos á los Romualdos y los Prudencios.

CAPÍTULO LXX

Doña Plácida

Volvamos á la casita. No serías capaz de entrar á ella hoy, curioso lector; envejeció, ennegreció, destartalóse, y el propietario la hizo echar abajo para sustituirla por otra, tres veces mayor, pero te juro que tres veces menor que la primera. El mundo era estrecho para Alejandro; un desvan del tejado es el infinito para las golondrinas.

Contemplad ahora la neutralidad de este globo, que nos lleva, á traves de los espacios, como una lancha de náufragos, que va á dar á la costa: duerme hoy una pareja de virtudes en el mismo espacio de suelo que soportó una pareja de pecados. Mañana puede dormir allí un eclesiástico, despues un asesino, despues un herrero, despues un poeta, y todos bendecirán ese rincon de tierra, que les dió algunas ilusiones.

Virgilia hizo de aquello un chiche; escogió los muebles más apropiados, y los dispuso con la intencion estética de la mujer elegante; yo llevé para allá algunos libros, y todo quedó bajo la guarda de doña Plácida, supuesta, y bajo ciertos aspectos, verdadera dueña de la casa.

Le costó mucho aceptar la cosa; adivinó la intencion, y doliale el oficio; pero al final cedió. Creo que lloraba, al principio: estaba fastidiada consigo misma. A lo menos, es cierto que no fijó sus ojos en mí durante los dos primeros meses; hablaba con la vista baja, seria, ceñuda, á veces triste. Yo quería halagarla, y no me daba por ofendido, la trataba con cariño y respeto; forcejaba por conseguir su benevolencia, luego su confianza, imaginé una historia patética de mis amores con Virgilia, un caso anterior al casamiento, la resistencia del padre, la dureza del marido, y no sé que otros toques de novela. Doña Plácida no rechazó una sola página de la novela; las aceptó todas. Era una necesidad de la conciencia. Al cabo de seis meses el que nos hubiera visto á los tres juntos, hubiera creido que doña Plácida era mi suegra. No fuí ingrato; le creé un peculio de cinco contos,—los cinco contos hallados

en Botafogo,—como un pan para la vejez. Doña Plácida me dió las gracias con lágrimas en los ojos, y nunca más dejó de rezar por mí, todas las noches, delante de una imagen de la Virgen, que tenía en su cuarto. Fué así que se le acabó el enojo.

CAPÍTULO LXXI

El defecto del libro

Comienzo á arrepentirme de este libro. No es que él me canse; yo nada tengo que hacer; y, realmente, expedir algunos magros capítulos para ese mundo siempre es tarea que distrae un poco de la eternidad. Pero el libro es enfadoso, huele á sepulcro, tiene cierta contraccion cadavérica; vicio grave, y por otra parte ínfimo, porque el mayor defecto de este libro eres tú, lector. Tú tienes prisa en envejecer, y el libro anda despacio; tú amas la narracion rápida y nutrida, el estilo regular y fluido, y este libro y mi estilo son como los ebrios, guiñando á la derecha, á la izquierda, andan y se detienen, rezongan, ahullan, lanzan carcajadas, amenazan al cielo, dan costaladas y caen...

Y caen! Hojas misérrimas de mi ciprés, habeis de caer como otras bellas y vistosas; y, si yo tuviese ojos, os dedicaría una lágrima de «saudades». Esta es la gran ventaja de la muerte, que, si no deja boca para reir, tampoco deja ojos para llorar... Habeis de caer.

CAPÍTULO LXXII

El bibliomano

Tal vez suprima el capítulo anterior; entre otros motivos, hay en él, en las últimas líneas, una frase que parece un despropósito, y yo no quiero dar pasto á la crítica del futuro.

Observad: de aquí á setenta años, un sujeto flaco, amarillo, grisáceo, que no ama ninguna otra cosa fuera de los libros, se inclina sopre la página anterior, para ver si le descubre el despropósito; lee, relee, desarticula las palabras, saca una sílaba, despues otra, y las restantes, las examina por dentro y por fuera, por todos los lados, contra la luz, las desempolva, las restriega sobre la rodilla, las lava, y nada, no halla el despropósito.

Es un bibliomano. No conoce al autor; este nombre de Blas Cubas no se encuentra en sus diccionarios biográficos. Halló el volumen, por casualidad, en la covacha de un librero de viejo. Lo compró por doscientos reis. Indagó, pesquisó, refistoleó, y vino á descubrir que era un ejemplar único... Unico! Vosotros, que no sólo amais los libros, sino que padéceis la manía de ellos, vosotros sabeis muy bien el valor de esta palabra, y adivinais por lo tanto, las delicias de mi bibliomano. El rechazaría la corona de las Indias, el papado, todos los museos de la Italia y de la Holanda, si los hubiera de trocar por ese único ejemplar; y no porque sea el de mis «Memorias»; haría lo mismo con el almanaque de Láemmert, toda vez que fuese único.

Lo peor es el despropósito. Ahí continúa el hombre inclinado sobre la página, con un lente bajo el ojo derecho, todo entregado á la noble y áspera funcion de desafiar el despropósito. Ya se prometió á sí mismo escribir una breve memoria, en la que relatará el hallazgo del libro y el descubrimiento de la sublimidad, si la hubiera debajo de aquella frase oscura. Al cabo no descubre nada y se contenta con la posesion. Cierra el libro, lo mira, lo remira, acércase á la ventana y lo muestra al sol. Un ejemplar único! En ese momento pasa por debajo de la ventana un César ó un Cromwell, camino del poder. El les vuelve la espalda, cierra la ventana, estírase en la red y hojea el libro lentamente, con amor, á sorbos... Un ejemplar único.

CAPÍTULO LXXIII

El «luncheon»

El despropósito me ha hecho perder otro capítulo. Cuánto mejor hubiera sido decir las cosas llanamente, sin todos estos traqueteos! Ya he comparado mi estilo al andar de los ebrios. Si la idea os parece indecorosa, diré que él es lo que eran mis refrigerios con Virgilia, en la casita de Gamboa, donde á veces hacíamos nuestra merienda, nuestros «luncheon». Vino, fruta, compotas. Comíamos, es verdad, pero era un comer pun-

tuado con palabritas dulces, miradas tiernas, niñerías, una infinidad de esos apartes del corazon, por otra parte el verdadero, el no interrumpido discurso del amor. A veces venía el enojo á cortar la nimiedad dulzona de la situacion. Ella me dejaba, se refugiaba en un rincon del canapé, ó iba al interior á oir los melindres de doña Plácida. Cinco ó diez minutos despues, reanudábamos la conversacion, como yo reanudo la narracion, para desatarla otra vez. Nótese que lejos de tener horror al método, era nuestra costumbre invitarlo, en la persona de doña Plácida, á sentarse con nosotros á la mesa; pero doña Plácida no aceptaba nunca.

—Usted parece que ya no me quiere,—díjole un día Virgilia.

—Virgen Nuestra Señora!—exclamó la buena doña Plácida levantando las manos al techo. — Que no quiero á Yayá! Pero entonces, á quién querría yo en este mundo?

Y, tomándola de las manos, la miró fijamente, fijamente, fijamente, hasta mojársele los ojos, de tan fijo que la miraba. Virgilia la acarició mucho; yo le dejé alguna plata en el bolsillo del vestido.

CAPÍTULO LXXIV

Historia de Doña Plácida

No te arrepientas de ser generoso; la platita me valió una confidencia de Doña Plácida, y de consiguiente este capítulo. Días despues, como la hallase sola en la casa, nos pusimos á conversar, y ella me contó en breves términos su historia. Era hija natural de un sacristan de la Sé y de una mujer que hacía dulces para afuera. Perdiera al padre á los diez años. Ya entonces rallaba coco y hacía no sé que otros trabajos de dulcería, compatibles con la edad. A los quince ó dieciseis años casó con un sastre, que murió tísico algun tiempo despues, dejándole una hijita. Viuda y joven, quedaron á su cargo la hija, de dos años, y la madre, cansada de trabajar. Tenía que sustentar á tres personas. Hacía dulces, que era su oficio, pero tambien cosía, de día y de noche, con ahinco, para tres ó cuatro tiendas, y enseñaba á algunos niños del barrio, á diez «tostones» por mes. Con esto se iban pasando los años, no la belleza, porque no la tuviera nunca. Apareciéronle algunos galanteadores, propuestas, seducciones, á las que resistía.

—Si hubiera podido encontrar otro marido, me decía, creo que me hubiera casado; pero nadie se quería casar conmigo.

Uno de los pretendientes consiguió hacerse aceptar; no era, sin embargo, más delicado que los otros, Doña Plácida lo despidió del mismo modo, y, despues de despedirle, lloró mucho. Continuó cosiendo para afuera y espumando tachos. La madre estaba malhumorada por el temperamento, los años y la necesidad; mortificaba á la hija por que aceptase uno de los maridos de prestado y de ocasion que la pedían. Y gritaba:

—Quieres ser mejor que yo? No se de donde sales con esos aires de persona rica. Mi amiga, la vida no se arregla como uno quiere; no se come viento. «Ora esta!» Mozos tan buenos como Policarpo el de la tienda, pobrécito... Esperas algun hidalgo, no es eso?

Doña Plácida me juró que no había esperado hidalgo alguno. Era su inclinacion. Quería ser casada. Sabía muy bien que la madre no lo había sido, y conocía algunas que tenían solo su hombre; pero era su inclinacion y quería ser casada. No quería tampoco que la hija fuera otra cosa. Trabajaba mucho, quemándose los dedos al fuego, y los ojos al candelero, para comer y no caer. Enflaqueció, enfermó, perdió la madre, la enterró por suscripcion, y continuó trabajando. La hija tenía catorce años; pero era muy flaquita y no hacía nada, á no ser enamorar á los mozalvetes que le rondaban la reja. Doña Plácida vivía preocupadísima, llevándola consigo, cuando tenía que entregar costuras. La gente de las tiendas abría y guiñaba los ojos, convencida de que ella la llevaba para pescar marido ú otra cosa. Algunos decían gracejos, otros hacían requiebros; la madre llegó á recibir proposiciones de dinero.

Calló un instante, y continuó luego:

—Mi hija se me huyó; fué con un sujeto, que no quiero recordar... Me dejó sola; pero tan triste, tan triste, que pensé morir. No tenía á nadie más en el mun-

do y estaba casi ciega, y enferma. Fué por ese tiempo que conocí á la familia de Yayá: buena gente, que me dió trabajo, y hasta llegó á proporcionarme casa. Estuve allí muchos meses, un año, mas de un año, agregada, cosiendo. Salí cuando Yayá se casó. Despues vivía como Dios quiso. Mire mis dedos, mire estas manos... Y me mostró unas manos gruesas y agrietadas, con las puntas de los dedos picados por la aguja.—No se crían estas cosas de nada, mi señor; Dios, sabe como es que se crían... Felizmente Yayá me protegió, y el señor doctor tambien... Yo tenía miedo de acabar en la calle pidiendo limosna....

Al decir la última frase, doña Plácida tuvo un escalofrio. Despues, como si volviese en sí, pareció reparar en la inconveniencia de aquella confesion al amante de una mujer casada, y se puso á reir, á desdecirse, á llamarse tonta, «llena de remilgues», como le decía la madre; por fin, cansada con mi silencio, se retiró de la sala. Yo quedé mirándome la punta del botin.

CAPÍTULO LXXV

A solas

Pudiendo suceder que alguno de mis lectores haya saltado el capítulo anterior, observaré que es preciso leerlo para entender lo que me dije á mi mismo, así que doña Plácida salió de la sala. Lo que yo dije fué esto:

—Así, pues, el sacristan de la Sé, un dia, ayudando á misa, vió entrar una dama que debía ser su colaboradora en la vida de doña Plácida. La vió otros días, durante semanas enteras; gustó de ella, díjole alguna gracia, le pisó el pié al encender los cirios de los altares, en los dias de fiesta. Ella gustó de él, se acercaron, se amaron. De esa conjuncion de lujurias sueltas brotó doña Plácida. Es de creer que doña Plácida no hablase aun cuando nació, pero si hubiera hablado habría podido decirles á los autores de sus dias:—Aquí estoy. Para que me han llamado? Y el sacristan y la sacristana naturalmente le habrían respondido:—Te llamamos para que te quemes los dedos en los tachos, los ojos en la costura, comer mal, ó no comer, andar de un lado para otro, en la faena, enfermando y convaleciendo, con el fin de volver á enfermar y convalecer otra vez, triste ahora, luego desesperada, mañana resignada, pero siempre con las manos en el tacho y los ojos en la costura, hasta acabar en el lodo ó en el hospital; fué para eso que te llamamos en un momento de simpatía.

CAPÍTULO LXXVI

El estiércol

De pronto la conciencia tuvo un arranque, y me acusó de haber hecho capitular la probidad de doña Plácida, obligándola á desempeñar un papel torpe, despues de una larga vida de trabajo y privaciones. Medianera no era mejor que concubina, y yo la había hecho descender á ese oficio, mediante obsequios y dineros. Fué lo que me dijo la conciencia; quedé unos diez minutos sin saber qué replicarle. Ella me observó que yo me aprovechara de la fascinacion que ejercía Virgilia sobre la ex-costurera, de la gratitud de ésta, en fin, de la necesidad. Recalcó la resistencia de doña Plácida, las lágrimas de los primeros días, las caras serias, los silencios, la vista baja, y mi arte en soportar todo esto, hasta vencerla. Y me increpó otra vez de un modo irritado y nervioso.

Convine en que así era, pero alegué que la vejez de doña Plácida estaba ahora al abrigo de la mendiguez: era una compensacion. Si no fuesen mis amores, probablemente doña Plácida hubiera acabado como tantas otras criaturas humanas; de donde podía deducirse que el vicio es el estiércol de la virtud. Lo que no impide que la virtud sea una flor perfumada y sana. La conciencia convino en ello, y yo fuí á abrirle la puerta á Virgilia.

CAPÍTULO LXXVII

Entrevista

Virgilia entró risueña y tranquila. El tiempo se había llevado los sustos y mortificaciones. Qué dulce era verla llegar,

en los primeros días, avergonzada y trémula! Iba en coche, velado el rostro, envuelta en una especie de manto que le disimulaba las ondulaciones del talle. La primera vez dejóse caer en el canapé, sofocada, escarlata, con los ojos puestos en el suelo; y, palabra! en ninguna otra ocasion la hallé tan bella, tal vez porque nunca me sentí más lisonjeado.

Ahora, sin embargo, como decía, habían acabado los sustos y mortificaciones; las entrevistas entraron en el período cronométrico. La intensidad del amor era la misma; la diferencia estaba en que la llama perdiera la vehemencia de los primeros días para constituir un simple haz de rayos, tranquilo y constante, como en los matrimonios.

—Estoy muy enojada con usted,—dijo ella sentándose.

—Por qué?

—Porque no fué á casa anoche, como me había dicho. Damian preguntó muchas veces si usted no iría al menos á tomar una taza de té. Por qué no fué?

En efécto, yo había faltado á la palabra que diera, y la culpa era toda de Virgilia. Cuestion de celos. Aquella mujer espléndida sabía que lo era, y gustaba de oirlo decir, fuera en voz alta ó en voz baja. La antevíspera en casa de la baronesa, bailó dos veces con el mismo mozalvete, despues de oir sus galanterías, en el rincon de una ventana. Estaba tan alegre, tan ensimismada, tan llena de sí! Cuando descubrió en mi ceño la arruga interrogativa y amenazadora, no tuvo ningun sobresalto, ni se puso súbitamente seria; pero arrojó al mar al galanteador y sus cortesanías. Vino despues hacia mí, me tomó del brazo y me llevó á otra sala, menos concurrida, donde se me quejó del cansancio, y dijo muchas otras cosas con el aire pueril que acostumbraba tener, en ciertas ocasiones, y yo la oí casi sin responder nada.

Ahora mismo, me costaba responder algo, pero en fin, le conté el motivo de mi ausencia... No, eternas estrellas, nunca vi ojos más asombrados. La boca semiabierta, las cejas arqueadas, una estupefaccion visible, tangible, que no se podía negar, tal fué la primer réplica de Virgilia; meneó la cabeza con una sonrisa de ternura y piedad, que enteramente me confundió.

—Qué hombre!

Y fué á quitarse el sombrero, alegre, jovial, como una chica que vuelve del colegio; despues vino á mí, que estaba sentado, y dióme golpecitos en la cabeza con un solo dedo, repitiendo:—Esto es lo que merece, esto; y yo no tuve más remedio que reir tambien, y todo acabó en broma. Era claro que yo me había equivocado.

CAPÍTULO LXXVIII

La presidencia

Cierto día, meses despues, entró Lobo Neves en su casa, diciendo que tal vez iría á ocupar una presidencia de provincia. Miré á Virgilia que palideció; él, que la vió palidecer le preguntó:

—De manera que no te gusta, Virgilia?

Virgilia meneó la cabeza.

—No me agrada mucho,—fué su respuesta.

No se dijo nada más; pero por la noche Lobo Neves insistió en su proyecto, un poco más resueltamente que por la tarde; dos días despues le declaró á la mujer que la presidencia era cosa definitiva. Virgilia no pudo disimular la repugnancia que aquello le causaba. El marido respondía á todo con las necesidades de la política.

—No puedo negar lo que me piden, y hasta es conveniencia nuestra, de nuestro futuro, de tus blasones, mi amor, porque yo te prometí que serías marquesa, y ni baronesa eres siquiera. Dirás que soy ambicioso! Lo soy, es cierto, pero es preciso que no me pongas un peso en las alas de la ambicion.

Virgilia quedó algo desorientada. Al día siguiente la hallé triste, en la casa de la Gamboa, esperándome; le había dicho todo á doña Plácida, que trataba de consolarla como podía. No quedé yo menos abatido.

—Usted tiene que ir con nosotros,—me dijo Virgilia.

—Está loca! Sería una insensatez.

—Pero entonces...?

—Entonces es necesario desbaratar el proyecto.

—Es imposible.

—Ya aceptó?

—Parece que sí.

Me levanté, tiré el sombrero sobre una silla y me puse á pasear de un lado para otro, sin saber lo que hacía. Medité largamente y no hallé nada. Por fin me acerqué á Virgilia, que estaba sentada, y le tomé la mano; doña Plácida se fué á la ventana.

—En esta manecita está toda mi existencia, — dije yo; — usted responde de ella, haga lo que le parezca.

Virgilia hizo un gesto de afliccion; yo fuí á recostarme á la consola del fondo. Transcurrieron algunos instantes de silencio; oíamos solamente el ladrido de un perro, y no sé si el rumor del agua que se movía en la playa. Viendo que no hablaba la miré. Virgilia tenía los ojos puestos en el suelo, fijos, sin luz, las manos caídas sobre las rodillas, con los dedos cruzados en la actitud de la suprema desesperacion. En otra ocasion, por distinto motivo, es indudable que yo me hubiera arrojado á sus pies para ampararla con mi razon y mi ternura; ahora, sin embargo, era necesario compelirla á esforzarse, al sacrificio, á asumir la responsabilidad de nuestra vida comun, y por lo tanto había que dejarla desamparada, y marcharse: fué lo que hice.

—Te lo repito, mi felicidad está en tus manos, dije yo.

Virgilia quiso asirme, pero yo ya estaba fuera de la puerta. Llegué á oir un prorrumpir de lágrimas, y confieso que estuve á punto de volver, para enjugarlas, con un beso; pero me dominé y salí.

CAPÍTULO LXXIX

Compromiso

No acabaría nunca si hubiera de contar por lo menudo lo que padecí las primeras horas. Vacilaba entre un querer y un no querer, entre la piedad que me empujaba á casa de Virgilia y otro sentimiento—egoismo, supongamos,—que me decía:—Quédate, déjala á solas con el problema, deja que ella lo resolverá en el sentido del amor. Creo que esas dos fuerzas tenían igual intensidad, atacaban y resistían al propio tiempo, con ardor, con tenacidad, y ninguna cedía definitivamente. A veces sentía un pinchacito de remordimiento; me parecía que abusaba de la flaqueza de una mujer amante y culpable, sin sacrificar ni arriesgar nada propio; y, cuando iba á capitular, venía otra vez el amor, y me repetía el consejo egoista, y yo permanecía indeciso é inquieto, deseoso de verla, y receloso de que la vista me llevase á compartir la responsabilidad de la solucion.

Por fin, celebróse un pacto entre el egoismo y la piedad; yo iría á verla en su casa, solamente en su casa, en presencia del marido, para no decirle nada, á espera del efecto de mi intimacion. De este modo podría conciliar las dos fuerzas. Ahora, que estoy escribiendo esto, se me ocurre que el compromiso era una burla, que aquella piedad era tambien una forma del egoismo, y que la resolucion de ir á consolar á Virgilia no pasaba de una sugestion de mi propio padecimiento.

CAPÍTULO LXXX

De secretario

La noche siguiente fuí efectivamente á casa de Lobo Neves; estaban ambos, Virgilia muy triste, él muy jovial. Juro que ella sintió cierto alivio cuando nuestros ojos se encontraron llenos de curiosa ternura. Lobo Neves me contó los planes que llevaba á la presidencia, las dificultades locales, las esperanzas, las resoluciones; ¡estaba tan contento, tan esperanzado! Virgilia, junto á la mesa fingía leer un libro, pero por encima de la página me miraba de cuando en cuando, interrogativa y ansiosa.

—Lo peor,—me dijo de repente Lobo —es que aun no he hallado secretario.

—No?

—No, y tengo una idea.

—Ah!

—Una idea... Quiere usted dar un paseo por el Norte?

No sé lo que le dije.

—Usted es rico, — continuó él, — no necesita de un mezquino emolumento; pero si quisiera hacerme un servicio, iría conmigo de secretario.

Mi espíritu dió un salto para atrás, como si hubiera descubierto una serpiente delante de sí. Encaré á Lobo Neves fijamente, imperiosamente, para ver

si le descubría algun pensamiento oculto... Ni sombra de eso; la mirada venía recta y franca, la placidez del rostro era natural, no violenta, una placidez mezclada de alegría. Respiré y no tuve ánimo de mirar á Virgilia; sentí por encima de la página la mirada de ella, que me pedía tambien lo mismo, y dije que sí, que iría. En verdad un presidente, una presidenta, un secretario, era resolver las cosas de un modo administrativo.

CAPÍTULO LXXXI

La reconciliacion

Con todo, al salir de allí, tuve unas sombras de duda; medité si no iba á exponer insensatamente la reputacion de Virgilia, si no habría otro medio razonable de conciliar el Estado con la Gamboa. No hallé nada. Al día siguiente, al levantarme de la cama, tenía el espíritu preparado y resuelto á aceptar el nombramiento. A medio día vino un criado á decirme que estaba en la sala una señora, cubierta con un velo. Corro; era mi hermana Sabina.

—Esto no puede continuar así,—me dijo;—es necesario que una vez por todas hagamos las paces. Nuestra familia se está concluyendo; no hemos de seguir como dos enemigos.

—Pero si yo no deseo otra cosa, hermana!—grité extendiéndole los brazos.

La hice sentar á mi lado, le hablé del marido, de la hija, de los negocios, de todo. Todo seguía bien; la hija estaba linda como los amores. El marido vendría á mostrármela si yo consentía.

—Pero hija! iré yo mismo á verla.

—Sí?

—Palabra.

—Tanto mejor!—respiró Sabina. Es tiempo de que esto concluya.

La hallé más gruesa, y tal vez más joven. Parecía tener veinte años, y contaba más de treinta. Graciosa, afable, sin ninguna cortedad, sin resentimiento alguno. Nos mirábamos, tomados de las manos, hablando de todo y de nada, como dos enamorados. Era mi infancia que resurgía, fresca, traviesa y rubia; los años iban cayendo como las hileras de naipes, con que yo jugaba de niño, y dejábame ver nuestra casa, nuestra familia, nuestras fiestas. Soporté el recuerdo con algun esfuerzo, pero á un barbero de la vecindad se le ocurrió zangarrear en el clásico violín, y esa voz—porque hasta entonces el recuerdo era mudo—esa voz del pasado, gangosa y «saudosa», á tal punto me conmovió que...

Los ojos de ella estaban secos. Sabina no heredara la flor amarilla y mórbida. Qué importa? Era mi hermana, mi sangre, un pedazo de mi madre, y yo se lo dije con ternura, con sinceridad. De repente oigo golpear en la puerta de la sala; voy á abrir; era un angelito de cinco años.

—Entra, Sara, dijo Sabina.

Era mi sobrina. La levanté del suelo, la besé muchas veces; la pequeña asustada, me empujaba el hombro con la manecita, quebrando el cuerpo para bajarse... En esto, se me aparece en la puerta un sombrero, Cotrim, nada menos que Cotrim. Yo estaba tan conmovido que dejé á la hija y me eché en los brazos del padre. Tal vez esa efusion lo desconcertó un poco; lo cierto es que me pareció cohibido. Simple prólogo. De allí á poco hablábamos como dos buenos amigos viejos. Ninguna alusion al pasado, muchos planes para el futuro, promesa de reunirnos el uno en casa del otro. No dejé de decir que ese cambio de comidas puede que tuviera una corta interrupcion; porque andaba con idea de hacer un viaje al norte. Sabina lo miró á Cotrim y Cotrim á Sabina; ambos convinieron en que aquella idea no tenía sentido comun. Qué diantre podía yo ir á buscar al Norte? Pues no era en la corte, en plena corte, que debía continuar luciendo, metiendo en un zapato á los mozos de la época? Porque en verdad, no había ninguno que se me pudiera comparar; él, Cotrim, me seguía de lejos, y, no obstante un resentimiento ridículo, tuvo siempre interés, orgullo, vanidad de mis triunfos. Oía lo que se decía á mi respecto, en las calles y en las salas; era un concierto de elogios y admiraciones. Y que dejase todo esto para ir á pasar algunos meses en la provincia, sin necesidad, sin motivo serio? A menos que no fuese la política...

—Justamente, la política;—dije yo.

—Ni aun así,—replicó él de allí á un instante.—Y despues de otro silencio:—Sea como fuere, véngase hoy á comer con nosotros.

—Ciertamente, iré; pero mañana ú otro día, han de venir ustedes á comer conmigo.

—No sé, no sé,—objetó Sabina;—casa de hombre soltero... Tu debieras casarte, hermano. Yo tambien quiero tener una sobrina, has oído.

Cotrim la contuvo con un gesto, que no entendí bien. No importa; la reconciliacion de una familia bien vale un gesto enigmático.

CAPÍTULO LXXXII

Cuestion de botánica

Digan lo que quieran los hipocondríacos: la vida es una cosa dulce. Fué lo que yo pensé, al ver á Sabina, al marido y la hija bajar en tropel las escaleras, diciendo muchas palabras afectuosas para arriba, donde yo quedaba—en la meseta,—diciéndoles otras tantas para abajo. Continué pensando que, en verdad, era feliz. Me amaba una mujer, tenía la confianza del marido, iba á ser secretario de ambos, y me reconciliaba con los míos. Qué más podía desear en veinticuatro horas?

En ese mismo día, tratando de preparar los ánimos, comencé á esparcir que tal vez fuese para el Norte como secretario de provincia, á fin de realizar ciertos propósitos políticos, que me eran personales. Lo dije en la calle Ouvidor; lo repetí al día siguiente, en la de Pharoux y en el teatro. Algunos, uniendo mi nombramiento al de Lobo Neves, que ya andaba circulando, sonreían maliciosamente, otros me golpeaban en el hombro. En el teatro una señora me dijo que era llevar demasiado lejos el amor por la escultura. Se refería á las bellas formas de Virgilia.

Pero la alusion más clara me la hicieron en casa de Sabina, tres días despues. Hízomela un tal Garcez, viejo cirujano, pequeñito, trivial y charlatan, que podía llegar á los setenta, á los ochenta, á los noventa años, sin adquirir jamás aquella compostura austera, que es la aureola del anciano. La vejez ridícula es, sin duda, la más triste y desconsoladora sorpresa de la naturaleza humana.

—Ya sé, esta vez va usted á leer á Ciceron, me dijo.

—A Ciceron! exclamó Sabina.

—Pues no! su hermano es un gran latinista. Ha traducido á Virgilio jugando. Repare que he dicho Virgilio, y no Virgilia... no confunda... Y reía con su risa gruesa, vulgar y frívola. Sabina me miró, recelosa de alguna réplica; pero sonrió cuando me vió sonreir, y volvió la cara para disimular. Las demás personas me miraban con aire de curiosidad, indulgencia y simpatía; era transparente que no acababan de oir ninguna novedad. El caso de mis amores era más público de lo que yo podía suponer. Entre tanto sonreí, una sonrisa corta, fugitiva y satisfecha —parlera como las alondras de Cintra. Virgilia era un bello error, es tan fácil confesar un bello error! Al principio acostumbraba ponerme ceñudo cuando oía alguna alusion á nuestros amores; pero, palabra de honor! sentía aquí adentro una impresion suave y lisonjera. Una vez, sin embargo, me aconteció sonreir, y continué haciéndolo las otras veces. No sé si habrá por ahí quien explique el fenómeno. Yo me la explico así: al principio, el contentamiento, siendo interior, era por decir así la misma sonrisa, pero en boton; andando el tiempo abrióse en flor, apareció á los ojos del prójimo. Simple cuestion de botánica.

CAPÍTULO LXXXIII

13

Cotrim me arrancó de aquel placer llevándome á la ventana.—Quiere que le diga una cosa? me preguntó;—no haga ese viaje; es insensato, es peligroso.

—Por qué?

—Usted sabe bien porqué, me replicó: es, sobre todo, peligroso, muy peligroso. Aquí en la corte un caso de esos se pierde en la multitud de la gente y de los intereses; pero en provincia muda el cuadro; y tratándose de personajes políticos, es realmente insensatez. Los

diarios de la oposicion, así que sospechen el asunto lo van á imprimir con todas sus letras, y en seguida vendrán las burlas, pullas, sobrenombres.

—Pero no entiendo...

—Entiende, entiende. En verdad, sería ser bien poco amigo mio si me negase lo que todo el mundo sabe. Yo se eso hace largos meses. Se lo repito, no haga semejante viaje; soporte la ausencia, que es mejor, y evite algun gran escándalo y mayor disgusto...

Dijo esto y se marchó para adentro. Yo me dejé estar con los ojos fijos en el farol de la esquina,—un antiguo farol de aceite,—triste, obscuro y encorvado como un punto de interrogacion. Que debía hacer? Era el caso de Hamlet: ó inclinarme ante la fortuna ó luchar con ella y subyugarla. En otros términos; me embarcaba ó no me embarcaba. Esta era la cuestion. El farol no me decía nada. Las palabras de Cotrim me retumbaban en los oídos de la memoria, de un modo muy distinto que el de las palabras de Garcez. Talvez Cotrim tuviera razon; pero ¿podía separarme de Virgilia?

Sabina vino á hablar conmigo, y me preguntó en que estaba pensando. Le respondí que en cosa alguna. Sabina permaneció un rato callada.—Lo que tu necesitas, yo lo sé; es una novia. Déjame no más que todavía yo voy á encontrarte una novia. Salí de allí con opresion, desorientado. Todo listo para embarcarme,—espíritu y corazon,—y he aquí que me sale al paso ese portero de las conveniencias y me pide mi tarjeta de ingreso. Dí al diablo las conveniencias, y con ellas la constitucion, el cuerpo legislativo, el ministerio, todo.

Al día siguiente, abro una hoja política y leo la noticia de que, por decreto del 13, habiamos sido nombrados presidente y secretario de la provincia de XX Lobo Neves y yo. Le escribí inmediatamente á Virgilia, y salí dos horas despues para la Gamboa. Pobre Doña Plácida! Estaba cada vez más afligida; me preguntó si olvidaríamos á la pobre vieja, si la ausencia sería larga y si la provincia quedaba lejos. La consolé; pero yo mismo necesitaba de consuelos; la objecion de Cotrim me afligía. Virgilia llegó de allí á poco, ligera como una golondrina; pero, al verme triste, se puso muy seria.

—Que ha sucedido?

—Vacilo, le dije; no se si debo aceptar... Virgilia se dejó caer en el canapé, riendo.—Por qué? me preguntó.

—No es conveniente, salta mucho á los ojos...

—Pero si nosotros ya no vamos!

—Cómo así?

Me contó que el marido iba á rechazar el nombramiento, y por un motivo que sólo le dijo á ella, pidiéndole el mayor secreto; no podía confesárselo á nadie más. — Es pueril, me dijo, es ridículo; pero en suma es un motivo poderoso para mí. La refirió que el decreto estaba fechado el 13, y que ese número significaba para él un recuerdo fúnebre. El padre muriera un día 13, trece dias despues de una comida en que había trece personas. La casa en que falleciera la madre, llevaba el número 13. Etcétera. Era un guarismo fatídico. No le podía alegar semejante cosa al ministro; le diría que tenía razones particulares para no aceptar. Yo quedé como ha de estar el lector,—algo asombrado con ese sacrificio á un número, pero siendo él un ambicioso, el sacrificio tenía que ser sincero.

CAPÍTULO LXXXIV

El conflicto

Número fatídico, te acuerdas que te bendije muchas veces? Así tambien las vírgenes rubias de Tebas debieron bendecir la yegua, de rubias crines, que las sustituyó en el sacrificio de Pelópidas, una donosa yegua, que allí murió, cubierta de flores sin que nadie le dedicara jamás una palabra de recuerdo. Pues te la dedico yo, yegua piadosa, no solo por la muerte habida, como porque entre las doncellas rubias, no es imposible que figurase alguna abuela de Cubas... Número fatídico, tu fuiste nuestra salvación. No me confesó el marido la causa de la negativa: díjome tambien que eran negocios particulares, y el rostro serio, convencido, con que yo le oí, hizo honor á la disimulacion humana. El era quien no podía encubrir la tristeza profunda que

lo minaba. Hablaba poco, se reconcentraba, encerrábase en su casa, á leer. Otras veces recibía y entonces conversaba y se reía mucho, con estrépito y afectacion. Lo oprimían dos cosas,—la ambicion, que dejara con las alas rotas una preocupacion, y luego la duda, y talvez el arrepentimiento,—pero un arrepentimiento, que triunfaría otra vez, si se repitiese la hipótesis, porque el fondo supersticioso existía. Dudaba de la supersticion, sin llegar á rechazarla. Esa persistencia de un sentimiento que repugna al propio individuo, es un fenómeno digno de alguna atencion. Pero yo prefería la pura ingenuidad de doña Plácida, cuando confesaba no poder ver un zapato dado vuelta con la suela para arriba.

—Que significa eso? le preguntaba yo.

—Trae desgracia, era su respuesta.

Esta solamente, esta única respuesta, que valía para ella lo que el libro de los siete sellos. Trae desgracia. Le dijeron eso cuando niña sin más explicacion, y ella se contentaba con la certidumbre del daño. No acontecía lo mismo cuando se trataba de apuntar una estrella con el dedo; entonces sabía perfectamente que en ese caso salía una verruga.

O verruga ú otra cosa, qué importaba eso para quien pierde una presidencia de provincia? Se tolera una supersticion gratuita ó barata; es insoportable la que se lleva una parte de la vida. Este era el caso de Lobo Neves con el agregado de la duda y del terror de haber sido ridículo. Y este otro agregado, que el ministro no dió crédito á los motivos particulares; atribuyó la negativa de Lobo Neves á manejos políticos, ilusion complicada por alguna apariencia; lo trató mal, comunicó la desconfianza á los colegas, sobrevinieron incidentes; en fin, con el tiempo, el presidente resignatario pasó á la oposicion.

CAPÍTULO LXXXV

La cima de la montaña

El que escapa á un peligro ama la vida con mayor intensidad. Me puse á amar á Virgilia con mucho más ardor, despues que estuve á pique de perderla, y lo mismo le sucedió á ella. Así que la presidencia no hizo más que avivar la afeccion primitiva; fué la droga con que hicimos más sabroso nuestro amor, y más apreciado tambien. En los primeros días, despues de aquel incidente, gustábamos imaginar el dolor de la separacion, si hubiese separacion, la tristeza del uno y del otro, á medida que el mar como una sábana elástica, se fuese dilatando entre nosotros; y, como los niños, que se refugian en el regazo de la madre, para huir á una simple careta, huíamos del supuesto peligro, estrechándonos entre los brazos.

—Mi linda Virgilia!

—Mi amor!

—Tu eres mía, no es cierto?

—Tuya, tuya....

Y así reanudábamos el hilo de la aventura, como la sultana Scheherazade el de sus cuentos. Ese fué, creo yo, el punto álgido de nuestro amor, la cima de la montaña, donde por algun tiempo divisamos los valles del Este y del Oeste, y encima de nosotros el cielo tranquilo y azul. Pasado ese momento, empezamos á descender la ladera, con las manos tomadas ó sueltas, pero descendiendo, descendiendo.

CAPÍTULO LXXXVI

El misterio

Sierra abajo, como yo la notase algo distinta, no se si abatida ú otra cosa, le pregunté que tenía; calló, hizo un gesto de fastidio, de malestar, de fatiga; me enojé, ella me dijo que... Un fluido sutil recorrió todo mi cuerpo: sensacion fuerte, rápida, singular, que no llegaré jamás á fijar en el papel. La tomé de las manos, la atraje suavemente hacia mí, la besé en la cabeza con una delicadeza de céfiro y una gravedad de Abrahan. Ella se estremeció, me tomó la cabeza entre las manos, me miró en los ojos, despues me envolvió en un gesto maternal... He aquí un misterio; dejemos al lector el tiempo de descifrar este misterio.

CAPÍTULO LXXXVII

Geologia

Sucedió por ese tiempo un desastre: la muerte de Viegas. Viegas pasó de so-

peton, con sus setenta años, sofocados de asma, descoyuntados de reumatismo, y una lesion del corazon por añadidura. Fué uno de los finos espías de nuestra aventura. Virgilia tenía grandes esperanzas de que aquel viejo pariente, avaro como un sepulcro, le asegurase el porvenir del hijo con un legado; y, si el marido tenía iguales pensamientos, los encubría ó los estrangulaba. Todo debe decirse: había en Lobo Neves cierta dignidad fundamental, una capa de roca, que resistía al comercio de los hombres. Las otras, las camadas de encima, tierra suelta y arena, se las llevó la vida, que es un chubasco perpétuo. Si el lector recuerda todavía el capítulo XXIII, observará que esta es la segunda vez que yo comparo la vida con un chubasco; pero tambien ha de observar que esta vez le agrego un adjetivo—perpétuo. Y Dios sabe la fuerza de un adjetivo, principalmente en países nuevos y cálidos.

Lo que es nuevo en este libro es la geología moral de Lobo Neves, y probablemente la del caballero, que me está leyendo. Sí, esas capas de carácter, que la vida altera, conserva ó disuelve, conforme á la resistencia de ellas, esas capas merecían un capítulo, que yo no escribo, por no alargar la narracion. Digo á penas que el hombre más probo que conocí en mi vida fué un cierto Jacob Medeiros ó Jacob Valladares, no me acuerdo bien el apellido. Talvez fuese Jacob Rodrígues; en suma, Jacob. Era la probidad en persona; podía haber sido rico, violentando un pequeño escrúpulo, y no quiso; dejó que se le fueran de las manos la friolera de unos cuatrocientos contos; era de una probidad tan ejemplar, que llegaba á ser prolija y fastidiosa. Un día, como nos halláramos solos en su casa, hablando amablemente, vinieron á decirle que lo buscaba el doctor B., un sujeto aburrido. Jacob le mandó decir que no estaba.

—No pasa, gritó una voz en el corredor, ya estoy adentro.

Y, en efecto, era el doctor B., que apareció luego en la puerta de la sala. Jacob fué á recibirlo, afirmándole que creía que era otra persona, y no él, agregando que le causaba mucho placer la visita, lo que nos proporcionó hora y media de fastidio mortal, y esto mismo por que Jacob sacó el reloj; el doctor B. le preguntó entonces si tenía que salir.

—Con mi mujer, dijo Jacob.

Se retiró el doctor B. y respiramos. Una vez que respiramos, le dije á Jacob que acababa de mentir cuatro veces, en menos de dos horas: la primera, negándose; la segunda, alegrándose con la presencia del inoportuno; la tercera, diciendo que iba á salir; la cuarta, agregando que con su mujer. Jacob reflexionó un instante, despues confesó la exactitud de mi observacion, pero se disculpó diciendo que la veracidad absoluta es incompatible con un estado social adelantado, y que la paz de las ciudades sólo se puede obtener á costa de recíprocas engañifas... Ah! ahora me acuerdo: se llamaba Jacob Tavares.

CAPÍTULO LXXXVIII

El enfermo

No hay para que decir que refuté tan perniciosa doctrina, con los más elementales argumentos; pero él estaba tan mortificado por mi observacion que resistió hasta el fin, mostrando cierto calor ficticio, talvez para aturdir la conciencia.

El caso de Virgilia era algo más grave. Ella era menos escrupulosa que el marido: manifestaba claramente las esperanzas que fundaba en el legado, colmaba al pariente de cortesías, atenciones y afanes que tendrían que merecer por lo menos un codicilo. En realidad, lo adulaba; pero yo observé que la adulacion de las mujeres no es lo mismo que la de los hombres. Esta cae en el servilismo, aquella se confunde con el afecto. Las formas graciosamente curvas, la palabra dulce, la misma debilidad física dan á la accion lisonjera de la mujer, un color local, un aspecto legítimo. No importa la edad del adulado; la mujer ha de tener siempre para con él un aire de madre ó de hermana,— ó hasta de enfermera, otro oficio femenino, en el cual el más hábil de los hombres carecerá siempre de un quid, de un fluído, de alguna cosa.

Era esto lo que yo pensaba, cuando Virgilia se deshacía toda en atenciones

con el viejo pariente. Lo iba á recibir á la puerta, hablando y riendo, le tomaba el sombrero y el baston, le daba el brazo y lo conducía á la silla, porque en la casa existía la «silla de Viegas», mueble especial, acolchada, hecha para gente enferma ó anciana. Iba á cerrar la ventana próxima, si había algun viento, ó á abrirla si hacía calor, pero con cuidado, combinando las cosas de modo que no le diera un golpe de aire.

—Qué tal? hoy está más fuertecito...

—Qué! He pasado muy mala noche; el diablo del asma no me deja.

Y resollaba el hombre, reposando poco á poco del cansancio de la entrada y de la subida, no del camino, porque siempre iba en coche. Al cabo, un poco más afuera, se sentaba Virgilia, en un banquito, con las manos en las rodillas del enfermo. Entre tanto, ñoñó entraba á la sala, sin los saltos de costumbre, pero discreto, amable, serio. Viegas lo quería mucho.

—Ven acá, ñoñó, le decía; y con dificultad introducía la mano en la amplia faltriquera, sacaba una cajita de pastillas, se metía una en la boca y daba otra al pequeño. Pastillas antiasmáticas. El chiquillo dcia que eran muy ricas.

Esto se repetía con variantes. Como á Viegas le gustaba jugar á las damas, Virgilia le satisfacía el deseo, acompañándolo por largo rato á mover las piezas, con mano tarda y floja. Otras veces, descendía á pasear por la quinta, dándole ella el brazo, que él no siempre aceptaba, por decirse fuerte y capaz de andar una legua. Caminaban, se sentaban, volvían á caminar, á hablar de cosas varias, ora de un negocio de familia, ora de un adorno de sala, ora por fin de una casa que él pensaba construir, para residencia propia, casa de construccion moderna, porque la suya era de las antiguas, contemporánea del rey Don Juan VI, parecida á algunas que existen todavía hoy (creo yo) en el barrio de San Cristóbal, con sus gruesas columnas en el frente. Parecíale que el caseron en que vivía podía ser sustituido, y ya había encargado el plano á un constructor de fama. Ah!. entonces sí, entonces es que Virgilia podría ver lo que era un viejo de buen gusto.

Hablaba, como es de suponer, lentamente y con dificultad, intercalando un cabeceo incómodo para él y para los demás. De cuando en cuando, tenía un acceso de tos; encorvado, gimiendo, llevaba el pañuelo á la boca, y lo investigaba; pasado el acceso, volvía al plano de la casa, que debía tener tales y cuales cuartos, una terraza, cochera, un primor.

CAPÍTULO LXXXIX

In extremis

—Mañana voy á pasar el día en casa de Viegas, me dijo ella una vez. Pobrecito! no tiene á nadie...

Viegas había caído en cama definitivamente; la hija, casada, enfermara justamente entonces, y no podía hacerle compañía. Virgilia iba allá de cuando en cuando. Yo aproveché la circunstancia para pasar todo aquel día al lado de ella. Eran las dos de la tarde cuando llegué. Viegas tosía con tal fuerza que me hacía arder el pecho; en el intervalo de los accesos discutía el precio de una casa, con un sujeto flaco. El sujeto ofrecía treinta contos. Viegas exigía cuarenta. El comprador instaba como quien recela perder el tren, pero Viegas no cedía; rechazó primero los treinta contos, despues dos más, despues tres más, en fin, tuvo un fuerte acceso, que le quitó la palabra durante quince minutos. El comprador le hizo muchos arrumacos, le arregló las almohadas, le ofreció treinta y seis contos.

—Nunca! gimió el enfermo.

Mandó buscar un legajo de papeles á su escritorio; no teniendo fuerzas para quitar el elástico que apretaba los papeles, me pidió que los desfajase: lo hice. Eran las cuentas de los gastos de la construccion de la casa: cuentas del albañil, del carpintero, del pintor; cuenta del papel de la sala, del comedor, de los dormitorios, de los gabinetes; cuentas de los herrages; costo del terreno. El las abría una por una, con la mano trémula, me pedía que las leyese, y yo las leía.

—Ve.; mil doscientos, papel de mil doscientos la pieza. Persianas france-

sas... Vea, es debalde, concluyó despues de leída la última cuenta.

—Está bien... pero....

—Cuarenta contos; no la doy por menos. Solo los intereses... saque la cuenta de los intereses... Salían tosidas estas palabras, á arcadas, á sílabas, como si fuesen migajas de un pulmon deshecho. En las órbitas profundas giraban los ojos llameantes, que me hacían la impresion de lamparillas vistas de madrugada. Bajo la sábana se dibujaba la estructura osea del cuerpo, puntiagudo en dos sitios, en las rodillas y en los pies; la piel amarilla, floja, rugosa, revestia á penas la calavera con un rostro sin expresion; una caperuza de algodon blanco le cubría el cráneo, rapado por el tiempo.

—Entonces? dijo el sujeto flaco.

Hícele una seña para que no insistiese, y él callóse por algunos instantes. El paciente fijó la mirada en el techo, callado, con mucha opresion: Virgilia palideció, levantóse, fué hasta la ventana. Sospechó la muerte y tuvo miedo. Yo traté de hablar de otras cosas. El sujeto flaco contó una anécdota, y volvió á tratar de la casa, mejorando la propuesta.

—Treinta y ocho contos, dijo.

—Am?... gimió el enfermo.

El sujeto flaco se aproximó á la cama, le tomó la mano y la sintió fría. Yo me acerqué al enfermo, le pregunté si sentía algo, si quería tomar una copa de vino.

—No... no... cuar... cuaren... cuar... cuar...

Tuvo un acceso de tos, y fué el último; de allí á poco expiró, con gran consternacion del sujeto flaco, que confesó despues la disposicion en que estaba de ofrecer los cuarenta contos; pero era tarde.

CAPÍTULO XC

El viejo coloquio de Adan y Caín

Nada. Ningun recuerdo testamentario, una pastilla que fuera, para que en todo y por todo no apareciese como un ingrato ú olvidadizo. Nada. Virgilia se tragó con rabia aquel chasco, y me lo dijo con cierta cautela, no por la cosa en sí, pero por que ella se refería al hijo, de quien sabía que yo no gustaba ni poco ni mucho. Le insinué que no debía pensar más en aquello. Lo mejor de todo era olvidar el difunto, un pateta, un ruin sin nombre, y tratar de cosas alegres; nuestro hijo por ejemplo...

Se me escapó la descifracion del misterio, aquel dulce misterio de algunas semanas antes, cuando Virgilia me pareciera algo diferente de lo que era. Un hijo! Un ser nacido de mi ser! Esta era mi exclusiva preocupacion en aquel tiempo. Ojos del mundo, celos del marido, muerte de Viegas, nada me interesaba por aquel entonces, ni conflictos políticos, ni revoluciones, ni terremotos, ni nada. Yo solo pensaba en aquel embrion anónimo, de obscura paternidad, y una voz secreta me decía: es tu hijo. Mi hijo! Y repetía estas dos palabras, con cierta voluptuosidad indefinible, y no sé qué asomos de orgullo. Me sentía hombre.

Lo mejor es que conversábamos los dos, el embrion y yo, hablábamos de cosas presentes y futuras. El tunante me quería, era un diablillo gracioso, me daba palmaditas en la cara, con las manecitas gordas, ó disputaba una beca de bachiller, porque había de ser bachiller, y pronunciaba un discurso en la cámara de diputados. Y el padre le oía desde una tribuna, con los ojos arrasados de lágrimas. De bachiller pasaba otra vez á la escuela, pequeñito, con la pizarra y los libros debajo del brazo, ó si no caía en la cuna para erguirse de nuevo hombre. En vano trataba de fijar en el espíritu una edad, una actitud: aquel embrion tenía ante mis ojos todos los tamaños y todos los gestos: mamaba, escribía, bailaba, era lo interminable en un cuarto de hora,—«baby» y diputado, colegial y mozalvete. A veces, al lado de Virgilia me olvidaba de ella y de todo; Virgilia me sacudía, me reprochaba el silencio; decía que yo ya no la quería nada. La verdad es que estaba dialogando con el embrion; era el viejo coloquio de Adan y Caín, una conversacion sin palabras entre la vida y la vida, el misterio y el misterio.

CAPÍTULO XCI

Una carta extraordinaria

Por ese tiempo recibí una carta extraordinaria, acompañada de un objeto no menos extraordinario. He aquí lo que decía la carta:

«Mi querido Blas Cubas:

«Hace tiempo, en el Paseo Público le tomé en préstamo el reloj. Tengo la satisfaccion de restituírselo con esta carta. La diferencia está en que no es el mismo, pero es otro, no diré superior, pero sí igual al primero.

«Que voulez-vous, monseigneur», —como decía Fígaro,—«c'est la misere». Muchas cosas han sucedido despues de nuestro encuentro; iré á contárselas menudamente, si no me cierra su puerta. Sépase que ya no uso aquellas botas caducas, ni enarbolo aquella levita cuyos faldones se perdían en la noche de los tiempos. He cedido mi escalon en las gradas de San Francisco; finalmente, almuerzo.

«Dicho esto, pídole permiso para ir un día de estos á exponerle un trabajo, fruto de largo estudio, un nuevo sistema de filosofía, que no solo explica y describe el origen y la consumacion de las cosas, sino que se adelanta mucho á Zeñon y á Séneca, cuyo estoicismo era un juego de niños al lado de mi receta moral. Es singularmente maravilloso este mi sistema; rectifica el espíritu humano, suprime el dolor, asegura la felicidad y llena de inmensa gloria á nuestro país. Llámolo Humanitismo, de «Humanitas», principio de las cosas. Mi primer idea revelaba una gran infatuacion; era llamarlo borbismo, de Borba; denominacion vanidosa, además de áspera y molesta. Y con seguridad expresaba menos. Ya verá, mi querido Blas Cubas, ya verá que es un monumento; y si alguna cosa hay que pueda hacerme olvidar las amarguras de la vida, es el gusto de haber encontrado al fin la verdad y la felicidad. Hélas en mis manos á esas dos esquivas; despues de tantos siglos de luchas, investigaciones, descubrimientos, sistemas y caídas, hélas en las manos del hombre. Hasta pronto, mi querido Blas Cubas. Memorias de su

viejo amigo

Joaquin Borba dos Santos.»

Leí esta carta sin entenderla. Venía con ella una cajita conteniendo un bonito reloj con mis iniciales grabadas: «Recuerdo del viejo Quincas». Volví á la carta, la releí con calma, con atencion. La restitucion del reloj excluía toda idea de burla; la lucidez, la serenidad, la conviccion,—algo jactanciosa es cierto—parecían excluir la sospecha de la insensatez. Naturalmente Quincas Borba había heredado de alguno de sus parientes de Minas, y la holgura le había devuelto la primitiva dignidad. No diré tanto; hay cosas que no se pueden recuperar íntegramente; pero en fin, la regeneracion no era imposible. Guardé la carta y el reloj y quedé á espera de la filosofía.

CAPÍTULO XCII

Un hombre extraordinario

Aquí voy á concluir con las cosas extraordinarias. Acababa de guardar las cartas y el reloj, cuando estuvo á buscarme un hombre flaco y mediano, con una carta de Cotrim invitándome para comer. El portador era casado con una hermana de Cotrim, había llegado hacia pocos días del norte, llamábase Damasceno, é hiciera la revolucion de 1831. Fué él mismo quien me dijo todo esto, en el espacio de cinco minutos. Había salido de Río de Janeiro porque está en desacuerdo con el Regente, que era un asno, poco menos asno que los ministros que servían con él. Por otra parte, la revolucion estaba otra vez en puertas. En este punto, aunque tuviese las ideas políticas un poco barajadas, conseguí organizar y formular el gobierno de sus preferencias: era un despotismo templado,—no por canciones como dicen por ahí,—pero, por penachos de la guardia nacional. Lo que no pude entender es si quería el despotismo de uno, de tres, de treinta ó de trescientos. Estaba entre

otras cosas por el desarrollo del tráfico de los africanos, y la expulsion de los ingleses. Le gustaba mucho el teatro; luego que llegara fué al teatro de San Pedro, donde vió un drama soberbio, «María Juana», y una comedia muy interesante, «Kettly, ó una gira por Suiza». Tambien le gustara mucho la Deperini, en «Sapho» ó en «Anna Bolena», no se acordaba bien. Pero la Candiani! sí, señor, era papa fina. Ahora quería ver á «Ernani», que su hija cantaba en la casa, al piano: «Ernani, Ernani, involami...» —Y decía esto levantándose y canturreando á media voz.—En el norte esas cosas llegaban como un eco. La hija se moría por oir todas las óperas. Tenía una voz muy agradable la hija. Y gusto, mucho gusto. Ah! él estaba ansioso por volver á Río de Janeiro. Ya había recorrido la ciudad toda, con unas «saudades»... Palabra, en algunos sitios había sentido ganas de llorar. Pero no volvería á embarcarse. Se había mareado mucho á bordo, como todos los demás pasajeros, excepto un inglés... Que se los llevara el diablo á todos los ingleses! Esto no podía marchar bien hasta que á todos ellos no les largáramos barra afuera. Que podría hacernos la Inglaterra? Si él encontrara algunas personas de buena voluntad, era obra de una noche la expulsion de los tales «godemes»... Gracias á Dios, tenía patriotismo,—y se golpeaba el pecho,—lo que no era extraño porque eso era de familia; descendía de un antiguo capitán mayor muy patriota. Sí, no era ningun pata pelada. Que llegara la ocasion, y había de demostrar de que palo era la canoa... Pero se hacía tarde, iba á decir que yo no faltaría á la comida, y allá me esperaba para poder charlar. Lo acompañé hasta la puerta de la sala; allí se detuvo diciéndome que simpatizaba mucho conmigo. Cuando se casó yo estaba en Europa. Había conocido á mi padre, un hombre á las derechas, con quien se encontrara en un célebre baile de la Playa Grande... Cosas!... Cosas! Hablaría despues, se hacía tarde, tenía que llevar la respuesta á Cotrim. Salió; le cerré la puerta...

CAPÍTULO XCIII

La comida

Que suplicio la tal comida! Felizmente, Sabina me hizo sentar al lado de la hija de Damasceno, una doña Eulalia, ó más familiarmente Ña-loló, joven graciosa, un tanto tímida al principio, pero solo al principio. Carecía de elegancia, pero la compensaba con los ojos, que eran soberbios y solo tenían el defecto de no apartarse de mí, excepto cuando miraban al plato; pero Ña-loló comía tan poco que casi no miraba el plato. Por la noche cantó; la voz era como decía el padre muy agradable. No obstante me esquivé. Sabina me acompañó hasta la puerta, y me preguntó que tal me parecía la hija de Damasceno.

—Así, así.

—Muy simpática, no? agregó ella, le falta un poco más de corte. Pero que corazon! es una perla. Que buena novia sería para ti.

—No me gustan las perlas.

—Qué terco! Hasta cuando vas á esperar? para cuando te estés cayendo de maduro, ya sé. Pues, quieras que no, te has de casar con Ña-loló.

Y decía esto dándome golpecitos en la cara con los dedos, suave como una paloma, y al mismo tiempo imperativa y resuelta. Dios mío! sería aquel el motivo de la reconciliacion? Quedé un poco desconsolado con la idea, pero una voz misteriosa me llamaba á casa de Lobo Neves; dije adios á Sabina y á sus amenazas.

CAPÍTULO XCIV

La causa secreta

—Como está la querida mamá?

Al oir estas palabras, Virgilia se enfadó, como siempre. Estaba en el marco de la ventana, solita, mirando para la luna, y me recibió alegremente; pero cuando le hablé de nuestro hijo se fastidió. No le gustaba semejante alusion, la fastidiaban mis anticipadas caricias paternales. Yo, para quien era ella ya una persona sagrada, un vaso sagrado, la dejaba estar quieta. Supuse al principio

cipio que el embrion, aquel perfil de lo desconocido, proyectándose en nuestra aventura, le había restituido la conciencia del mal. Me engañaba. Nunca Virgilia me había parecido más expansiva, más sin reservas, menos preocupada de los demás y del marido. No eran remordimientos. Imaginé tambien que la concepcion sería un puro invento, un modo de ligarme á ella, recurso sin larga eficacia, que tal vez comenzaba á incomodarla. No era absurda esta hipotesis; mi dulce Virgilia mentía á veces con tanta gracia!

En aquella noche descubrí la causa verdadera. Era el miedo del parto y de las molestias de la gravidez. Había padecido mucho cuando tuvo el primer hijo; y esa hora, hecha de minutos de vida y de minutos de muerte, le daba ya imaginariamente los escalofrios del patíbulo. En cuanto á la molestia, se complicaba con la privacion de ciertos hábitos de vida elegante. Con certeza, era eso; se lo dí á entender, reprendiéndola, invocando hasta cierto punto mis derechos de padre. Virgilia me miró fijamente; en seguida desvió los ojos y sonrió con aire incrédulo.

CAPÍTULO XCV

Flores de antaño

Donde estarán las flores de antaño? Una tarde, despues de algunas semanas de gestacion, se desmoronó todo el edificio de mis quimeras paternales. Marchose el embrion en ese punto en que no se distingue á Laplace de una tortuga. Supe la noticia por boca de Lobo Neves, que me dejó en la sala, y acompañó al médico á la alcoba de la frustrada madre. Yo me acerqué á la ventana, y miré para la chacra, donde verdegueaban los naranjos sin flores. Donde estarán las flores de antaño?

CAPÍTULO XCVI

La carta anónima

Sentí que me tocaban en el hombro; era Lobo Neves. Nos miramos cara á cara algunos instantes, mudos, inconsolables. Pregunté por Virgilia, despues nos quedamos conversando una media hora. Al cabo de ese tiempo, vinieron á traerle una carta; la leyó, palideció mucho y la guardó con mano trémula. Creo que le ví hacer un gesto, como si fuera á abalanzarse sobre mí; pero no recuerdo bien. Lo que recuerdo claramente es que los días siguientes me recibió frío y taciturno. Por fin, Virgilia me contó todo, días despues en la Gamboa.

El marido le mostró la carta, luego que ella se restableció. Era anónima y nos denunciaba. No decía todo; no hablaba, por ejemplo, de nuestras entrevistas externas; se limitaba á precaverlo contra mi intimidad, y agregaba que la sospecha era pública. Virgilia leyó la carta y dijo con indignacion que era una calumnia infame.

—Calumnia? preguntó Lobo Neves.

—Infame.

El marido respiró; pero, volviendo á leer la carta, parecía que cada palabra de aquella le hiciera con el dedo una señal negativa, cada letra gritaba contra la indignacion de la mujer. Aquel hombre, por otra parte intrépido, era en aquel instante la más frágil de las criaturas. Talvez la imaginacion le mostró, á lo lejos, el famoso ojo de la opinion, mirándolo sarcásticamente, con un aire de burla; talvez una boca invisible le repitió al oido las burlas que él oyera ó dijera en otros tiempos. Instó á la mujer á que le confesara todo, porque todo le perdonaría. Virgilia comprendió que estaba salvada; se mostró irritada con la insistencia, juró que jamás me había oido sino palabras de broma y cortesía. La carta había de ser de algun enamorado sin ventura. Y citó algunos—uno que la galanteara francamente, durante tres semanas, otro que le escribiera una carta, y todavía otros y otros. Los citaba por el nombre, con circunstancias, estudiando los ojos del marido, y concluyó diciendo que, para no dar margen á la calumnia, me trataría de manera que yo no volviese allí.

Oí todo esto algo turbado, no por el aumento de disimulo que tendría que emplear en adelante, hasta apartarme enteramente de la casa de Lobo Neves, pero si por la tranquilidad moral de Virgilia, por la falta de conmocion, de susto, de «saudades», y hasta de remordi-

mientos. Virgilia notó mi preocupacion, me hizo levantar la cabeza, porque yo estaba mirando el suelo, y me dijo con cierta amargura:

—Usted no merece los sacrificios que le hago.

No le dije nada; era ocioso decirle que un poco de desesperacion y de terror le daría á nuestra situacion el sabor cáustico de los primeros días; pero si se lo hubiese dicho no es difícil que hubiese llegado lenta y artificiosamente hasta ese poco de desesperacion y de terror. No le dije nada. Ella golpeaba nerviosamente el piso con la punta del pié; me aproximé y la besé en la cabeza. Virgilia retrocedió, como si fuera un beso de difunto.

CAPÍTULO XCVII

Entre la boca y la cabeza

Siento que el lector se ha extremecido,—ó que debió extremecerse. Naturalmente, la última palabra le sugirió tres ó cuatro reflexiones. Vean bien el cuadro: en una casita de la Gamboa, dos personas que se aman hace mucho tiempo, inclinada la una sobre la otra, dándole un beso en la cabeza, y la otra retrocediendo, como si sintiera el contacto de la boca de un cadáver. Hay ahí un breve intervalo entre la boca y la cabeza, antes del beso y despues del beso, hay ahí largo espacio para mucha cosa,—la contraccion de un remordimiento—la arruga de la descomfianza,—ó en fin la nariz pálida y soñolienta de la saciedad......

CAPÍTULO XCVIII

Suprimido

Nos separamos alegremente. Comí reconciliado con la situacion. La carta anónima le devolvía á nuestra aventura la sal del misterio y la pimienta del peligro; y por fin, fué muy bueno que Virgilia no perdiera en aquella crisis la posesion de sí misma. De noche fuí al teatro de San Pedro, se representaba una gran pieza en que Estella arrancaba lágrimas. Entro; recorro los palcos con la vista; veo, en uno de ellos á Damasceno con su familia. Vestía la hija con otra elegancia y cierto lujo, cosa difícil de explicar porque el padre ganaba apenas lo necesario para endeudarse; y de ahí, tal vez fuese por eso mismo.

En el entreacto fuí á visitarlos. Damasceno me recibió con muchas palabras, la mujer con muchas sonrisas. En cuanto á Ña-loló, no me quitó los ojos de encima. Me parecía ahora más bonita que el día de la comida. Le hallé cierta suavidad etérea unida á la finura de las formas terrenas;—expresion vaga, y condigna de un capítulo en que todo ha de ser vago. Realmente, no se como decirles que no me sentí mal al lado de aquella joven, que vestía gallardamente un traje fino, un traje que me daba deseos de Tartuffo. Al contemplarlo, cubriendo casta y redondamente la rodilla, fué que hice un descubrimiento sutil, á saber, que la naturaleza previó la vestidura humana, condicion necesaria al desenvolvimiento de nuestra especie. La desnudez habitual, dada la multiplicidad de las tareas y de los cuidados del individuo, tendería á embotar los sentidos y á retardar los sexos, al paso que el vestuario, velando la naturaleza, aguza y atrae las voluntades, las activa, las reproduce y de consiguiente hace marchar la civilizacion. Bendito sea el uso que nos ha proporcionado á «Othello» y los paquetes trasatlánticos!

Estoy con ganas de suprimir este capítulo. El declive es peligroso. Pero en fin, yo escribo mis memorias y no las tuyas, lector pacato. Al lado de la graciosa doncella sentíame presa de una sensacion doble é indefinible. Ella expresaba enteramente la dualidad de Pascal. «l'ange et la bête», con la diferencia que el jansenista no admitía la simultaneidad de las dos naturalezas, al paso que allí estaban bien juntitas,—«l'ange», que decía algunas cosas del cielo,—y «la bête», que... No, decididamente suprimo este capítulo.

CAPÍTULO XCIX

En la platea

En la platea hallé á Lobo Neves, conversando con algunos amigos; hablamos al pasar, en frío, cohibidos el uno y el otro. Pero en el entreacto siguiente,

cuando iba á levantarse el telon, nos encontramos en uno de los corredores, en el que no había nadie. Se me aproximó, con mucha afabilidad y risa, me empujó hacía una de las ventanillas del teatro, y hablamos largo, principalmente él, que parecía el más tranquilo de los hombres. Llegué á preguntarle por la mujer; me respondió que estaba buena, pero torció luego la conversacion hacia asuntos generales, expansivo, casi risueño. Adivine el que quiera la causa de la diferencia; yo le huyo á Damasceno que me está esperando en la puerta del palco.

No oí nada del acto siguiente, ni las palabras de los actores, ni los aplausos del público. Reclinado en la butaca, reconstituía en la memoria á retazos la conversacion de Lobo Neves, reproducía sus maneras, y concluía que era mucho mejor la nueva situacion. Nos bastaba la Gamboa. La frecuentacion de la otra casa aguzaría las envidias. Rigurosamente podíamos dispensarnos de hablarnos todos los días; hasta era mejor, hacía intervenir á la «saudade» en nuestros amores. Por otra parte, yo había pisado los cuarenta, y no era nada, ni siquiera simple elector de la parroquia. Urgía que hiciese algo, hasta por amor de Virgilia, que había de ufanarse cuando viese lucir mi nombre... Creo que en ese momento hubo grandes aplausos, pero no lo juro; yo pensaba en otra cosa.

Multitud, cuyo amor codicié hasta la muerte, era así como yo me vengaba á veces de tí; dejaba rumorear alrededor mío á la gente humana, sin oirla, como hacía el Prometeo de Esquilo con sus verdugos. Ah! tu contabas con encadenarme á la roca de tu frivolidad, de tu indiferencia, de tu agitacion? Frágiles cadenas, amiga mía; yo las rompía con un gesto de Gulliver. Cosa vulgar es ir á meditar al yermo. Lo voluptuoso, lo raro, es aislarse el hombre en medio de un mar de gestos y palabras, de nervios y pasiones, decretarse alejado, inaccesible, ausente. Lo más que pueden decir, cuando torna en sí, — esto es, cuando vuelve á los demás,—es que baja del mundo de la luna; pero el mundo de la luna, ese desvan luminoso y recatado del cerebro, que otra cosa es sino la afirmacion desdeñosa de nuestra libertad espiritual? Vive Dios! he aquí un buen final de capítulo.

CAPÍTULO C

El caso probable

Si este mundo no fuese una region de espíritus distraidos, sería escusado recordar al lector que yo sólo afirmo ciertas leyes, cuando las domino de veras; pues en cuanto á otras me limito á la admision de la probabilidad. Un ejemplo de la segunda clase lo constituye este capítulo, cuya lectura recomiendo á todas las personas que aman el estudio de los fenómenos sociales. Segun parece, y no es improbable, existe entre los hechos de la vida pública y los de la vida privada una cierta accion recíproca, regular y talvez periódica,—ó, para usar una imágen, hay alguna cosa semejante á las mareas de la playa del Flamenco y de otras igualmente agitadas.

En efecto, cuando la ola embiste la playa extiéndese muchos metros adentro; pero esa misma agua vuelve al mar con variable fuerza, y vá á engrosar la ola que ha de venir y ha de volver como la primera. Esta es la imagen; veamos la aplicacion.

Dejé dicho en otra página que Lobo Neves, nombrado presidente de provincia, rechazó el nombramiento á causa de la fecha del decreto, que era 13; acto grave, cuya consecuencia fué apartar del ministerio al marido de Virgilia.

Así, el caso particular de la aprension á un número produjo el fenómeno de la disidencia política. Queda por ver como tiempos despues, un acto político determinó en la vida una cesacion de movimiento. No conviniendo al método de este libro descubrir inmediatamente ese otro fenómeno, me limito á decir por ahora que Lobo Neves, cuatro jueves despues de nuestro encuentro en el teatro, se reconcilió con el ministerio, hecho que el lector no debe perder de vista, si quiere penetrar la sutileza de mi pensamiento.

CAPÍTULO CI

La revolucion dálmata

Fué Virgilia quien me dió noticia de la voltereta política del marido, cierta mañana de Octubre, entre las once y medio día; me habló de reuniones, de entrevistas, de un discurso...

—De modo que tal vez llegue usted á baronesa, la interrumpí yo.

Ella estiró los ángulos de la boca, y movió la cabeza á un lado y otro; pero ese gesto de indiferencia era desmentido por algo menos definible, menos claro, una expresion de placer y esperanza. No se porque, se me ocurrió que la carta imperial del nombramiento podía atraerla á la virtud, no digo por la virtud en sí misma, pero por gratitud al marido. Porque ella amaba cordialmente la nobleza. Uno de los mayores disgustos de nuestra vida fué la aparicion de cierto personaje de legacion,—de la legacion de Dalmacia, supongamos, — el conde B. V., que le hizo la corte durante tres meses. Aquel hombre, verdadero hidalgo de raza, trastornaba un poco la cabeza de Virgilia que, aparte de lo dicho, tenía vocacion por la diplomacia. No llego á imaginar lo que sería de mí si no revienta en Dalmacia una revolucion, que derrocó el gobierno y purificó las embajadas. Fué sangrienta la revolucion, dolorosa, formidable; los diarios, á cada paquete que llegaba de Europa, transcribían los horrores, medían la sangre, contaban las cabezas, todo el mundo gemía de indignacion y piedad... yo no, yo bendecía interiormente aquella tragedia, que me sacara un guijarro del zapato. Y después, la Dalmacia quedaba tan lejos.

CAPÍTULO CII

De reposo

Pero este mismo hombre, que se alegró con la partida del otro, realizó de allí á algún tiempo... No, no he de contarlo en esta pájina, quede este capítulo para descanso de mi disgusto. Una accion grosera, baja, sin explicacion posible... Lo repito, no contaré el caso en esta página.

CAPÍTULO CIII

Distraccion

—No, señor doctor; esto no se hace. Perdóneme, esto no se hace.

Tenía razon Doña Plácida. Ningun caballero llega con una hora de retardo al lugar en que le espera su dama. Entré sin aliento; Virgilia se había marchado. Doña Plácida me contó que ella me esperara mucho, que se enojara, que llorara, que jurara condenarme al desprecio, y otras cosas más que nuestra casera decía con lágrimas en la voz, pidiéndome que no abandonara á Yayá, que era ser muy injusto con una mujer, que me había sacrificado todo. Le expliqué entonces que un error... Y no había tal; creo que fué simple distraccion. Un dicho, una conversacion, una anécdota, cualquier cosa; simple distraccion.

Pobre doña Plácida. Estaba aflijida de veras. Iba de un lado para otro, meneando la cabeza, suspirando con estrépito, mirando por el postigo.

Pobre doña Plácida! Con que arte arrebujaba las ropas, refrescaba las faces, calentaba las mañas de nuestro amor! qué imaginacion fértil para tornar las horas más apacibles y breves! Flores, dulces,—los ricos dulces de otros dias,—y mucha risa y muchos cariños, risas y cariños que crecían con el tiempo, como si hubiera querido fijar nuestra aventura, ó restituirle el primer encanto. Nada olvidaba nuestra confidente casera; nada, ni la mentira, porque al uno y al otro nos refería suspiros y «saudades» que no presenciara; nada, ni la calumnia, porque una vez llegó á atribuirme una pasion nueva.

—Usted sabe que yo no puedo gustar de otra mujer, fué mi respuesta, cuando Virgilia me habló de aquéllo. Y esta sola frase, sin ninguna protesta ó amonestacion, disipó la calumnia de doña Plácida, que se puso triste.

—Está bien, díjele despues de un cuarto de hora; Virgilia ha de reconocer que no he tenido culpa alguna... Quiere usted llevarle una carta ahora mismo?

—Qué triste ha de estar, pobrecita! Mire, yo no deseo la muerte de nadie; pero, si el señor doctor algun día se llega

á casar con Yayá, entonces sí que verá que ángel es!

Recuerdo que volví el rostro y fijé los ojos en el suelo. Recomiendo este gesto á las personas que no tuvieran una frase pronta para responder, ó tambien á las que recelan fijar la pupila en otros ojos. En tales casos, algunos prefieren recitar una octava de las «Luisiadas», otros adoptan el recurso de silbar la «Norma»; yo me atengo al gesto indicado; es más simple, exige menos esfuerzos.

Tres días despues, estaba todo explicado. Supongo que Virgilia quedó algo sorprendida, cuando le pedí disculpa por las lágrimas, que derramara en aquella ocasion. No recuerdo si interiormente las atribuí á doña Plácida. En efecto, podía suceder que doña Plácida llorase, al verla disgustada, y, por un fenómeno de la vision, las lágrimas que tenia en los propios ojos le pareciesen caer de los ojos de Virgilia. Fuese como fuese, todo estaba explicado, pero no perdonado, y menos aún olvidado. Virgilia me decia una porcion de cosas duras, me amenazaba con la separacion, por último ponderaba al marido. Aquél sí, era un hombre digno, muy superior á mí, delicado, un primor de cortesia y afecto; eso es lo que ella decia, mientras que yo, sentado, con los codos clavados en las rodillas, miraba hacia el suelo, donde una mosca arrastraba una hormiga que le mordia la pata. Pobre mosca! pobre hormiga!

—Pero usted no dice nada, nada? me preguntó Virgilia, parándose delante de mí.

—Qué he de decir? ya le expliqué todo; usted tiene empeño en enojarse; qué he de hacer? Sabe lo que me parece? Me parece que usted está fastidiada, que se aburre, que quiere acabar...

—¡Justamente!

Fué de allí á ponerse el sombrero, con mano trémula, rabiosa... — Adiós, doña Plácida, gritó desde adentro. Despues fué hasta la puerta, corrió el pasador, iba á salir; la tomé de la cintura.

—Está bueno, está bueno! le dije. Virgilia todavía forcejó por salir. La retuve, le pedí que no se fuese, que olvidase; ella se apartó de la puerta y fué á caer en el canapé. Me senté al lado de ella, le dije muchas cosas cariñosas, otras humildes, otras graciosas. No afirmo que nuestros labios llegaron á la distancia de una hebra de hilo y aun menos; es materia de controversia. Me acuerdo, sí, que en la agitacion se le cayó un pendiente á Virgilia, que yo me incliné á recogerlo, y que la mosca de hace poco se trepó al dige, llevando siempre á la hormiga en la pata. Entonces yo, con la delicadeza nativa de un hombre de nuestro siglo, puse en la palma de la mano aquella pareja de mortificados; calculé toda la distancia que mediaba entre mi mano y el planeta Saturno, y me pregunté á mi mismo que interés podía tener un episodio tan ínfimo. Si concluyes de ahí que yo era un bárbaro, te engañas, porque le pedí una horquilla á Virgilia para separar á los dos insectos; pero la mosca sospechó mi intencion, abrió las alas y se marchó. Pobre mosca! pobre hormiga! y Dios vió que esto era bueno como se dice en la Escritura.

CAPÍTULO CIV

Era él

Devolví la horquilla á Virgilia, que la hundió de nuevo entre el cabello, y se preparó para salir. Era tarde; habían dado las tres. Todo estaba olvidado y perdonado. Doña Plácida, que espiaba una ocasion propicia para la salida, cierra bruscamente la ventana y exclama:

—Virgen María Santísima! ahí viene el marido de Yayá!

El momento de terror fué corto, pero completo. Virgilia se puso del color de los encajes del vestido, corrió hasta la puerta de la alcoba; doña Plácida, que cerrara el postigo, quería tambien cerrar la puerta por dentro; yo me dispuse á esperar á Lobo Neves. Ese corto instante pasó. Virgilia volvió en sí, me empujó hacia la alcoba, díjole á doña Plácida que volviera á la ventana; la confidente obedeció.

Era él: doña Plácida le abrió la puerta con muchas exclamaciones de sorpresa:— El señor por aquí! honrando la casa de su vieja! Entre, haga el favor. Adivine quien está aquí... No tiene que adivinar, no vino por otra cosa... Venga, Yayá. Virgilia que estaba en un rincon,

se acercó al marido. Yo espiaba por el agujero de la cerradura. Lobo Neves, entró lentamente, pálido, frío, tranquilo, sin explosion, sin arrebato, y giró una mirada por la sala.

—Qué es esto? exclama Virgilia. Usted por aquí.

—Al pasar ví á doña Plácida en la ventana y vine á saludarla.

—Muchas gracias, exclamó ésta. Y digan que las viejas no sirven para nada... Pues no es nada! Yayá parece estar con celos. Y acariciándola mucho: Este angelito es quien nunca se olvidó de la vieja Plácida. Pobrecita! es la misma cara de la madre... Siéntese, señor doctor...

—No me detengo.

—Usted va para casa? dijo Virgilia. Iremos juntos.

—Voy.

—Deme mi sombrero doña Plácida.

—Aquí está.

Doña Plácida fué á buscar un espejo, lo abrió delante de ella, Virgilia poníase el sombrero, ataba las cintas, arreglaba el cabello, hablándole al marido, que no respondía nada. Nuestra buena vieja charlaba demasiado; era un modo de disimular los temblores del cuerpo. Virgilia, dominado el primer instante, volvió al dominio de sí misma.

—Pronta! dijo. Adios, doña Plácida, no se olvide de ir, ha oido? La otra prometió que sí, y les abrió la puerta.

CAPÍTULO CV

Equivalencia de las ventanas

Doña Plácida cerró la puerta y cayó sentada en una silla. Yo salí inmediatamente de la alcoba, y dí dos pasos para correr á la calle, con el fin de arrancarle mi Virgilia al marido; fué lo que dije, y por fortuna lo dije, porque doña Plácida me detuvo por un brazo. Tiempo hubo en que llegué á sospechar que no dije aquello sino para que ella me detuviese; pero la simple reflexion basta para demostrar que, despues de los diez minutos de la alcoba, el gesto más genuino y cordial no podía ser sino ese. Y esto por aquélla famosa ley de la equivalencia de las ventanas, que tuve la satisfaccion de descubrir y formular, en el capítulo LI. Era preciso aerear la conciencia. La alcoba era una ventana cerrada; yo abrí otra con el ademan de salir, y respiré.

CAPÍTULO CVI

Juego peligroso

Respiré y me senté. Doña Plácida atronaba la sala con exclamaciones y quejas. Yo la oía, sin decirle cosa alguna; reflexionaba si no hubiera sido mejor encerrar á Virgilia en la alcoba y permanecido en la sala, pero advertí que hubiera sido peor, hubiera confirmado la sospecha, puesto fuego á la pólvora, y una escena de sangre... Qué iba á suceder, en casa de Virgilia? La mataría el marido? la maltrataría? la encerraría? la expulsaría? Estas interrogaciones recorrían lentamente mi cerebro, como los puntitos y comas oscuros que recorren el campo visual de los ojos enfermos ó cansados. Iban y venían con su aspecto seco y trájico, y yo no podía asir uno de ellos y decir: eres tú, tú y no otro.

De repente veo un bulto negro; era doña Plácida, que fuera adentro, se pusiera el manto, y venía á ofrecérseme para ir á casa de Lobo Neves. Le hice ver que aquello era arriesgado, porque él desconfiaría de una visita tan inmediata.

—Descuide, me interrumpió ella; ya sabré arreglar las cosas. Si él está en casa no entro.

Salió; yo me quedé rumiando el suceso y sus consecuencias posibles. Al cabo, me pareció que estaba jugando á un juego peligroso, y me preguntaba á mí mismo si no era tiempo de marcharse y desaparecer. Me sentía presa de una «saudade» de casamiento, de un deseo de canalizar la vida. Por qué no? Mi corazon tenía un campo que explorar; no me sentía incapaz de un amor casto, severo y puro. En verdad, las aventuras son la parte torrencial y vertiginosa de la vida, es decir, la excepcion; yo estaba hastiado de ella; no sé si hasta sentia algun remordimiento. No bien pensé en aquéllo, me dejé ir tras de la imaginacion; en seguida me ví casado, al lado de una mujer adorable, delante de un «baby» que dormía en el regazo del amor,

todos juntos en el fondo de una chacra sombría y verde, espiando á traves de los árboles una faja azul.

CAPÍTULO CVII

Billete

«No hubo nada, pero sospecha alguna cosa; está muy serio y no habla; ahora ha salido. Sonrió una vez solamente, á Ñoñó, despues de mirarlo mucho rato, ceñudo. No me ha tratado ni mal ni bien. No sé que va á suceder; Dios quiera que esto pase. Mucha cautela, por ahora, mucha cautela.»

CAPÍTULO CVIII

Que no se entiende

He aquí el drama, he aquí la punta de oreja trájica de Shakespeare. Aquel pedacito de papel, garabateado en partes, estrujado por las manos, era un documento de análisis, que yo no haré en este capítulo, ni en el otro, ni tal vez en todo el resto del libro. Podría privar al lector del gusto de observar por sí mismo la frialdad, la perspicacia y el espíritu de esas pocas líneas trazadas de prisa; y por detras de ellas la tempestad de otro cerebro, la rabia disimulada, la desesperacion que se comprime y medita, porque tiene que revolcarse en el lodo, en la sangre, ó en las lágrimas?

En cuanto á mí, si os dijera que leí el billete tres ó cuatro veces en aquel día, creedlo, que es verdad; si os dijera ademas que lo releí al día siguiente, antes y despues del almuerzo, podeis creerlo, es la pura verdad. Pero si os dijera la conmocion que me produjo, dudad un poco de la asercion, y no la acepteis sin pruebas. Ni entonces, ni aun ahora he llegado á discernir lo que experimenté. Era miedo y no era miedo; era dolor y no era dolor; era vanidad y no era vanidad; en fin, era amor sin amor, es decir, sin delirio; y de todo eso resultaba una combinacion asaz compleja y vaga, una cosa que no podreis entender, como que yo tampoco la entiendo. Supongamos que no he dicho nada.

CAPÍTULO CIX

El filósofo

Sabido que releí la carta, antes y despues del almuerzo, sabido queda que almorcé, y sólo resta agregar que esa refeccion fué de las más parcas de mi vida: un huevo, una tajada de pan, una taza de té. No he olvidado esta circunstancia mínima; en medio de tanta cosa importante obliterada escapó aquel almuerzo. La razon principal podia ser justamente mi desastre; pero no fué; la principal razon fué la reflexion que me hizo Quincas Borba, cuya visita recibí aquel día. Me dijo que la frugalidad no era necesaria para entender el Humanitismo, y menos aun practicarlo; que esta filosofía se conciliaba fácilmente con los placeres de la vida, inclusive la mesa, el teatro y los amores; y que, por el contrario, la frugalidad podía indicar cierta inclinacion hacia el ascetismo, el cual era la expresion más acabada de la tontería humana.

—Vea á San Juan, continuó; se mantenía de langostas en el desierto, en vez de engordar tranquilamente en la ciudad, y hacer enflaquecer al farisaismo en la sinagoga.

Dios me libre de contar la historia de Quincas Borba, que por lo demás oí toda en aquella triste ocasion, una historia larga, complicada; pero interesante. Y si no cuento la historia, me libro tambien de describirle la figura, muy diversa de lo que me apareció en el Paseo Público. Me callo; diré solamente que si la principal característica del hombre no son las facciones sino el vestuario, aquel no era Quincas Borba; era un desembargador sin beca, un general sin entorchados, un comerciante sin «déficit». Observé la perfeccion de la levita, la blancura de la camisa, el aseo de las botas. La misma voz quebrada entonces, parecía restituída á la primitiva sonoridad. En cuanto á la gesticulacion, sin que hubiese perdido la viveza de otros tiempos, no era ya desordenada, se sujetaba á un método. Pero yo no quiero describirlo. Si hablase por ejemplo del boton de oro que llevaba en el pecho, y de la calidad del cuero

de las botas, iniciaría una descripcion, que omito por la brevedad. Conténtense con saber que las botas eran de charol. Sepan además que heredara algunos pocos contos de reis de un viejo tío de Barbacena.

Mi espíritu, (permítanme aquí una comparacion de niño!) mi espíritu era en aquella ocasion una especie de pelota. La narracion de Quincas Borba le daba una palmada, y subía; cuando iba á caer, la carta de Virgilia le daba otra palmada, y de nuevo saltaba á los aires; descendía, y el episodio del Paseo Público lo recibía con otra palmada, igualmente fuerte y eficaz. Creo que no he nacido para las situaciones complejas. Ese pujar y empujar de cosas opuestas, me desequilibraba; tenía ganas de envolver á Quincas Borba, á Lobo Neves y al billete de Virgilia en la misma filosofía, y mandárselos de regalo á Aristóteles. Con todo, era instructiva la narracion de nuestro filósofo; yo admiraba el talento de observacion con que describía la gestacion y el crecimiento del vicio, las luchas interiores, las capitulaciones lentas, el contacto del fango.

—Mire, observó; la primera noche que pasé en las gradas de San Francisco, la dormí entera, como si fuese sobre la más fina pluma. Por qué? porque pasé gradualmente de la cama mullida al catre de lona, del cuarto propio al cuerpo de guardia, del cuerpo de guardia á la calle...

Quiso exponerme finalmente su filosofía; le rogué que nó!—Estoy muy preocupado hoy y no podría atenderlo; venga otro dia; estoy siempre en casa. Quincas Borda sonrió de una manera maliciosa; tal vez supiera mi aventura, pero no lo dió á entender. Solo me dijo estas últimas palabras en la puerta:

—Venga al Humanitismo; él es el gran regazo de los espíritus, el mar eterno en que zabullí para arrancar de su fondo la verdad. Los griegos la hacían salir de un pozo. Que concepcion mezquina! Un pozo! Pero por eso mismo es que nunca dieron con ella. Griegos, sub-griegos, anti-griegos, toda la larga serie de los hombres se han echado de bruces sobre el pozo para ver surgir la verdad, que no está allí. Emplearon cuerdas y gárfios; algunos más audaces, descendieron al fondo y sacaron un sapo. Yo fuí directamente al mar. Entréguese al Humanitismo.

CAPÍTULO CX

31

Una semana despues, Lobo Neves fué nombrado presidente de provincia. Me así de la esperanza del rechazo, si el decreto apareciese otra vez datado en 13; apareció sin embargo, con la fecha del 31, y esta simple transposicion de guarismos eliminó de ellos la substancia diabólica. Que profundos son los resortes de la vida.

CAPÍTULO CXI

El cerco

No siendo mi costumbre disimular ni esconder nada, contaré en esta página el caso del cerco. Ellos estaban prontos para embarcarse. Entrando en casa de doña Plácida, ví un papelito doblado sobre la mesa; era un billete de Virgilia; decía que me esperaba en la quinta, sin falta. Y concluía: «El cerco es bajo del lado del callejon.»

Hice un gesto de desagrado. La carta me pareció descomunalmente audaz, mal pensada y hasta ridícula. No solo era invitar al escándalo, era convidarlo conjuntamente con la carcajada. Imagineme saltando un cerco, aunque fuera bajo del lado del callejon; y, cuando iba á escalarlo veíame sorprendido por un agente de policía, que me llevaba al cuerpo de guardia. El cerco es bajo! Y que tiene que sea bajo? Naturalmente, Virgilia no sabia lo que hiciera; era posible que ya estuviese arrepentida. Miré el papel, un pedazo de papel arrugado, pero inflexible. Tuve tentaciones de romperlo, en treinta pedazos, y tirarlos al viento como el último despojo de mi aventura; pero retrocedí á tiempo; el amor propio, la vergüenza de la fuga, la idea del miedo... No había más remedio que ir.

—Dígale que iré.

—Adónde? preguntó doña Plácida.

—Adonde ella dice que me espera.

—No me dijo nada.

—En este papel.

Doña Plácida dilató los ojos:—Pero ese

papel lo hallé esta mañana en esta gaveta, y pensé que...

Tuve una sensacion extraña. Releí el papel, lo miré, lo remiré; era en verdad, un antiguo billete de Virgilia, recibido en el comienzo de nuestros amores, una corta entrevista en la quinta, que me obligó á saltar el cerco, un cerco bajo y discreto. Guardé el papel y... Tuve una sensacion extraña.

CAPÍTULO CXII

La opinion

Pero estaba escrito que ese día debía ser el de los trances dudosos. Pocas horas despues encontré á Lobo Neves, en la calle del Ouvidor, hablamos de la presidencia y de la política. El aprovechó la aparicion del primer conocido que pasó á nuestro lado, y me dejó, despues de hacerme muchos cumplimientos. Recuerdo que estaba retraído, pero con un retraímiento que se esforzaba en disimular. Me pareció entonces (y pido perdon á la crítica si este juicio pareciera temerario!) me pareció que tenía miedo—no miedo de mí, ni de sí, ni del código, ni de la conciencia; tenía miedo de la opinion. Supuse que ese tribunal anónimo é invisible, en que cada miembro acusa y juzga, era el límite puesto á la voluntad de Lobo Neves. Talvez ya no amase á la mujer; y, así puede que el corazon, fuera extraño á la indulgencia de sus últimos actos. Pensé (y de nuevo suplico buena voluntad á la crítica) pensé que estaría pronto á separarse de la mujer, como el lector se habrá separado de muchas relaciones personales; pero la opinion, esa opinion que le revolcaría la vida por todas las calles, que abriría minucioso sumario acerca del caso, que colegiría una ó todas las circunstancias, antecedentes, inducciones, pruebas, que las relataría en las conversaciones de las quintas ociosas, esa terrible opinion, tan curiosa de las alcobas, impidiera la dispersion de la familia. Al mismo tiempo hizo imposible la venganza, que sería la divulgacion. No podía mostrarse resentido conmigo, sin buscar igualmente la separacion conyugal; tuvo entonces que simular la misma ignorancia de antes, y, por deduccion, los mismos sentimientos.

Que eso le costase, lo creo; en aquellos días, principalmente, lo ví de modo que debía costarle mucho. Pero el tiempo (y este es otro punto en que confío en la indulgencia de los hombres pensadores!) el tiempo encallece la sensibilidad, y oblitera la memoria de las cosas; era de suponer que los años le embotaran las espinas, que la distancia de los hechos le esfumase los respectivos contornos, que una sombra de duda retrospectiva cubriera la desnudez de la realidad; en fin, que la opinion se ocupase un poco con otras aventuras. El hijo, creciendo, trataría de satisfacer las ambiciones del padre; sería el heredero de todos sus afectos. Eso, y la vida externa, y el prestigio público, y despues la vejez, la enfermedad, la decadencia, la muerte, un responso, una noticia biográfica, y queda cerrado el libro de la vida, sin ninguna página de sangre.

CAPÍTULO CXIII

El sosten

La conclusion, si tiene alguna el capítulo anterior, es que la opinion es un buen sosten de las instituciones domésticas. No es imposible que yo desenvuelva este pensamiento, antes de acabar este libro; pero tambien no es imposible que lo deje como está. De un modo ó de otro, es un buen sosten la opinion, y esto tanto en el órden doméstico como en la política. Algunos metafísicos biliosos han llegado al extremo de darla como simple producto de la gente chocha ó mediocre; pero es evidente que, aun cuando un concepto tan extremado no trajese en sí mismo la respuesta, bastaba considerar los efectos saludables de la opinion, para concluir que ella es la obra superfina de la flor de los hombres, á saber, del mayor número.

CAPÍTULO CXIV

Fin de un diálogo

—Si, es mañana. Usted irá á bordo?
—Está loca? Es imposible.
—Entonces, adios!
—Adios!

—No se olvide de doña Plácida. Vaya á verla algunas veces. Pobre! Fué ayer á despedirse de nosotros; lloró mucho, me dijo que yo ya no la vería más... Es una buena mujer, no es cierto?

—Ciertamente.

—Si tuviéramos que escribirnos, ella recibirá las cartas. Ahora, hasta de aquí á...

—Talvez dos años?

—Como! Me ha dicho que solo hasta que se hagan las elecciones.

—Sí? pues entonces hasta pronto. Fíjese que nos están mirando.

—Quién?

—Allí del sofá! Separémonos.

—Me cuesta mucho.

—Pero es preciso; adios Virgilia.

—Hasta pronto. Adios!

CAPÍTULO CXV

El almuerzo

No la ví partir; pero á la hora fijada sentí una cosa que no era dolor ni placer, una cosa mixta, alivio y tristeza, todo mezclado en dosis iguales. No se irrite el lector con esta confesion. Yo bien sé que para halagarle los nervios de la fantasía, debía padecer una gran desesperacion, derramar algunas lágrimas y no almorzar. Sería romancésco: pero no sería biográfico. La realidad pura es que almorcé, como en los demás días, confortando el corazon con los recuerdos de mi aventura, y al estómago con los platos de M. Prudhon... Viejos de mi tiempo, quizás os acordéis de ese maestro cocinero del Hotel Pharoux, un sujeto que, segun decía el dueño de casa, había servido en los famosos Véry y Vefour, de Paris, y además en los palacios del conde de Molé y del duque de la Rochefoucauld? Era insigne. Entró en Rio de Janeiro con la polka... La polka, M. Prudhon, el Tívoli, el baile de los extranjeros, el Casino, he ahí algunos de los mejores recuerdos de aquel tiempo; pero sobre todo los manjares del maestro eran deliciosos.

Lo eran, y aquella mañana parece que el diablo del hombre adivinara nuestra catástrofe. Jamás el ingenio y el arte le fueron tan propicios. Que delicadeza de salsas! que ternura de carnes! que ingeniosidad de formas! Se comía con la boca, con los ojos, con la nariz. No guardé la cuenta de ese día: sé que fué cara. Ay! dolor! tenía que enterrar magníficamente mis amores. Ellos allá se iban, mar afuera, en el espacio y el tiempo, y yo me quedaba allí en una punta de la mesa, con mis cuarenta y tantos años, tan inútiles y tan vacíos; quedábame para no volverlos á ver nunca jamás, por que ella podría volver y volvió, pero quien puede pedir el efluvio de la mañana al crepúsculo de la tarde?

CAPÍTULO CXVI

Filosofía de los papeles viejos

Quedé tan triste con el final del último capítulo, que estuve por no escribir este, descansar un poco, purgar el espíritu de la melancolía que lo atosiga, y continuar despues. Pero no, no quiero perder tiempo.

La partida de Virgilia me dió una nocion de la viudez. Los primeros días me encerré en casa, á papar moscas, como Domiciano, si no miente Suetonio, pero á paparlas de un modo particular: con los ojos. Las papaba una á una, en el fondo de una sala grande, estendido en una red, con un libro abierto entre las manos. Eso era todo: «saudades», ambiciones, un poco de tedio, y mucho devaneo suelto. Mi tío el canónigo murió en ese intervalo; además, dos primos. No sentí emocion alguna: los llevé al cementerio, como quien lleva dinero á un banco. Que digo? como quien lleva cartas al correo: las franquée, las metí en el buzon, y dejé al cartero el cuidado de entregarlas en mano propia. Fué tambien por ese tiempo que nació mi sobrina Venancia, hija de Cotrim. Morían unos, nacían otros: yo continuaba papando moscas.

Otras veces me agitaba. Revolvía los cajones, abría cartas antiguas, de los amigos, de los parientes, de los amoríos. (hasta las de Marcela), las leía todas una por una, y reconstruía lo pretérito... Lector ignaro, si no guardas las cartas de la juventud, no conocerás un día la filosofía de los papeles viejos, no gustarás el placer de verte, á lo lejos, en la penumbra, con un sombrero de tres picos, botas de siete leguas y largas bar-

bas asirias, bailando al son de una gaita anacreontica. Guarda tus cartas de la juventud.

O, si no te place el sombrero de tres picos, emplearé una locucion de un viejo marino, familiar de la casa de Cotrim; diré que si guardas las cartas de la juventud, hallarás ocasion de «cantar una saudade». Parece que nuestros marinos dan este nombre á nuestras cantilenas de tierra, entonadas en alta mar. Como expresion poética no se puede pedir nada más triste.

CAPÍTULO CXVII

El Humanitismo

Dos fuerzas, sin embargo, aparte de una tercera, me compelían á volver á la vida agitada de costumbre: Sabina y Quincas Borba. Mi hermana encaminó la candidatura conyugal de Ña-loló de un modo verdaderamente impetuoso: Cuando menos lo pensé estaba con la muchacha entre los brazos. En cuanto á Quincas Borba, me expuso por fin el Humanitismo, sistema de filosofía destinado á derrotar á todos los demás sistemas.

—Humanitas, decía él, el principio de las cosas, no es otro sino el mismo hombre repartido entre todos los hombres. Humanitas tiene tres faces: la «estática», anterior á toda creacion; la «expansiva», comienzo de las cosas; la «dispersiva», aparicion del hombre; y contará una más, la «contractiva», absorcion del hombre y de las cosas. La «expansion», iniciando el universo, sugirió á Humanitas el deseo de gozarlo, y de ahí la «dispersion», que no es más que la multiplicacion personificada de la substancia original.

Como esta exposicion no me resultase muy clara, Quincas Borba la desenvolvió de un modo profundo, haciendo notar las grandes líneas del sistema. Me explicó que por un lado el Humanitismo se ligaba al Brahmanismo, á saber, en la distribucion de los hombres por las diferentes partes del cuerpo de Humanitas; pero aquello que en la religion indiana apenas tenía una estrecha significacion teológica y política, era en el Humanitismo la gran ley del valor personal. Así, descender del pecho ó de los riñones de Humanitas, esto, es, ser «un fuerte» no era lo mismo que descender de los cabellos ó de la punta de la nariz. De ahí la necesidad de cultivar y ejercitar el músculo. Hércules no fué sino un símbolo anticipado del Humanitismo. En este punto Quincas Borba afirmó que el paganismo hubiera podido alcanzar la verdad, si no se hubiera empequeñecido con la parte galante de sus mitos. Nada de esto sucedía con el Humanitismo. En esta iglesia nueva no hay aventuras fáciles, ni caídas, ni tristezas, ni alegrías pueriles. El amor, por ejemplo, es un sacerdocio, la reproduccion un ritual. Como la vida es el mayor beneficio, y no hay mendigo que no prefiera la miseria á la muerte (lo cual es un delicioso beneficio de Humanitas), síguese que la transmision de la vida, lejos de ser una ocasion de galanteo, es la hora suprema de la vida espiritual. Por lo tanto, verdaderamente solo existe una gran desgracia: no nacer.

—Imagínate, por ejemplo, que yo no hubiese nacido, continuó Quincas Borba; es positivo que no tendría ahora el placer de conversar contigo, de comer esta patata, ir al teatro, y para decirlo todo en una palabra: vivir. Nota que yo no hago del hombre un simple vehículo de Humanitas; no, él es al mismo tiempo vehículo, cochero y pasajero; él es el propio Humanitas reducido; de ahí la necesidad de adorarse á sí mismo. ¿Quieres una prueba de la superioridad de mi sistema? Contempla la envidia. No hay moralista griego ó turco, cristiano ó musulman, que no declame contra el sentimiento de la envidia. El acuerdo es universal, desde los campos de Idumea hasta la cima de la Tijuca. Ahora bien; deja de lado los viejos preconceptos, olvida las retóricas rancias, y estudia la envidia, ese sentimiento tan sutil y tan noble. Siendo cada hombre una reduccion de Humanitas, es claro que fundamentalmente ningun hombre es opuesto á otro hombre, cualesquiera que sean las apariencias contrarias. Así, por ejemplo, el verdugo que ejecuta al condenado puede excitar el vano clamor de los poetas; pero substancialmente es Humanitas que corrige en Humanitas una infraccion á

la ley de Humanitas. Lo mismo diré del individuo que destripa á otro; es una manifestacion de la fuerza de Humanitas. Nada obsta (y existen ejemplos) que él sea igualmente destripado. Si has entendido bien, fácilmente comprenderás que la envidia no es sino una admiracion que lucha, y siendo la lucha la gran funcion del género humano, todos los sentimientos belicosos, son los más adecuados á su felicidad. De ahí viene que la envidia sea una virtud.

Para qué negarlo? Yo estaba estupefacto. La claridad de la exposicion, la lógica de los principios, el rigor de las consecuencias, todo eso parecía superiormente grande, y tuve necesidad de suspender la conversacion algunos minutos mientras digería la filosofía nueva. Quincas Borba apenas podía disimular la satisfaccion del triunfo. Tenía un ala de pollo en el plato, y la pelaba con filosófica serenidad. Yo le hice todavía algunas objeciones, pero tan débiles, que apenas empleó tiempo en destruirlas.

—Para entender bien mi sistema,—concluyó él,—importa no olvidar nunca el principio universal, repartido y resumido en cada hombre. Mira: la guerra, que parece una calamidad, es una operacion conveniente, como si digéramos el chasquear de los dedos de Humanitas; el hombre (y chupaba filosóficamente el ala de pollo), el hombre es una prueba á que Humanitas somete la propia víscera. Pero yo no necesito otro documento de la sublimidad de mi sistema que este mismo pollo. Se alimentó de maíz, que fué plantado por un africano, supongamos, importado de Angola. Nació ese africano, creció, fué vendido, un barco lo trajo, un barco construido de madera cortada en el bosque por diez ó doce hombres, llevado por velas, que ocho ó diez hombres tejieron, sin contar el cordaje y otras partes del aparejo náutico. Así, este pollo, que acabo de almorzar ahora mismo, es el resultado de una multitud de esfuerzos y de luchas, ejecutados con el solo fin de satisfacer mi apetito.

Entre el queso y el café, me demostró Quincas Borba que su sistema era la destruccion del dolor. El dolor, segun el Humanitismo, es una pura ilusion. Cuando la criatura es amenazada por un palo, antes mismo de haber recibido el golpe, cierra los ojos y se estremece; esa «predisposicion», es lo que constituye la base de la ilusion humana, heredada y transmitida. No basta ciertamente la adopcion del sistema para acabar con el dolor, pero es indispensable. Esta es la natural evolucion de las cosas. Una vez que el hombre se compenetre bien de que él es el propio Humanitas, no tiene más que remontar el pensamiento á la substancia original para suprimir cualquiera sensacion dolorosa. La evolucion, sin embargo, es tan profunda, que puede asignársele algunos millones de años.

Quincas Borba me leyó de allí á algunos días su grande obra. Eran cuatro volúmenes manuscritos, de cien páginas cada uno, de letra menuda y con citaciones latinas. El último volumen se componia de un tratado político, fundado en el Humanitismo; era tal vez la parte más enfadosa del sistema, porque estaba concebida con un formidable rigor de lógica. Reorganizada la sociedad por aquel método, no por eso quedaban eliminadas la guerra, la insurreccion, el simple garrotazo, la puñalada anónima, la miseria, el hambre, las enfermedades; pero siendo esos flagelos verdaderos equívocos del entendimiento, porque no pasarían de movimientos externos de la substancia interior, destinados á no influir sobre el hombre, sino como simple suspension de la monotonía universal, claro está que su existencia no impediría la felicidad humana.

Pero aun cuando tales flagelos (lo que era radicalmente falso) correspondiesen en lo futuro á la concepcion mezquina de los antiguos tiempos, ni aun así quedaba destruido el sistema, y esto por dos motivos: 1.° porque siendo Humanitas la substancia creadora y absoluta, cada individuo debería hallar la mayor delicia del mundo en sacrificarse al principio de que desciende; 2.° porque, aun así, no disminuiría el poder espiritual del hombre sobre la tierra, inventada únicamente para recreo suyo, como las estrellas, las brisas, los dátiles y el ruibarbo. Pangloss, me decía él al cerrar el libro, no era tan tonto como lo pintó Voltaire.

CAPÍTULO CXVIII

La tercera fuerza

La tercera fuerza que me llevaba al bullicio era el deseo de lucir, y, sobre todo, la incapacidad de vivir solo. La multitud me atraía, el aplauso me enamoraba. Si la idea del emplasto se me hubiera ocurrido en esa época, quien sabe? no me hubiera muerto tan pronto y sería célebre. Mas el emplasto no pareció. Apareció el deseo de agitarme en alguna cosa, con alguna cosa y por alguna cosa.

CAPÍTULO CXIX

Paréntesis

Quiero dejar aquí, entre paréntesis, media docena de máximas de las muchas que escribí por esa época. Son bostezos de fastidio; pueden servir de epígrafe á discursos sin asunto.

Soporta con paciencia los cólicos del prójimo.

Nosotros matamos el tiempo, y el tiempo nos entierra.

Un cochero filósofo acostumbraba decir que el placer de andar en coche sería muy pequeño si todo el mundo anduviese en coche.

Cree en tí; pero no dudes siempre de los demás.

No se comprende que un botocudo se perfore el labio para adornarlo con un pedazo de palo. Esta reflexion es de un joyero.

No te irrites si te pagan mal un beneficio: más vale caerse de las nubes que de un tercer piso.

CAPÍTULO CXX

Compelle intrare

—No, señor, ahora quieras que no, te has de casar, me dijo Sabina. Que lindo porvenir! un solteron sin hijos.

Sin hijos! La idea de tener hijos me causó un sobresalto; me recorrió otra vez el fluido misterioso. Sí, tenía que ser padre. La vida célibe podía tener ciertas ventajas propias, pero serían leves y compradas á trueque de la soledad. Sin hijos! No; imposible. Me dispuse á aceptarlo todo, hasta la alianza de Damasceno. Sin hijos! Como entonces ya depositaba gran confianza en Quincas Borba, fuí á hablar con él y expúsele los movimientos internos de mi paternidad. El filósofo me oyó con alborozo; me declaró que Humanitas se agitaba en mi seno; me aconsejó que me casara; agregó que eran algunos convidados más que golpeaban á la puerta, etc. «Compelle intrare», como decía Jesús. Y no me dejó antes de probarme que el apólogo evangélico no era más que un presagio del Humanitismo, equivocadamente interpretado por los padres.

CAPÍTULO CXXI

Cerro abajo

Al cabo de tres meses todo iba á maravilla. El fluido, Sabina, los ojos de la jóven, los deseos de ser padre, eran otros tantos impulsos que me llevaban al matrimonio. El recuerdo de Virgilia aparecía de cuando en cuando, en la puerta, y con ella un diablo negro, que ponía frente á la cara un espejo, en el cual yo veía á lo lejos á Virgilia deshecha en lágrimas; pero venía otro diablo color de rosa, con otro espejo, en que se reflejaba la figura de Ña-loló, tierna, luminosa, angelical.

No hablo de los años. No los sentía; agregaré que hasta los eché de menos, cierto domingo, en que fuí á misa á la capilla de Livramento. Como Damasceno vivía en los Cajueiros, yo lo acompañaba muchas veces á misa. El cerro estaba todavía desnudo de habitaciones, salvo el viejo palacete de la cima, donde quedaba la capilla. Pues un domingo,

al descender con Ña-loló del brazo, no sé que fenómeno sucedió que fuí dejando aquí dos años, allí cuatro, luego más adelante cinco, de manera que, cuando llegué abajo, tenía veinte años apenas, tan livianos como habíanlo sido.

Ahora si quieren ustedes saber en que circunstancias se produjo el fenómeno, básteles leer este capítulo hasta el fin. Veníamos de misa, ella, el padre y yo. A mitad del morro hallamos un grupo de hombres. Damasceno, qué venía al lado nuestro, se dió cuenta de lo que era y se adelantó alborozado; nosotros seguimos trás de él. Y vimos esto: hombres do todas edades, tamaños y colores, unos en mangas de camisa, otros de chaqueta, otros metidos en levitas harapientas; actitudes diversas, unos muy cócoras, otros con las manos apoyadas en las rodillas, éstos sentados sobre piedras, aquellos arrimados á la pared, y todos con los ojos fijos en el centro, y las almas saliéndose por las pupilas.

—Que es? preguntó Ña-loló.

Hícele seña de que callase; abrí suavemente camino, y todos me fueron cediendo espacio, sin que positivamente ninguno me viese. El centro les tenía fascinados los ojos. Era una riña de gallos. Ví los dos contendores, dos gallos de espolon agudo, ojo de fuego y pico afilado. Ambos agitaban las crestas ensangrentadas; el pecho del uno y del otro estaba desplumado y rojo; los invadía el cansancio. Pero luchaban aun así, los ojos fijos en los ojos, pico para abajo, pico para arriba, golpe de éste, golpe de aquél; vibrantes y rabiosos. Damasceno no veía otra cosa; aquel espectáculo eliminó para él todo el universo. En vanó le dije que era tiempo de bajar: no respondía, no oía, concentrado en el duelo. La riña de gallos era una de sus pasiones.

Fué en ese momento que Ña-loló me oprimió blandamente el brazo, diciéndome que nos marcháramos. Acepté el consejo y marché con ella para abajo. Ya he dicho que el cerro estaba entonces deshabitado; dije tambien que salíamos de misa, pero no habiendo dicho que llovía es claro que hacía buen tiempo, un sol delicioso. Y fuerte, tan fuerte que yo abrí en seguida el quitasol, lo así por la mitad del cabo, y lo incliné de modo que agregué una página á la filosofía de Quincas Borba: Humanitas besó á Humanitas... Fué así como los años se me fueron cayendo cerro abajo.

Al llegar al pie nos detuvimos algunos minutos, esperando á Damasceno; llegó de allí á poco rodeado de los apostadores, comentando con ellos la riña. Uno de ellos, tesorero de las apuestas, distribuía un viejo fajo de billetes de diez «tostones», que los vencedores recibían doblemente alegres. En cuanto á los gallos venían cargados por sus respectivos dueños. Uno de ellos tenía la cresta tan deshecha y ensangrentada, que pensé en seguida que era el vencido; pero no era así,—el vencido era el otro, que no tenía cresta alguna. Ambos tenían el pico abierto, respiraban con dificultad, extenuados. Los jugadores, al contrario, venían alegres, á pesar de las fuertes emociones de la lucha; biografiaban á los contendores, recordaban las proezas de ambos. Yo seguí andando, fastidiado; Ña-loló fastidiadísima.

CAPÍTULO CXXII

Una intencion muy fina

Lo que fastidiaba á Ña-loló era el padre. La facilidad con que aquel se mezclára á los jugadores ponía de relieve antiguas costumbres, afinidades sociales, y Ña-loló llegó á temer que tal suegro me pareciera indigno. Era notable la diferencia que ella hacía de sí misma; se estudiaba y me estudiaba. La vida elegante y culta la atraía, principalmente porque le parecía el medio más seguro de unir nuestras personas. Ña-loló observaba, imitaba, adivinaba; al mismo tiempo entregábase á la tarea de disimular la inferioridad de la familia. Aquel día, sin embargo, la manifestacion del padre fué tal, que se entristeció mucho. Yo traté entonces de distraerla del asunto, diciéndole muchas bromas y chistes de buen tono; vanos esfuerzos que no conseguían alegrarla. Era tan profundo el abatimiento, tan expresivo el desaliento, que llegué á atribuir á Ña-loló la intencion positiva de separar, en mi espíritu, su causa de la causa del padre. Este sentimiento me pareció muy elevado; era una afinidad más entre los dos.

—No hay remedio, me dije á mí mismo, voy á arrancar esta flor del pantano.

CAPÍTULO CXXIII

El verdadero Cotrim

No obstante mis cuarenta y tantos años, amando la armonía de la familia, pensé no tratar del casamiento sin antes hablar á Cotrim. Me oyó y me respondió seriamente que no tenía opinion respecto de los asuntos de sus parientes. Podían suponerle algun interés, si acaso ponderaba las raras prendas de Ña-loló; por eso callaba. Más aun: estaba cierto de que su sobrina estaba enamoradísima de mí, pero si ella lo consultase su consejo sería negativo. No lo animaba ningun odio; apreciaba mis buenas cualidades. No se cansaba de elogiarlas, como era justicia; y por lo que respecta á Ña-loló, no llegaría jamás á negar que era una novia excelente; pero de ahí á aconsejar el casamiento mediaba un abismo.

—Me lavo enteramente las manos, concluyó diciendo.

—Pero usted pensaba el otro día que yo debía casarme cuanto antes....

—Ese es otro negocio. Creo que es indispensable casarse, sobre todo teniendo ambiciones políticas. Sepa que en política el celibato es una rémora. Ahora, en cuanto á la novia no puedo tener voto, no quiero, no debo, no es de mi incumbencia. Me parece que Sabina ha ido demasiado lejos haciéndole ciertas confidencias, segun me dijo; pero en todo caso ella no es tía carnal de Ña-loló, como yo. Mire... pero no... no digo.

—Diga.

—No; no digo nada.

Talvez parezca excesivo el escrúpulo de Cotrim, á quien no sepa que poseía un carácter ferozmente honrado. Yo mismo fuí injusto con él durante los años que siguieron al inventario de mi padre. Reconozco que era un modelo. Lo acusaban de avaricia, y pienso que tenía razon; pero la avaricia es apenas la exageracion de una virtud, y las virtudes deben ser como los presupuestos: mejor es el sobrante que el «déficit». Como era de maneras muy secas tenía enemigos, que llegaban á acusarlo de bárbaro. El único hecho aducido al respecto era el de mandar con frecuencia esclavos al calabozo, donde éstos bajaban á manar sangre; pero, además de que él solo mandaba á los perversos y á los huidos, sucede que, habiendo largamente contrabandeado esclavos, se había habituado en cierto modo al trato un poco más duro que ese género de negocio requería, y no se puede honradamente atribuir á la índole original de un hombre lo que es puro efecto de las relaciones sociales. La prueba de que Cotrim tenía sentimientos piadosos estaba en su amor á sus hijos, y en el dolor que padeció cuando le murió Sara, de allí á algunos meses; prueba irrefutable, pienso yo, y no única. Era tesorero de una cofradía, y hermano de varias hermandades, y hasta hermano redimido de una de éstas, lo que no se concilia mucho con la reputacion de avaricia; verdad es que el beneficio no se lo llevara el viento: la hermandad (de la que fuera juez), mandó hacer su retrato al óleo. No era perfecto, sin duda; tenía por ejemplo, la debilidad de mandar á los diarios la noticia de este ó aquel beneficio que practicaba, debilidad reprensible, convengo en ello; pero él se disculpaba diciendo que las buenas acciones eran contagiosas, cuando se las hacía públicas; razon á la que no se le puede negar algun peso. Llego á pensar (y con esto hago su mayor elogio), qué no practicaba de cuando en cuando, esos beneficios, sino con el fin de despertar la filantropía de los demás; y si tal era el intento, fuerza es confesar que la publicidad se tornaba una condicion «sine qua non». En suma, podía deber algunas atenciones, pero no debía un real á nadie.

CAPÍTULO CXXIV

Y va de intermedios

Que hay entre la vida y la muerte? Un corto puente. No obstante, si yo no compusiese este capítulo, el lector padecería una fuerte emocion, asaz dañosa al efecto del libro. Saltar de un retrato á un epitafio, puede ser real y comun; el lector, entre tanto, no se refugia en el libro sino para escapar á la vida. No digo que este pensamiento sea mío; digo que hay en él una dósis de verdad, y que, al menos, la forma es pintoresca. Y lo repito: no es mío.

CAPÍTULO CXXV

Epitafio

Aquí yace
Doña Eulalia Damascena de Brito
Muerta
A los diecinueve años de edad
Orad por ella!

CAPÍTULO CXXVI

Desconsuelo

El epitafio lo dice todo. Vale más que si les narrara la enfermedad de Na-loló, la muerte, la desesperacion de la familia, el entierro. Quedan sabiendo que murió; agregaré que fué con motivo de la primer entrada de la fiebre amarilla. No diré más nada, á no ser que la acompañé hasta la última morada, y me despedí triste pero sin lágrimas. Deduje que talvez no la amaba de veras.

Vean ahora á que exceso puede llevar una inadvertencia; me dolió un poco la ceguera de la epidemia que, matando á derecha é izquierda, arrebató tambien á una joven dama, que iba á ser mi esposa; no llegué á entender la necesidad de aquella epidemia, y menos la de aquella muerte. Creo que hasta ésta me pareció más absurda que las otras muertes. Quincas Borba, sin embargo, me explicó que las epidemias eran útiles á la especie, aunque desastrosas para cierta porcion de individuos; me hizo notar que, por mas horrendo que fuese el espectáculo, tenía una ventaja de mucho peso: la supervivencia del mayor número. Me llegó á preguntar si en medio del luto general, no sentía yo algun secreto encanto en haber escapado á las garras de la peste; pero esta pregunta era tan insensata que quedó sin respuesta.

Así como no conté la muerte, tampoco contaré la misa del séptimo dia. La tristeza de Damasceno era profunda; el pobre hombre parecía una ruína. Quince dias despues estuve con él; continuaba inconsolable, y decía que el gran dolor con que Dios lo castigaba había ido aumentando con el que le infligieran los hombres. No me dijo nada mas. Tres semanas despues volvió á tocar el punto y entonces me confesó que, en medio del desastre irreparable, hubiera querido tener el consuelo de la presencia de los amigos. Doce personas apenas, y tres cuartas partes de ellas amigos de Cotrim, acompañaron al sepulcro el cadáver de su querida hija. Y él había hecho repartir ochenta invitaciones. Le dije que las pérdidas habían sido tan generales que bien se podía disculpar esa desatencion aparente. Damasceno meneaba la cabeza de una manera incrédula y triste.

—Qué! gemía, abandonarme.

Cotrim, que estaba presente:

—Vinieron los que de veras se interesan por usted y por nosotros. Los ochenta hubieran venido por formalidad, hubieran hablado de la inercia del gobierno, de las panaceas de los boticarios, del precio de las casas, á los unos de los otros...

Damasceno oyó callado, meneó la cabeza y suspiró:

—Pero hubieran venido!

CAPÍTULO CXXVII

Formalidad

Cosa grande es haber recibido del cielo una partícula de sabiduría, el don de hallar las relaciones de las cosas, la facultad de compararlas y el talento de deducir! Yo tuve esa distincion psíquica; yo la agradezco aun ahora, desde el fondo de mi sepulcro.

En efecto, un hombre vulgar que hubiese oído la última palabra de Damasceno, no se acordaría de ella, cuando tiempo despues hubiese de mirar un grabado representando á seis damas turcas. Pues yo me acordé. Eran seis damas de Constantinopla en traje de calle, cara tapada, no con un espeso paño que las cubriera de veras, pero con un velo tenuísimo, que simulaba descubrir solamente los ojos, y en realidad descubría la cara entera. Y yo le hallé gracia á esta treta de la coquetería musulmana, que así esconde el rostro,—y cumple con el uso,—pero no lo esconde,—y divulga la belleza. Aparentemente nada hay entre las damas turcas y Damasceno; pero si tú eres un espíritu profundo y penetrante (y dudo mucho de que me lo niegues), comprenderás que, tanto en un caso como en el otro, surge ahí la oreja de

una rígida y amable compañera del hombre social.

Amable Formalidad, tú eres, sí, el bordon de la vida, el bálsamo de los corazones, la medianera entre los hombres, el vínculo de la tierra y del cielo; tú enjugas las lágrimas de un padre, tú captas la indulgencia de un Profeta. Si el dolor se adormece, y la conciencia se tranquiliza, ¿á quién sino á ti deben ese inmenso beneficio? La estima que pasa de sombrero puesto no le dice nada al alma; pero la indiferencia que le saluda déjale una deliciosa impresion. La razon es que, al contrario de una vieja fórmula absurda, no es la letra la que mata; la letra da la vida; el espíritu es el que es objeto de controversia, de duda, de interpretacion, y consiguientemente de lucha y de muerte. Vive tú, amable Formalidad, para tranquilidad de Damasceno y gloria de Mohammed.

CAPÍTULO CXXVIII

En la Cámara

Notad bien que yo ví el grabado turco, dos años despues de las palabras de Damasceno, y lo ví en la cámara de diputados, en medio de gran remolino, mientras que un diputado discutía un parecer de la comision de presupuesto, siendo yo tambien diputado. Para quien haya leído este libro es escusado encarecerle mi satisfaccion, y para los otros es igualmente inútil. Era diputado, y ví el grabado turco, recostado en mi banca, entre un colega, que contaba una anécdota, y otro, que sacaba á lapiz, en dorso de un sobre, el perfil del orador. El orador era Lobo Neves. La ola de la vida nos llevó á la misma playa, como dos botellas de náufragos, él conteniendo su resentimiento, yo teniendo que contener mi remordimiento; y empleo esta forma suspensiva, dubitativa y condicional, con el objeto de decir que no contenía nada, á no ser la ambicion de ser ministro.

CAPÍTULO CXXIX

Sin remordimientos

No tenía remordimientos. Si poseyera los aparatos propios, incluiría en este libro una página de química, porque descompondría el remordimiento hasta los más simples elementos, con el fin de saber de un modo positivo y concluyente, por qué razon Aquiles pasea al rededor de Troya el cadáver del adversario, y lady Macbeth pasea alrededor de la sala su mancha de sangre. Pero no poseo aparatos químicos como tampoco tenía remordimientos; tenía deseo de ser ministro de estado. Con todo, si he de acabar este capítulo, diré que no quería ser Aquiles ni lady Macbeth; y que, de ser alguna cosa, antes preferiría ser Aquiles, antes pasear en medio de la ovacion el cadáver que la mancha; óyense al fin las súplicas de Príamo, y se gana una bonita reputacion militar y literaria. Yo no oía las súplicas de Príamo, pero sí el discurso de Lobo Neves, y no tenía remordimientos.

CAPÍTULO CXXX

Para intercalar en el cap. CXXIX

La primera vez que pude hablar á Virgilia, despues de la presidencia, fué en un baile en 1855. Llevaba un soberbio vestido de moaré azul, y ostentaba á las luces el mismo par de hombros de otros tiempos. No tenía la frescura de la primera edad, al contrario; pero aun estaba hermosa, de una hermosura otoñal, realzada por la noche. Me acuerdo que hablamos mucho, sin aludir á cosa alguna del pasado. Se sobreentendía todo. Una frase remota, vaga, ó sino una mirada, y nada más. Poco despues se retiró. Fuí á verla bajar las escaleras, y no sé por qué fenómeno de ventriloquismo cerebral (perdónenme los filólogos esta frase bárbara) murmuré entre mí esta palabra profundamente retrospectiva:

—Magnífica!

Conviene intercalar este capítulo entre la primera y segunda oracion del capítulo CXXIX.

CAPÍTULO CXXXI

De una calumnia

Al acabar de decir yo aquello, por el proceso ventrílocuo-cerebral, — lo cual era simple opinion y no remordimiento,

—sentí que alguien me ponía la mano en el hombro. Me volví, era un antiguo compañero, oficial de marina, jovial, de maneras algo atrevidas. Sonrió maliciosamente y me dijo:

—Só tunante! Recuerdos del pasado eh?

—Viva el pasado!

—Usted naturalmente ha sido reintegrado en el empleo.

—Salta, bribon! díjele, amenazándolo con el dedo.

Confieso que este diálogo es una indiscrecion,—principalmente la última réplica. Y con tanto mayor placer lo confieso por cuanto las mujeres tienen fama de indiscretas, y no quiero acabar este libro sin rectificar esa nocion del espíritu humano. En punto á aventuras amorosas, conocí hombres que sonreían, ó negaban con dificultad, de un modo frío, monosilábico, etc., mientras que las mujeres en situacion análoga no se daban por aludidas, y hubieran jurado sobre los Santos Evangelios que todo era una calumnia. La razon de esta diferencia está en que la mujer (salva la hipótesis del capítulo CI y otros) se entrega por amor, ó sea el amor-pasion de Stendhal, ó el puramente físico de algunas damas romanas, por ejemplo, ó polinésicas, laponas, cafres, y puede ser que de otras razas civilizadas; pero el hombre, hablo del hombre de una sociedad culta y elegante,—el hombre une su vanidad al otro sentimiento. Además de esto (y me refiero siempre á las cosas prohibidas), la mujer, cuando ama á otro hombre, parécele que falta á un deber, y por lo tanto tiene que disimular con mayor arte, tiene que refinar la alevosía; mientras que el hombre sintiéndose causa de la infraccion y vencedor de otro hombre, queda legítimamente orgulloso, y pasa luego á otro sentimiento menos íntimo y menos secreto,—esa bella fatuidad, que es la transpiracion luminosa del mérito.

Pero sea ó no verdadera mi explicacion me basta dejar escrito en esta página, para enseñanza de los siglos, que la indiscrecion de las mujeres es una broma inventada por los hombres; en amor, por lo menos, son un verdadero sepulcro. Se pierden muchas veces por descuidadas, por inquietas, por no saber resistir á los gestos, á las miradas; y es por eso que una gran dama, y fino espíritu, la reina de Navarra, empleó antaño esta metáfora para decir que toda aventura amorosa acababa siempre por descubrirse, mas tarde ó mas temprano: «No hay perrillo por bien enseñado que sea, al que al fin no le oigamos el ladrido.»

CAPÍTULO CXXXII

Que no es serio

Al citar el dicho de la reina de Navarra, se me ocurre que entre nuestro pueblo, cuando una persona ve á otra ceñuda, acostumbra preguntarle: «Diga, quien le mató sus perritos?» como si dijese: «quien le descubrió los amores, las aventuras secretas, etc.» Pero este capítulo no es sério.

CAPÍTULO CXXXIII

El principio de Helvetius

Estábamos en el punto en que el oficial de marina me arrancó la confesion de los amores de Virgilia, y aquí enmiendo yo el principio de Helvetius,—ó, mejor dicho, lo explico. Mi interés era callar; confirmar la sospecha de una cosa antigua era provocar algun odio contenido, dar origen á un escándalo ó cuando menos sentar plaza de indiscreto. Ese era el interés; y entendiendo el principio de Helvetius de un modo superficial, eso es lo que yo debía haber hecho. Pero ya he dado á conocer el motivo de la indiscrecion masculina: antes del interés de «seguridad», estaba otro, el de «envanecimiento», que es más íntimo, más inmediato: el primero es reflexivo, supone un silogismo anterior; el segundo era espontáneo, venía de las entrañas del sujeto; finalmente, el primero tenía efecto remoto, el segundo próximo. Conclusion, el principio de Helvetius es verdadero en mi caso; la diferencia está en que no venció el interés aparente sino el recóndito.

CAPÍTULO CXXXIV

Cincuenta años

No les he dicho aún,—pero lo digo ahora,—que cuando Virgilia descendia la escalera y el oficial de marina me tocaba en

el hombro, yo tenia cincuenta años. Era por lo tanto mi vida la que descendia escaleras abajo,—ó la mejor parte al menos, una parte llena de placeres, de agitaciones, de sustos,—cubierta de disimulo y duplicidad,—pero en fin la mejor, si hemos de hablar el lenguaje usual. Sí, entre tanto emplearamos otro más sublime, la mejor parte fué la restante, como voy á tener el honor de demostrarlo en las páginas siguientes de este libro.

Cincuenta años! No era necesario confesarlo. Ya se va notando que mi estilo no es tan listo como el de los primeros dias. En aquella ocasion, terminado el diálogo con el oficial de marina, que se puso la capa y salió, confieso que quedé algo triste. Volví á la sala, se me ocurrió bailar una polka, embriagarme con las luces, las flores, los cristales, los ojos hermosos y en el borboteo sordo y ligero de los diálogos. Y no me arrepiento: rejuvenecí. Pero, media hora despues, cuando me retiré del baile, á las cuatro de la mañana, ¿qué fué lo que encontré en el fondo del coche? Pues mis cincuenta años. Allí estaban los majaderos, no ateridos de frío, ni reumáticos,—pero descansando de su fatiga y algo deseosos de cama y de reposo. Entonces,—y vean hasta dónde puede llegar la imaginacion de un hombre con sueño,—entonces me pareció oir que un murciélago trepado en el techo del coche me decía: Señor Blas Cubas, el rejuvenecimiento estaba en la sala, en los cristales, en las luces, en las sedas,—en fin, en los otros.

CAPÍTULO CXXXV

Oblivion

Y ahora supongo que si alguna dama ha seguido estas páginas, cierra el libro y no lee las restantes. Para ella se extinguió el interés de mi vida, que era el amor. Cincuenta años! No es aún la invalidez, pero ya no es la frescura. Vengan diez más, y yo entenderé lo que un inglés decía, entenderé qué cosa es no hallar ya quien se acuerde de mis padres, y de qué manera me ha de encarar el propio «Olvido».

Va en versalita esta palabra: OBLIVION!

Justo es que le tributemos todos los honores á un personaje tan despreciado y tan digno, convidado de la última hora, pero seguro. Sábelo la dama que brilló en la aurora del actual reinado, y más dolorosamente la que ostentó sus gracias en flor bajo el ministerio Paraná, por que ésta se halla más cerca del triunfo y siente ya que otros le usurparon el coche. Entonces, si es digna de sí misma, no se empeña en despertar el recuerdo muerto ó expirante, no busca en la mirada de hoy el mismo saludo de la mirada de ayer, cuando eran otros los que iniciaban la marcha en la vida, con el alma alegre y el pie veloz. «Tempora mutantur». Comprende que este torbellino es así, arrebata las hojas del bosque y los harapos del camino sin excepcion ni piedad; y si tuviera un poco de filosofía, no tendría envidia, pero sí lástima á las que le tomaron el carruaje, porque ellas tambien han de apearse por el estribo OBLIVION. Es un espectáculo, cuyo fin es divertir al planeta Saturno, que anda muy aburrido.

CAPÍTULO CXXXVI

Inutilidad

Pero, ó yo mucho me engaño, ó acabo de escribir un capítulo inútil.

CAPÍTULO CXXXVII

El morrion

Y no es así; aquel capítulo resume las reflexiones que hice al día siguiente á Quincas Borba, agregando que me sentía abatido, y mil otras cosas tristes. Pero aquel filósofo, con el elevado tino que le era propio, me gritó que yo me iba deslizando por la ladera fatal de la melancolía.

—Mi querido Blas Cubas, no te dejes vencer por esos vapores. Qué diantre! es preciso ser hombre! ser fuerte! luchar! vencer! brillar! influir! dominar! Cincuenta años es la edad de la ciencia y del gobierno. Animo, Blas Cubas; no seas necio. Qué tienes tú que ver con esa sucesion de ruina á ruina ó de flor á flor? Trata de saborear la vida; y ten por sabido que la peor filosofía es la del jeremías que se sienta á la margen del rio

con el fin de apiadar al curso incesante de las aguas. El oficio de ellas es no detenerse nunca; avente con la ley y trata de aprovecharla.

En las menores cosas se ve lo que vale la autoridad de un gran filósofo. Las palabras de Quincas Borba tuvieron el poder de sacudir el sopor moral y mental que me dominaba. Vamos allá; hagamos gobierno, es tiempo. Yo no había intervenido hasta entonces en los grandes debates. Le hacía la corte á la cartera por medio de lisonjas, tés, comisiones y votos; y la cartera no venía. Urgía que me apoderara de la tribuna.

Comencé despacio. Tres días despues, al discutirse el presupuesto de guerra, aproveché la circunstancia para preguntar modestamente al ministro si no creía útil disminuir el morrion de la guardia nacional. No tenía vasto alcance el objeto de la pregunta; pero aun así demostré que no era indigno de las meditaciones de un hombre de Estado; y cité á Filopemen, que ordenó la sustitucion de los broqueles de sus tropas, que eran pequeños, por otros mayores, así como tambien las lanzas, que eran demasiado livianas; hecho que la historia no creyó que desmintiera la gravedad de sus páginas. El tamaño de nuestros morriones estaba pidiendo un corte profundo, no solo porque eran inelegantes, sino tambien por ser antihigiénicos. En las paradas, al sol, el exceso de calor producido por ellos podía ser fatal. Siendo cierto que uno de los preceptos de Hipócrates es tener la cabeza fresca, parecía cruel obligar á un ciudadano, por simples consideraciones de uniforme, á exponer la salud y la vida, y, por lo tanto el porvenir de la familia. La cámara y el gobierno debían recordar que la guardia nacional era el baluarte de la libertad y la independencia, y que el ciudadano llamado á prestar un servicio gratuito, frecuente y penoso, tenía derecho á que se le disminuyese la carga, imponiéndole un uniforme ligero y cómodo. Agregué que el morrion, por su peso, agachaba la cabeza de los ciudadanos, y la patria necesitaba ciudadanos cuya frente pudiese levantarse altiva y serena delante del poder; y terminé con esta idea: El sauce lloron, que inclina sus gajos hacia el suelo, es árbol de cementerio; la palmera, erecta y firme, es el árbol del desierto, de las plazas y los jardines.

Fué diversa la impresion de este discurso. En cuanto á la forma, al rapto elocuente, á la parte literaria y filosófica, la opinion fué unánime; me dijeron todos que era completo, y que nadie había conseguido nunca sacar tantas ideas de un morrion. Pero la parte política fué considerada por muchos como deplorable; algunos pensaban que mi discurso era un desastre parlamentario; por fin, vinieron á decirme que otros me creían ya en la oposicion, entrando en ese número los oposicionistas de la cámara, que llegaron á insinuar la conveniencia de una mocion de desconfianza. Repelí enérgicamente aquella interpretacion, que no solo era errónea, sino calumniosa, en vista de la notoriedad con que yo sostenía al gabinete; agregué que la necesidad de disminuir el tamaño del morrion no era tan urgente que no pudiera esperar algunos años; y que, en todo caso, yo transigiría en la extension del corte, contentándome con tres cuartos de pulgada ó menos; en fin, aun dado que mi idea no fuese adoptada, me bastaba haberla iniciado en el parlamento.

Quincas Borba, sin embargo, no hizo restriccion alguna. No soy hombre político, me dijo durante la comida; no sé si has estado bien ó mal; sé que hiciste un excelente discurso. Y entonces indicó las partes más salientes, las imágenes bellas, los argumentos fuertes, con ese comedimiento en el elogio que tan bien sienta en un gran filósofo; despues, tomó el asunto por su cuenta, é impugnó el morrion con tal fuerza, con tanta lucidez, que acabó por convencerme efectivamente de su peligro.

CAPITULO CXXXVIII

A un crítico

Mi caro crítico:

Algunas páginas más atrás, diciendo que tenía cincuenta años, agregué: «Ya se va sintiendo que mi estilo no es tan listo como en los primeros días.» Talvez halles esta frase incomprensible, sabiéndote mi actual estado; pero yo llamo tu atencion sobre la sutileza de aquel pen-

samiento. Lo que yo quiero decir no es que esté ahora más viejo que cuando comencé el libro. La muerte no envejece. Quiero decir, sí, que en cada frase de la narracion de mi vida experimento la sensacion correspondiente. Válgame Dios! es necesario explicarlo todo.

CAPÍTULO CXXXIX

De como no fuí ministro de Estado

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

CAPÍTULO CXL

Que explica el anterior

Hay cosas que mejor se dicen callando; tal es la materia del capítulo anterior. Pueden entenderlo los ambiciosos malogrados. Si la pasion del poder es la más fuerte de todas, segun pregonan algunos, imaginen la desesperacion, el dolor, el abatimiento del día en que perdí mi banca en la cámara de diputados. Se me iban las esperanzas todas; terminaba la carrera política. Y notad que Quincas Borba, por inducciones filosóficas que hizo, encontró que mi ambicion no era la pasion verdadera del poder, pero si un capricho, un deseo de gozar. En su opinion este sentimiento, no siendo más profundo que cualquier otro, mortifica mucho más, porque se asemeja al amor que las mujeres tienen á las blondas y tocados. Un Cromwell ó un Bonaparte, agregaba, por lo mismo que los quema la pasion del poder, llegan á él á pesar de todo ó por la escalera de la derecha ó por la de la izquierda. Mi sentimiento no era así; no teniendo éste en sí la misma fuerza, no poseía la misma certidumbre del resultado; y de ahí la mayor afliccion, el mayor desencanto, la mayor tristeza. Mi sentimiento, segun el Humanitismo...

—Vete al diablo con tu Humanitismo, le interrumpí yo; estoy harto de filosofías que no conducen á nada.

La dureza de la interrupcion, tratándose de tamaño filósofo, equivalía á un desacato; pero él mismo disculpó la irritacion con que le hablé. Nos trajeron café; era la una de la tarde, estábamos en mi estudio, una bella sala que daba sobre el fondo de la quinta, buenos libros, objetos de arte, un Voltaire entre ellos, un Voltaire de bronce, que en aquel momento parecía acentuar la sonrisita de sarcasmo, con que me miraba, el bribon; sillas excelentes; afuera, el sol, un gran sol, que Quincas Borba, no sé si por broma ó poesía, llamó uno de los ministros de la naturaleza; corría un viento fresco, el cielo estaba azul. De cada ventana,—eran tres,—pendía una jaula con pájaros, que gorgeaban sus óperas rústicas. Todo tenía la apariencia de una conspiracion de las cosas contra el hombre; y, bien que yo estuviese en «mi» sala, mirando «mi» quinta, sentado en «mi» silla, oyendo «mis» pájaros, al lado de «mis» libros, iluminado por «mi» sol, no llegaba á curarme de las «saudades» de aquella otra silla que no era mía.

CAPÍTULO CXLI

Los perros

—Pero, en fin, que pretendes hacer ahora? preguntó Quincas Borba, yendo á colocar la taza vacía en el antepecho de una de las ventanas.

—No se; voy á meterme en la Tijuca; huir de los hombres. Estoy avergonzado, aburrido. Tantos sueños, mi caro Borba, tantos sueños, y no soy nada.

—Nada! me interrumpió Quincas Borba con un gesto de indignacion.

Para distraerme me invitó á salir; salimos por el lado del Ingenio Viejo. Ibamos á pie, filosofando las cosas. Nunca he de olvidar el bien que me hizo ese paseo. La palabra de aquel grande hombre era lo cordial de la sabiduría. Me dijo que yo no podía huir del combate; si me cerraban la tribuna, debía abrir un diario. Llegó á usar una expresion menos elevada, demostrando así que la lengua filosófica podía, de vez en cuando retemplarse en la jerga del pueblo. Fúnda un diario, me dijo, y «revienta esa camarilla».

—Magnífica idea. Voy á fundar un diario, voy á deshacerlos, voy...

—A luchar. Podrás deshacerlos ó no; lo esencial es que luches. La vida es lucha. La vida sin lucha es un mar muerto en el centro del organismo universal.

De allí á poco acertámos con una pelea de perros, hecho que á los ojos de un hombre vulgar no tendría valor. Quincas Borba me hizo detener y observar los perros. Eran dos. Observó que al lado de ellos había un hueso, motivo de la guerra, y no dejó de llamar mi atencion respecto de la circunstancia de que el hueso no tenía carne. Un simple hueso pelado. Los perros se mordían, gruñían, con el furor en los ojos... Quincas Borba se metió el baston bajo del brazo, y parecía en extasis.

—Que bello es esto! decía de cuando en cuando.

Quise marcharme de allí, pero no pude; él estaba arraigado al suelo, y solo continuó andando, cuando la riña cesó enteramente, y uno de los perros vencido y mordido se marchó á otra parte con su hambre. Observé que se había puesto alegre, aunque contuviese su alegría, segun convenía á un gran filósofo. Me hizo observar la belleza del espectáculo, recordó el objeto de la lucha, dedujo que los perros tenían hambre; pero la privacion de alimento era nada para los efectos generales de la filosofía. Ni dejó de recordar que en algunas partes del mundo el espectáculo es más grandioso: las criaturas humanas son las que disputan á los perros los huesos y otros manjares menos apetecibles; lucha que se complica mucho, porque entran en accion la inteligencia del hombre, con toda la acumulacion de sagacidad que le dieran los siglos, etc.

CAPÍTULO CXLII

El pedido secreto

Cuanta cosa en un minuete! como decía el otro. Cuanta cosa en una pelea de perros. Pero yo no era un discípulo servil ó medroso, que dejase de hacer una ú otra observacion adecuada. Mientras caminábamos le dije que tenía una duda; no estaba bien cierto de la ventaja de disputarles la comida á los perros. El me respondió con excepcional blandura:

—Disputarla á los otros hombres es más lógico, porque la condicion de los contendores es la misma, y se lleva el hueso el más fuerte. Porqué no es un espectáculo grandioso disputarlo á los perros? Voluntariamente se comen langostas, como el Precursor, ó cosa peor, como Ezequiel; luego, lo inmundo es comestible; falta saber si es más digno del hombre disputarlo, por virtud de una necesidad natural, ó preferirlo, para obedecer á una exaltacion religiosa, esto es, modificable, al paso que el hombre es eterno, como la vida y como la muerte.

Estábamos en la puerta de casa; me dieron una carta diciéndome que la mandaba una señora. Entramos, y Quincas Borba, con la discrecion propia de un filósofo, fué á mirar los lomos de los libros de un estante, mientras yo leía la carta, que era de Virgilia:

«Mi buen amigo:

«Doña Plácida está muy mala. Le pido el favor de que haga algo por ella; vive en la calleja de las Escadinhas; vea si consigue hacerla entrar en la Misericordia.

«Su amiga sincera,

V.»

No era la letra fina y correcta de Virgilia, pero sí gruesa y desigual; la V de la firma no pasaba de un rabillo sin intencion alfabética; de manera que si la carta fuera sorprendida, era muy difícil atribuirle autor. Miré y remiré el papel. Pobre doña Plácida! Pero yo le había dejado los cinco contos de la playa do Botafogo, y no podía comprender que....

—Vas á comprender,—dijo Quincas Borba sacando un libro del estante.

—El qué? — pregunté sorprendido.

—Vas á comprender que yo solo te he dicho la verdad. Pascal es uno de mis abuelos espirituales; y, aunque mi filosofía valga más que la suya, no puedo negar que era un grande hombre. Ahora bien, qué fué lo que dijo en esta página? Y, con el sombrero en la cabeza, y el baston bajo el brazo, apuntaba el sitio con el dedo.—Qué es lo que dice? Dice que el hombre tiene una gran ventaja sobre el resto del universo: sabe que muere, á la vez que el resto del universo lo ignora absolutamente. Lo ves. Luego, el hombre que disputa un hueso á un perro tiene sobre éste la gran ventaja de saber que tiene hambre; y esto es lo que hace grandiosa la lucha como yo

decía. «Sabe que muere» es una expresion profunda; creo que es todavía más profunda mi expresion: «sabe que tiene hambre». Porque el hecho de la muerte limita, por así decir, el entendimiento humano; la conciencia de la extincion dura un breve instante y acaba para siempre, á la vez que el hambre tiene la ventaja de volver, de prolongar el estado consciente. Me parece (si es que no hay en esto alguna inmodestia), que la fórmula de Pascal es inferior á la mía, sin dejar por esto de ser un gran pensamiento, y Pascal un grande hombre.

CAPÍTULO CXLIII

No voy

Mientras él restituía el libro al estante, releía yo el billete. Durante la comida, viendo que yo hablaba poco, masticaba sin acabar de tragar, miraba fijamente el rincon del comedor, la punta de la mesa, un plato, una silla, una mosca invisible, Quincas, me dijo:—A tí te pasa algo; apuesto que fué aquella carta?

—Fué. Realmente me sentía fastidiado, incomodado con el pedido de Virgilia. Le había dado á doña Plácida cinco contos de reis; dudo mucho qué nadie se hubiese mostrado tan generoso como yo, ni tanto. Cinco contos! qué había hecho de ellos? Naturalmente los tiró por la ventana, se los comió en grandes fiestas, y ahora tenía que ir á dar á la Misericordia, y yo llevarla! Se muere en cualquier parte. Por otra parte yo no sabía ó no me acordaba de tal callejuela de las Escadinhas; pero, por el nombre, se me ocurría que era algun rincon estrecho y oscuro de la ciudad. Tenía que ir allí, llamar la atencion de los vecinos, golpear á la puerta, etcétera. Qué pegiguera! No voy.

CAPÍTULO CXLIV

Utilidad relativa

Pero la noche, que es buena consejera, me observó que la cortesía me mandaba obedecer á los deseos de mi antigua dama.

—Las letras vencidas, urge pagarlas,—me dije yo al levantarme.

Despues del almuerzo fuí á casa de doña Plácida; hallé un monton de huesos, envuelto en harapos, estendido sobre un catre viejo y nauseabundo; le dí algun dinero. Al día siguiente la hice transportar á la Misericordia, donde murió una semana despues. Miento: amaneció muerta; salió de la vida á escondidas, lo mismo que entrara en ella. Otra vez me pregunté á mí mismo, como en el Cap. LXXV, si era para esto que el sacristan de la Sé y la dulcera trajeron á doña Plácida á luz, en un momento de simpatía específica. Pero luego advertí que, si no hubiera sido por doña Plácida, talvez mis amores con Virgilia se hubieran interrumpido, ó habrían quedado rotos, en plena efervescencia; tal fué por lo tanto, la utilidad de la vida de doña Plácida. Utilidad relativa; pero ¿qué diantre hay absoluto en este mundo?

CAPÍTULO CXLV

Simple repeticion

En cuanto á los cinco contos, no vale la pena de decir que un picapedrero de la vecindad se fingió enamorado de doña Plácida, logró despertarle los sentidos, ú otra vanidad, y casó con ella; al cabo de algunos meses inventó un negocio, vendió los títulos y fugó con el dinero. No vale la pena. Es el caso de los perros de Quincas Borba. Simple repeticion de un capítulo.

CAPÍTULO CXLVI

El programa

Urgía fundar el diario. Redacté el programa, que era una aplicacion política del Humanitismo; solamente, como Quincas Borba no había aun publicado el libro, que perfeccionaba de año en año, decidimos no referirnos á éste. Quincas Borba exigió apenas una declaracion, autógrafa y reservada, de que algunos principios nuevos aplicados á la política eran sacados de su libro, aun inédito.

Era la fina flor de los programas; prometía curar la sociedad, destruir los abusos, defender los sanos principios de libertad y conservacion; hacía un llamado al comercio y á la industria; citaba á Guizot, á Ledru-Rollin, y acababa con esta amenaza, que Quincas Borba halló mez-

quina y local: «La nueva doctrina que profesamos ha de derribar inevitablemente al actual ministerio.» Confieso que, en las circunstancias políticas de aquel momento, el programa me pareció una obra maestra. La amenaza del fin, que Quincas Borba halló mezquina, le demostré que estaba saturada en el mas puro Humanitismo, y él mismo lo confesó despues. Porque, el Humanitismo no excluía nada; las guerras de Napoleon y una contienda de cabras tenían, segun nuestra doctrina, la misma sublimidad, con la diferencia de que los soldados de Napoleon sabían que morían, cosa que aparentemente no les acontece á las cabras. Ahora bien, yo no hacía otra cosa más que aplicar á las circunstancias nuestra fórmula filosófica: Humanitas deseaba sustituir á Humanitas para consuelo de Humanitas.

—Tu eres mi discípulo amado, mi califa, gritó Quincas Borba, con una nota de ternura, que hasta entonces no le oyera.

Puedo decir,—agregó,—como el gran Mohammed: Ahora, aunque se caigan sobre mí el sol y la luna, no retrocederé en mis ideas. Cree, mi querido Blas Cubas, que esta es la verdad eterna, anterior á los mundos, posterior á los siglos.

CAPÍTULO CXLVII

El desatino

Envié luego á los diarios una noticia discreta, diciendo que probablemente comenzaría la publicacion de un diario opositor, de allí á algunas semanas, redactado por el doctor Blas Cubas. Quincas Borba, á quien leí la noticia, tomó la pluma y agregó á mi nombre, con una fraternidad verdaderamente humanística, esta frase: «uno de los más gloriosos miembros de la pasada cámara.»

Al día siguiente entró en mi casa Cotrim. Venía algo trastornado, pero disimulaba, afectando tranquilidad y hasta alegría. Había visto la noticia del diario, y le pareció que debía, como pariente y amigo, disuadirme de semejante idea. Era un error, un error fatal. Me demostró que iba á colocarme en una situacion difícil, y en cierto modo á cerrarme las puertas del parlamento. El ministerio no solo le parecía excelente, lo que podía no ser mi opinion, sino que con seguridad viviría mucho; y que podía yo ganar con indisponerlo contra mí? Sabía que algunos de los ministros me eran afectos; no era imposible una vacante, y... Lo interrumpí en este punto, para decirle que había meditado mucho el paso que iba á dar, y que no podía retroceder una línea. Llegué á proponerle la lectura del programa; pero él se negó enérgicamente, diciendo que no quería tener la más mínima participacion en mi desatino.

—Es un verdadero desatino, repitió; piénselo algunos días, y verá que es un desatino.

La misma cosa me dijo Sabina, por la noche, en el teatro. Dejó á la hija en el palco con Cotrim, y salió conmigo al corredor.

—Hermano Blas, que es lo que usted va á hacer? me preguntó afligida. Qué idea es esa de provocar al gobierno sin necesidad, cuando podía...

Le expliqué que no me convenía mendigar una silla en el parlamento; que mi idea era derribar al ministerio, por no parecerme adecuado á la situacion—y á cierta fórmula filosófica; aseguré que usaría siempre un lenguaje cortés, aunque enérgico. La violencia no era especia de mi paladar. Sabina se golpeó con el abanico la yema de los dedos, meneó la cabeza, y volvió al asunto con un aire de súplica y de amenaza, alternadamente; yo le dije que no, que no, y que no. Ya desengañada, me echó en cara que prefiriese los consejos de personas extrañas, y envidiosas á los de ella y del marido.—Pues haga lo que mejor le parezca; nosotros cumplimos con nuestro deber. Me volvió la espalda y se marchó al palco.

CAPÍTULO CXLVIII

El problema insoluble

Publiqué el diario. Veinticuatro horas despues, aparecía en otros una declaracion de Cotrim, diciendo, en substancia, que «aunque no militase en ninguno de los partidos en que se dividía la patria, creía conveniente poner bien en claro que no tenía influencia ni parte directa ni indirecta en la hoja de su cuñado, el doctor Blas Cubas, cuyas ideas y procedi-

miento político reprobaba enteramente. El actual ministerio (como por lo demás cualquiera otro compuesto de iguales capacidades) le parecía destinado á promover la felicidad pública.»

No podía acabar de creer á mis ojos. Los restregué una y dos veces, y releí la declaracion inoportuna, insólita y enigmática. Si él nada tenía que ver con los partidos, qué le importaba un incidente tan vulgar como la publicacion de un diario? Ni todos los ciudadanos que hallan bueno ó malo un ministerio hacen tales declaraciones por la prensa, ni tienen obligacion de hacerlas. Realmente, era un misterio la intrusion de Cotrim en este negocio, no menos que su agresion personal. Nuestras relaciones hasta entonces habían sido llanas y benévolas; no recordaba ningun disentimiento, ninguna sombra, nada, despues de la reconciliacion. Al contrario, los recuerdos eran de verdaderos servicios; así, por ejemplo, siendo yo diputado, pude obtenerle unas provisiones para el arsenal de marina, aprovisionamientos que él seguía haciendo con la mayor puntualidad, y de los cuales me decía que al cabo de tres años más, podrían dejarle unos doscientos contos. De modo que el recuerdo de tamaño servicio no había tenido fuerza bastante para impedir que se presentase al público á repudiar al cuñado? Debía ser muy poderoso el motivo de la declaracion, qué le hacía cometer á la vez una impropiedad y una ingratitud; confieso que era un problema insoluble.

CAPÍTULO CXLIX

Teoría del beneficio

...Tan insoluble que Quincas Borba no pudo dar con él, á pesar de estudiarlo largamente y con buena voluntad.—Bueno adios! concluyó; no todos los problemas valen cinco minutos de atencion.

En cuanto á la censura de ingratitud, Quincas Borba la rechazó enteramente, no como improbable; pero como absurda por no obedecer á las conclusiones de una buena filosofía humanística.

—No me puedes negar un hecho, dijo; es que el placer del benefactor es siempre mayor que el del beneficiado. Que es el beneficio? es un acto que hace cesar cierta privacion del beneficiado. Una vez producido el efecto esencial, esto es, una vez cesada la privacion, vuelve el organismo al estado anterior, al estado indiferente. Supon que tienes demasiado apretada la cintura del pantalon; para hacer cesar la incomodidad, desabrochas la cintura, respiras, saboreas un instante de placer, el organismo vuelve á la indiferencia y no te acuerdas de tus dedos que practicaron el acto. No habiendo nada que perdure, es natural que la memoria se desvanezca, porque ella no es una planta aérea, necesita tierra. La esperanza de otros favores, es cierto, conserva siempre en el beneficiado el recuerdo del primero; pero este hecho, por lo demás uno de los más sublimes que la filosofía puede hallar en su camino, se explica por la memoria de la privacion continuada en la memoria, que representa el dolor pasado y aconseja la precaucion del remedio oportuno. No digo que, aun sin esta circunstancia, no suceda, algunas veces, que persista la memoria del servicio, acompañada de cierta afeccion más ó menos intensa; pero son verdaderas aberraciones, sin ningun valor ante los ojos de un filósofo.

—Pero, repliqué, si no hay ninguna razon para que perdure la memoria del servicio en el beneficiado, menos ha de haber en relacion al benefactor. Quisiera que me explicases este punto.

—No se explica aquello que es evidente, replicó Quincas Borba; pero yo te diré algo más. La persistencia del beneficio en la memoria del que lo ejerce se explica por la naturaleza misma del beneficio y sus efectos. Primeramente, hay el sentimiento de una buena accion, y deductivamente la conciencia de que somos capaces de buenas acciones; en segundo lugar, se recibe una conviccion de superioridad sobre otra criatura, superioridad en el estado y en los medios; y esta es una de las cosas más legítimamente agradables, segun las mejores opiniones, al organismo humano. Erasmo, que en su «Elogio de la Locura» escribió algunas cosas buenas, llamó la atencion hácia la complacencia con que dos burros se dan de patadas el uno al otro. Estoy lejos de rechazar esa observacion de Erasmo; diré algo más, que él no dijo, á saber, que si

uno de los dos burros patea mejor al otro, ese ha de tener en los ojos algun indicio de satisfaccion. Por qué es que una mujer bonita se mira muchas veces al espejo, sino porque se encuentra bonita, y por que eso le da cierta superioridad sobre una multitud de otras mujeres menos bonitas ó absolutamente feas? La conciencia es exactamente igual; se mira y remira á menudo, cuando se encuentra hermosa. Y el remordimiento no es otra cosa más que la sensacion de una conciencia que se siente hedionda. No olvides que, siendo todo una simple irradiacion de Humanitas, el beneficio de todos sus efectos, son fenómenos perfectamente admirables.

CAPÍTULO CL

Rotacion y traslacion

Hay en cada empresa, afecto ó edad, un ciclo entero de la vida humana. El primer número de mi diario me llenó el alma de una vasta aurora, me coronó de follages, me restituyó la ligereza de la juventud. Seis meses despues, sonaba para aquél la hora de la vejez, y de allí á dos semanas la de la muerte, que fué clandestina, como la de doña Plácida. El dia en que el diario amaneció muerto, respiré como un hombre que llega de un largo viaje. De modo que, si yo dijera que la vida humana nutre de sí misma otras vidas, más ó menos efímeras, como el cuerpo alimenta sus parásitos, creo que no diría una cosa enteramente absurda. Pero, para no arriesgar esa figura menos nítida y adecuada, prefiero una imagen astronómica: el hombre ejecuta en la rueda del gran misterio un movimiento duplo de traslacion y rotacion; tiene sus días, desiguales como los de Júpiter, y con ellos compone su año más ó menos largo.

En el momento en que yo terminaba mi movimiento de rotacion, concluía Lobo Neves su movimiento de traslacion. Murió con el pié en la escalera ministerial. Corrió al menos durante algunas semanas, que iba á ser ministro; y luego que el rumor me hubo llenado de irritacion y envidia, no es imposible que la noticia de la muerte me causara alguna tranquilidad, alivio, y uno ó dos minutos de placer. Placer y mucho, pero es la verdad; juro á los siglos que es la pura verdad.

Fuí al entierro. En la sala mortuoria hallé á Virgilia, al pié del féretro sollozando. Cuando levantó la cabeza ví que lloraba de veras. Al salir el entierro, se abrazó al cajon, afligida; vinieron á sacarla de allí y llevarla para adentro. Repito que las lágrimas eran verdaderas. Yo fuí al cementerio; y, para decirlo todo, no tenía muchas ganas de hablar, llevaba una piedra en la garganta y en la conciencia. En el cementerio, principalmente, cuando dejé caer la palada de cal sobre el cajon, en el fondo de la bóveda, el golpe sordo de la cal me causó un estremecimiento pasajero, es cierto, pero desagradable; y despues la tarde tenía el peso y el color del plomo; el cementerio, las ropas negras...

CAPÍTULO CLI

Filosofía de los epitafios

Salí, apartándome de los grupos, y fingiendo leer los epitafios; ellos, son, entre la gente civilizada, una expresion de aquel pío y secreto egoísmo que induce al hombre á arrancar un giron al menos de la sombra de lo que pasó. De ahí viene, tal vez, la tristeza inconsolable de los que saben que sus muertos están en el osario comun, pues paréceles que la podredumbre anónima les alcanza á ellos mismos.

CAPÍTULO CLII

La moneda de Vespasiano

Todos se habían marchado; solo mi coche esperaba por el dueño. Encendí un cigarro; me alejé del cementerio. No podía quitarme de los ojos la ceremonia del entierro, ni de los oídos los sollozos de Virgilia. Los sollozos, principalmente, tenían el sonido vago y misterioso de un problema. Virgilia traicionara al marido con sinceridad, y ahora lo lloraba con sinceridad. He aquí una combinacion difícil que no pude hacer en todo el trayecto; en casa, sin embargo, al apearme del carruaje, sospeché que la combinacion era posible, y hasta

fácil. Blanda Natura! El impuesto del dolor es como la moneda de Vespasiano; el olor no delata su origen, y lo mismo pesa sobre el mal que sobre el bien. La moral reprenderá, quizás, á mi cómplice; eso es lo que no te importa, implacable amiga, toda vez que recibiste puntualmente las lágrimas. Blanda, tres veces blanda Natura.

CAPÍTULO CLIII

El alienista

Comenzaba á ponerme patético y preferí dormir, soñé que era un nabab, y desperté con la idea de que era nabab. A mí me gustaba, á veces, imaginar esos contrastes de region, estado y credo. Algunos días antes hubiera pensado en la hipótesis de una revolucion social, religiosa y política, que trasfiriese, que convirtiese al arzobispo de Cantuaria en simple colector de Petrópolis, é hice largos cálculos para averiguar si el colector eliminaría al arzobispo, ó si el arzobispo podría ingertarte en un colector, ó que cantidad de colector puede combinarse con un arzobispo, etcétera. Cuestiones insolubles, aparentemente, pero en la realidad perfectamente solubles, así que se piense que en un arzobispo puede haber dos arzobispos,—el de la bula y el otro. Está dicho, voy á ser nabab.

Era una simple broma, se lo dije, sin embargo, á Quincas Borba, que me miró con cierta precaucion y pena, llevando su bondad hasta comunicarme que yo estaba loco. Me reí al principio; pero la noble conviccion del filósofo me metió cierto miedo. La única objecion contra la palabra de Quincas Borba era que no me sentía loco, pero no teniendo generalmente los locos otro concepto de sí mismos, tal objecion carecía de valor. Y ved si tiene algun fundamento la creencia popular de que los filósofos son hombres agenos á las cosas mínimas. Al día siguiente me mandó Quincas Borba un alienista. Lo conocía, quedé aterrado. El, entretanto, se condujo con la mayor delicadeza y habilidad, despidiéndose tan alegremente que me animó á preguntarle si de veras no estaba loco.

—No, me dijo; pocos hombres tienen tanto juicio como el señor.

—Entonces Quincas Borba se equivocó?

—Redondamente. Y en seguida: — Al contrario, si es amigo suyo... ruégole que lo distraiga... que...

—Santo cielo! Le parece?... Un hombre de tanto talento, un filósofo!

—No importa; la locura entra en todas las casas.

Imaginen mi afliccion. El alienista, viendo el efecto de sus palabras, comprendió que yo era amigo de Quincas Borba, y trató de disminuir la gravedad de la advertencia. Observó que podía no ser nada, y hasta agregó que un granito de extravagancia, lejos de hacer mal, le daba cierto sabor á la vida.

Como yo rechazara con horror esta opinion, el alienista sonrió y me dijo una cosa tan extraordinaria, tan extraordinaria, que no merece menos de un capítulo.

CAPÍTULO CLIV

Los buques del Piréo

—Usted recordará,—me dijo el alienista,—á aquel famoso maniático ateniense que suponía que todos los buques que entraban al Pireo eran de su propiedad. No pasaba de ser un pobreton, que tal vez no tendría para dormir, ni el tonel de Diógenes; pero la posesion imaginaria de los buques valía para él más que todas las dracmas de la Hélade. Ahora bien, hay en todo hombre un maniático de Atenas; y quien jure que no ha poseído alguna vez, mentalmente, dos ó tres patachos, cuando menos, puede creer que jura en falso.

—Tambien el señor!—le pregunté.

—Tambien yo.

—Y tambien yo?

—Tambien el señor; y no menos su sirviente, si es su sirviente ese hombre que está allí sacudiendo las alfombras en la ventana.

En efecto, era uno de mis sirvientes que sacudía las alfombras, mientras nosotros hablábamos al lado, en el jardin. El alienista notó entonces que hacía tiempo que aquél había abierto de par en

par todas las ventanas, exhibiendo lo más posible la sala, para que la admiraran de afuera, y terminó:

—Su sirviente tiene la manía del ateniense: cree que los buques son suyos; una hora de ilusion que le proporciona la mayor felicidad de la tierra.

CAPÍTULO CLV

Reflexion cordial

—Si el alienista tiene razon,—me dije á mí mismo, no habrá por qué compadecer tanto á Quincas Borba; es una cuestion de más ó menos. Con todo, prudente es vigilarle, y evitar que le entren en el cerebro otras manías.

CAPÍTULO CLVI

Orgullo de la servilidad

Quincas Borba estuvo en divergencia con el alienista respecto de mi criado.—Se puede, por imagen, dijo, atribuir á tu criado la manía del ateniense; pero las imágenes no son ideas ni observaciones tomadas de la naturaleza. Lo que tu criado tiene es un sentimiento noble y perfectamente regido por las leyes del Humanitismo: es el orgullo de la servilidad. Su intencion es demostrar que él no es criado de «cualquiera». Despues me llamó la atencion respecto de los cocheros de casa grande, más empingorotados que el amo, y respecto de los criados de hotel, cuya solicitud obedece á las variaciones sociales de la clientela, etcétera. Y concluyó que todo era la expresion de aquel sentimiento delicado y noble,—prueba cabal de que muchas veces el hombre, aun lustrando botas, es sublime.

CAPÍTULO CLVII

Faz brillante

Sublime eres tú, grité, echándole los brazos al cuello.

En efecto, era imposible creer que un hombre tan profundo cayera en la demencia; fué lo que le dije despues del abrazo, revelándole la sospecha del alienista. No puedo describir la impresion que le hizo la sospecha; recuerdo solamente, que se estremeció y se puso muy pálido.

Fué por esa época que yo me reconcilié nuevamente con Cotrim, sin haber llegado á saber la causa del disentimiento. Reconciliacion oportuna, porque la soledad me pesaba, y la vida era para mí la peor de las fatigas, que es la fatiga sin trabajo. Poco despues fuí invitado por él para afiliarme en una orden tercera; lo que no hice sin antes consultar á Quincas Borba.

—Entra, si quieres, me dijo éste, pero temporariamente. Yo trato de anexar á mi filosofía una parte dogmática y litúrgica. El Humanitismo ha de ser tambien una religion, la del porvenir, la única verdadera. El cristianismo es bueno para las mujeres y los mendigos, y las otras religiones no valen mas: todas pecan por la misma vulgaridad ó flaqueza. El paraíso cristiano es un digno émulo del paraíso musulman; y en cuanto al nirvana de Buddha no pasa de una concepcion de paralíticos. Verás lo que es la religion humanística. La absorcion final, la paz «contractativa», es la reconcentracion de la substancia, no su aniquilamiento, etc. Ve adonde te llaman; no olvides, sin embargo, que eres mi califa.

Y ved ahora mi modestia; me afilié en la orden tercera de XXX, ejercí allí algunos cargos, fué esa la faz mas brillante de mi vida. No obstante me callo, no digo nada, no cuento mis servicios, ni las recompensas que recibí, nada, no digo absolutamente nada.

Talvez la economía social ganara algo, si yo mostrase como todo y cualquier premio extraño vale poco al lado del premio subjetivo é inmediato; pero sería romper el silencio que juré guardar en este punto. Además, los fenómenos de la conciencia son de difícil análisis; por otra parte si contase uno tendría que contar todos los que á ella se refieran, y acabaría haciendo un capítulo de psicología. Afirmo solamente, que fué la faz mas brillante de mi vida. Los cuadros eran tristes; tenían la monotonía de la desgracia, que es tan aburrida como la del placer, y tal vez peor. Pero la alegría que se dá al alma de los enfermos y de los pobres, es recompensa de algun válor; y no me digan que es negativa por solo recibirla el beneficia-

do. No; yo la recibía de un modo reflejo, y aun así grande, tan grande que me daba excelente idea de mi mismo.

CAPÍTULO CLVIII

Desencantos

Al cabo de algunos años, tres ó cuatro, estaba aburrido del oficio, y lo abandoné no sin hacer un donativo importante, que me dió derecho al retrato en la sacristía.

No acabaré, sin embargo, el capítulo sin decir que ví morir en el hospital de la Orden, adivinen á quién?... á la linda Marcela; y la ví morir el mismo dia en que visitando un conventillo para distribuir limosnas hallé... Ahora es que no van á ser capaces de adivinar... hallé la flor del cenador, Eugenia, la hija de doña Eusebia y de Villaça, tan coja como la dejara y aun mas triste.

Esta, al reconocerme, se puso pálida, y bajó los ojos; pero fué cosa de un instante. Levantó luego la cabeza, y me miró con mucha dignidad. Comprendí que no recibiría limosna de mi bolsillo, y le extendí la mano, como si fuera la esposa de un capitalista. Me hizo una cortesía y se encerró en su cuartejo.

Nunca mas la volví á ver; no supe nada de su vida, ni si la madre había muerto, ni que desastre la llevara á tamaña miseria. Sé que continuaba coja y triste. Fué con esta impresion profunda que llegué al hospital, en donde Marcela entrara la víspera, y donde la ví espirar media hora despues, fea, flaca, decrépita.

CAPÍTULO CLIX

La semidemencia

Comprendí que estaba viejo, y necesitaba de una fuerza; pero Quincas Borba partiera seis meses antes para Minas Geraes, y se llevó consigo la mejor de las filosofías. Volvió cuatro meses despues, y entró en casa, cierta mañana, casi en el estado en que lo viera en el Paseo Público. La diferencia estaba en que la mirada era otra. Venía demente. Me contó que, con el fin de perfeccionar el Humanitismo, había quemado todo el manuscrito é iba á recomenzarlo. La parte dogmática quedaba completa, aunque no estaba escrita; era la verdadera religion del porvenir.

—Juras por Humanitas? me preguntó.

—Ya sabes que sí.

La voz me salía con dificultad del pecho; y sin embargo, no había descubierto toda la cruel verdad. Quincas Borba no solo estaba loco, sino que sabía que estaba loco, y ese resto de conciencia, como una débil lamparilla en medio de las tinieblas, complicaba mucho el horror de la situacion. Lo sabía, y no se irritaba contra el mal; al contrario, me decía que era una prueba de Humanitas, que así jugaba consigo mismo. Me recitaba largos capítulos del libro, y antífonas, y letanías espirituales; llegó hasta reproducir una danza sagrada que inventara para las ceremonias del Humanitismo. La gracia lúgubre con que levantaba y sacudía las piernas era singularmente fantástica. Otras veces se retiraba á un rincon, con los ojos fijos en el aire, unos ojos en que, de tiempo en tiempo, fulguraba un rayo persistente de razon, triste como una lágrima...

Murió poco tiempo despues, en mi casa, jurando y repitiendo siempre que el dolor era una ilusión, y que Pangloss, el calumniado Pangloss, no era tan tonto como lo suponía Voltaire.

CAPÍTULO CLX

De las negativas

Entre la muerte de Quincas Borba y la mía, mediaron los sucesos narrados en la primera parte del libro. El principal de aquellos fué la invencion del «Emplasto Blas Cubas», que murió conmigo, á causa de la enfermedad que atrapé. Divino emplasto, tu me hubieras dado el primer lugar entre los hombres, por encima de la ciencia y la riqueza, porque eras la genuina y directa inspiracion del cielo. El acaso determinó lo contrario; y ahí os quedais eternamente hipocondriacos.

Este último capítulo es todo de negativas. No alcancé la celebridad del emplasto, no fuí ministro, no fuí califa, no conocí el casamiento. Verdad es que, al lado de esas faltas, cúpome la buena fortuna de no comprar el pan con el sudor de mi rostro. Aun más; no padecí la

muerte de doña Plácida, ni la semi-demencia de Quincas Borba. Sumadas unas cosas y otras, cualquier persona imaginará que no hubo mengua ni sombra, y consiguientemente que salí á mano con la vida. E imaginará mal; porque al llegar á este otro lado del misterio, me hallé con un pequeño saldo, que es la última negativa de este capítulo de negativas: — No tuve hijos, no transmití á ninguna criatura el legado de nuestra miseria.

